SEGUNDA EDICIÓN

CARLOS TAIBO

RUSIA FRENTE A UCRANIA

IMPERIOS, PUEBLOS, ENERGÍA

POLTAVS'KA
KHARKIVS'KA
ERKAS'KA
RADS'KA
DNIPROPETROVS'KA
DO
MYKOLAIVS'KA
ZAPORIZ'KA
KHERSONS'KA
Крым

SEGUNDA EDICIÓN

CARLOS TAIBO

RUSIA FRENTE A UCRANIA

IMPERIOS, PUEBLOS, ENERGÍA

Крым

Carlos Taibo

Profesor de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Sus últimos libros relativos a la Europa central y oriental contemporánea son El conflicto de Chechenia (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004), Rusia en la era de Putin (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006) e Historia de la Unión Soviética (Alianza, Madrid, 2010).

Carlos Taibo

Rusia frente a Ucrania

Imperios, pueblos, energía



primera edición: mayo 2014

segunda edición: septiembre 2014

diseño DE cubierta: estudio pérez-enciso

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax 91 532 43 34

www.catarata.org

Rusia frente a Ucrania

Imperios, pueblos, energía

ISBN: 978-84-8319-908-4

DEPÓSITO LEGAL: M-12.551-2014

iBIC: jpWs/jps

Prólogo

Desde hace algún tiempo trabajo en las tareas preliminares de lo que quería ser una geopolítica —esquivaré aquí las discusiones relativas a la idoneidad del término— de Rusia. Lo ocurrido en las últimas semanas en Ucrania, y la paralela sugerencia de los amigos de Los Libros de la Catarata, han aconsejado adelantar, sin embargo, los trabajos correspondientes a una de las partes ineludiblemente importantes del texto al que empezaba a dedicar algunas horas.

El resultado es un libro de urgencia que se interesa por la conflictiva, y cambiante, relación entre Rusia y Ucrania. Como rápidamente el lector podrá apreciar, el texto que tiene en sus manos pretende recoger, antes que nada, una información básica en la que tienen mucho más relieve los hechos estrictamente contemporáneos que la consideración de las raíces con las que eventualmente se vinculan. Cierto es que este trabajo muestra un empeño constante en procesar esos hechos conforme a una visión que es distinta de la que se materializa en el grueso de nuestros medios de incomunicación. Pienso en aquella que asume la forma de un cuento de hadas en virtud del cual Estados Unidos y la Unión Europea habrían acudido presurosos, de forma desinteresada, a rescatar a un pueblo, el ucraniano, sometido a la tiranía de Moscú. Claro es que la perspectiva desde la que están redactadas estas páginas también se aleja de la que se revela a través de las querencias de determinados sectores de la izquierda que aprecian en el actual presidente ruso una suerte de Che Guevara del siglo XXI, en abierto olvido de la condición del sistema que Vladímir Putin ha perfilado en su país, indeleblemente marcado por el peso infame de los oligarcas, por el despliegue de un genocidio en toda regla en Chechenia y por formas de represión que nuestros gobernantes de estas horas parecen decididos a imitar. No ocultaré que en la tarea de contestar los dos discursos que acabo de mencionar —el de los medios, sin duda mucho más influyente, y el de la

izquierda a la que gustan los juegos imperiales— me han sido de frecuente ayuda e inspiración muchos de los textos de los anarquistas ucranianos, que arrastran una honda virtud: la de no casarse con nadie.

Así las cosas, este libro se ordena en seis capítulos que se interesan por la condición de la Rusia independiente, por la política desplegada por esta última en lo que respecta al mundo occidental, por los rasgos definitorios de lo que hoy es la república de Ucrania, por la crisis registrada a finales de 2013 y principios de 2014 con Kíev y Crimea como centros, por el juego de espejos que asumen Rusia, Estados Unidos y la Unión Europea, y, en fin, por el designio de perfilar algunas conclusiones generales extraíbles de todo lo a nterior. Aclararé que en estas páginas doy por descontados conocimientos históricos y geográficos básicos en relación con Rusia, aunque no lo haga en la misma medida —supongo que por razones obvias— en lo que atañe a Ucrania. Si alguien desea colmar algunos de los vacíos que se derivan de la primera de esas dos opciones, bien estará que eche una ojeada a un libro discreto y lleno de carencias que, titulado Rusia en la era de Putin , publiqué en esta misma editorial en 2006.

Buen momento es éste para dejar sentadas cuatro observaciones de cariz terminológico-metodológico. La primera atañe al nombre de uno de los dos Estados que atrae nuestra atención en este texto: si, por un lado, consideraré al respec to que a todos los efectos son sinónimos los términos Rusia y F ederación Rusa , por el otro, y para sortear esas redundancias que el castellano acepta mal, me serviré a menudo del nombre de la capital de esa entidad política, Moscú , para retratar el conjunto del país (haré otro tanto, por cierto, con Kíev, la capital ucraniana). La segunda se refiere a las polémicas que genera el gentilicio correspondiente a Ucrania. Dos son las razones que han invitado a optar antes por ucraniano que por ucranio : si la primera invoca la mayor pre sencia del gentilicio elegido, la segunda subraya las eventuales confusiones que puede generar la forma femenina del término desechado, ucrania , que se solaparía con el nombre del país. La tercera observación recuerda que, en lo que se refiere a los topónimos ucranianos, me he servido de sus formas en ruso, y de resultas me he inclinado por hablar de Kíev y no de Kyiv, de Lvov y no de Lviv, de Járkov y no de Kharkiv, o de Nikoláyev y no de Mykolaiv. La explicación es simple: los topónimos rusos son más conocidos entre nosotros. Vay a la cuarta, y última, observación: me han asaltado con frecuencia las dudas en lo que hace a la fiabilidad de muchas de las estimaciones estadísticas de las que me hago eco. Cuando, pese a todo, las recojo, acompañadas de la ineludible mención del lugar del que proceden, lo he hecho en la creencia de que, más allá de su estricto rigor, retratan de forma razonablemente fidedigna situaciones generales. Sabido es, de cualquier modo, que las estadísticas oficiales en la Europa central y oriental —acaso en todo el planeta— se mueven entre las manipulaciones que pretenden edulcorar la realidad y las dificultades que se derivan de la necesidad de evaluar lo que ocurre al calor de una omnipresente economía subterránea.

Salta a la vista, y voy terminando, que en buena medida este libro se ocupa de hechos todavía abiertos. Quiero creer que su única utilidad es la de oficiar como una guía para calibrar posibles imprevistos. O, lo que es casi lo mismo, como un material que permite valorar si los conocimientos que

hemos ido acu mulando en las dos últimas décadas nos sirven de algo para escudriñar el futuro o, por el contrario, se impone tirarlos por la borda. Con todas las cautelas que correspondan, confesaré que, al amparo de tensiones que mucho tienen de juego de apariencias, sospecho que no haríamos bien en prescindir de forma rápida de los conocimientos acopiados, y ello por mucho que la pulsión que impera en los medios de incomunicación, en estrecha relación con los intereses que los mueven, invite a concluir otra cosa.

Me voy a permitir agregar que años atrás, cuando escribía asiduamente sobre la Europa central y oriental, era común que cerrase prólogos como éste con un agradecimiento a los periódicos que habían permitido, generosamente, la reproducción de trabajos que en ellos habían aparecido con anterioridad. Me percato ahora de que en este caso semejante operación carece de sentido, toda vez que las puertas de los medios del sistema se me han ido cerrando con el paso de los años. Celebro, aun así, que algunos de quienes me expulsaron de las páginas de opinión de esos periódicos, reconvertidos en audaces expertos en la Europa central y oriental, me hayan sustituido con ventaja.

Carlos Taibo

Abril de 2014

I. La Rusia independiente

Desde el momento de su independencia, a finales de 1991, Rusia ha tenido tres presidentes. El primero, Borís Yeltsin, ejerció como tal hasta el último día del año 1999 (había liderado ya, desde 1990, la Federación Rusa integrada en la Unión Soviética). El segundo, Vladímir Putin, encabezó el país entre 2000 y 2008, y, más adelante, de nuevo, a partir de 2012. En el interregno que separa 2008 del último año mencionado la presidencia recayó, en fin, sobre Dmitri Medvédev.

La convención sugiere que, en los hechos, ha habido dos grandes etapas en la vida de la Rusia independiente. Si la p rimera se solapó con los años de presidencia de Yeltsin, la s egunda hizo lo propio con los de Putin. No se olvide al respecto de este último que lo común es que se entienda que, incluso entre 2008 y 2012, con Medvédev formalmente en la dirección del país, fue Putin quien encabezó la política rusa desde el puesto de primer ministro, en virtud de lo que algunos estudiosos estiman que fue una simple inversión de papeles: mientras, cuando Putin era presidente, el grueso del poder recaía sobre su figura, cuando se convirtió en efímero primer ministro las potestades mayores pasaron a recaer sobre éste en detrimento del presidente Medvédev. Cabe agregar que en esos años no parecieron encontrar satisfacción dos pronósticos que alcanzaron relativo eco. El primero fue el que, en 2007-2008, sugirió que se modificaría la Constitución, o en su defecto se crearía alguna nueva figura, como la de presidente de la Unión entre Rusia y Bielorrusia, con el objetivo de permitir que Putin, que agotaba su segundo mandato y Constitución en mano no podía concurrir a un tercero consecutivo, se mantuviese en la presidencia del país. El segundo de los pronósticos fallidos fue el que tendió a identificar en Medvédev, hoy primer ministro, una figura independiente llamada a hacerle la sombra a

Putin e inclinada a asumir proyectos diferentes de los avalados por su antecesor.

Muchas veces se ha señalado que una diferencia fundamental que permite separar los años de Yeltsin de los que llegaron después es la que nos habla del muy distinto carácter de los dos presidentes afectados: mientras Yeltsin era un hombre débil, enfermizo y alcoholizado, Putin nos ha sido retratado como un político enérgico, decidido y poco dispuesto a miramientos en su designio de restaurar en plenitud la vertical del poder . Aunque esa descripción incorpora elementos que hay que tomar, inequívocamente, en consideración, lo suyo es recordar que ignora otros factores, y entre ellos los beneficios que para la causa de Putin se derivaron de la subida operada, en torno al año 2000, en los precios internacionales de las materias primas energéticas. Tiempo habrá para volver en estas páginas, con todo, sobre la idea de que la gestión de Putin no es acaso tan eficiente y sólida como sus partidarios, y muchos de sus detractores, tienden a concluir.

Organización territorial y cuestión nacional

Formalmente, Rusia es hoy un Estado federal integrado por instancias varias entre las que se cuentan distritos, repúbli cas, regiones, territorios y ciudades. Si en 2010 el número d e agentes de la federación se emplazó en 83 [1] , a principios de 2014 hubo que agregar uno más: Crimea.

En los años postreros de la perestroika gorbachoviana, Yeltsin, entonces presidente de la Federación Rusa, exhortaba a las diferentes repúblicas y regiones que integraban ésta a que tomasen para sí cuantas más atribuciones mejor. El cálculo político de Yeltsin era fácil de entender: las eventuales ganancias en las potestades de repúblicas y regiones debilitaban al centro de poder soviético, entonces encabezado por Mijaíl Gorbach ov, el principal rival del presidente ruso. Cuando Rusia se convirtió en un Estado independiente a finales de 1991 las tornas cambiaron, sin embargo, significativamente: lo que hasta entonces habían sido demandas de descentralización del poder se trocaron en lo contrario. Dos fueron las señales principales de los flujos recentralizadores abrazados por Yeltsin. La primera asumió la forma de la designación, desde Moscú, de figuras hipercontroladoras encargadas de garantizar que las leyes, y las políticas, desplegadas por las repúblicas y las regiones se ajustasen puntillosamente a lo que rezaban las normas federales comunes. La segunda fue, dos meses después de la disolución manu militari del Parlamento ruso, en octubre de 1993, la aprobación, luego de un referendo marcado por las irregularidades, de una nueva Constitución que respondía a un proyecto manifiestamente generoso con Moscú y visiblemente inclinado a rebajar las atribuciones de repúblicas y regiones.

Es verdad que para explicar por qué los dos flujos mencionados no se tradujeron en una revuelta en la periferia del país hay que recordar que en algunos casos, pocos, el centro federal y determinadas repúblicas, como Tatarstán, alcanzaron acuerdos de reparto civilizado de atribuciones. Mayor relieve parecieron tener, sin embargo, lo que con alguna ironía cabe describir como los efectos civilizadores del caos: el caos en la Rusia yeltsiniana era tal que el poder federal común, muy debilitado, no estaba en

condiciones de exigir que repúblicas y regiones acatasen las leyes. De resultas se abrió camino una suerte de equilibrio homeostático que hizo que la situación no fuese tan delicada y tan tensa como la que se habría derivado de la aplicación estricta de las leyes hipercentralizadoras aprestadas en Moscú. Importa subrayar, eso sí, que el equilibrio en cuestión no era el producto de un acuerdo político, sino, antes bien, la consecuencia de las capacidades materiales de unos y otros, de tal manera que estaba servida la conclusión de que, caso de cambiar aquéllas, el escenario general se trastabillaría. Parece fuera de discusión, en cualquier caso, que Yeltsin no se salió con la suya y que fueron muchas las repúblicas y regiones que resistieron como gato panza arriba frente a las imposiciones que el centro federal deseaba sacar adelante.

Ningún dato invita a concluir que el equilibrio referido estuvo a punto de romperse de resultas del fortalecimiento de repúblicas, o de regiones, que reclamasen francamente el reconocimiento de los derechos de autodeterminación y secesión. De hecho, sólo una república, Chechenia, de la que nos ocuparemos inmediatamente, asumió ese camino. El riesgo de ruptura se hizo visible, a partir de 2000 y con un nuevo presidente en Moscú, Putin, de la mano de lo que parecía un repentino fortalecimiento de las capacidades del poder central que a puntaba a un nuevo proyecto de recentralización. Ese proyecto adquirió tres dimensiones principales. La primera remitió a la creación, en 2000, de siete distritos federales —noroeste, centro, sur, Volga, Ural, Siberia y extremo oriente— a los que en 2010 se agregó uno más: el del Cáucaso septentrional. Encabezados por un representante plenipotenciario del presidente, esos distritos se situaban por encima del esquema de repúblicas y regiones, de tal forma que operaban en franco detrimento de los derechos de unas y otras. La segunda, que cobró cuerpo a partir de 2004, se tradujo en la decisión de alentar que en adelante los gobernadores de las regiones no fuesen objeto de una elección directa, sino que fuesen designados, a propuesta del presidente de la Federación Rusa, por los parlamentos de las diferentes instancias afectadas. La tercera de las dimensiones invocadas no fue otra que un cambio del régimen de reparto de los recursos fiscales, en provecho, claro, del centro federal.

Conviene subrayar que no hay muchos motivos para concluir que Putin se salió con la suya allí donde había naufragado Yeltsin. Si, por un lado, no está en modo alguno clara la eficacia de las medidas alentadas por el nuevo presidente, por el otro han seguido siendo muchos los agentes de la federación que han conseguido preservar para sí atribuciones importantes. Esto al margen, el centro federal se ha visto obligado a mantener el diálogo con muchas repúblicas y regiones poco dispuestas a plegarse a sus imposiciones, al tiempo que, con la presidencia de Medvédev, ha reabierto la posibilidad de que reapareciesen formas de elección popular de los responsables de los diferentes agentes de la federación. Es verdad que esta trama ha suscitado dos lecturas diferentes: mientras para el Kremlin las repúblicas y las regiones díscolas no eran sino el reflejo de intolerables atavismos, para muchas de unas y otras lo que despuntaba era, sin más, el designio de anclar saludables y descentralizadas estructuras de poder en un país en el que, históricamente, la centralización había hecho mucho daño.

En un terreno próximo, pero distinto, hay que remarcar que entre las mercancías ideológicas que despuntan en el país hay una que destaca por encima de cualesquiera otras: la que ofrece el nacionalismo —de Estado— ruso. Pareciera como si en los hechos todas las fuerzas políticas, y con ellas, y en lugar prominente, la Iglesia ortodoxa, abrazasen esa mercancía. Esta circunstancia está en el origen, por cierto, de la deriva de uno de los partidos, el Liberal Democrático, que mayor peso han alcanzado en Rusia en los últimos veinte años. El partido de Vladímir Zhirinovski, de corte nacionalista agresivo y, en su caso, parafascista, fue la fuerza política más votada en las elecciones generales celebradas a finales de 1993. Acaso la explicación mayor de ese éxito la aportaba el hecho de que, en aquel momento, era la única opción política que defendía con claridad una propuesta orgullosamente nacionalista. Como quiera que, después, esta última se ha extendido por todo el abanico partidario, y marca hoy la deriva de fuerzas como el partido putiniano, Rusia Unida, o el propio Partido Comunista, el atractivo electoral de los liberal-demócratas se difuminó visiblemente.

Admitamos, aun así, que el término nacionalismo ruso es, por excesivamente genérico, en exceso ambiguo, de tal forma que las opciones correspondientes precisan de adjetivos clarificadores. Y es que hay nacionalistas rusos que son eslavófilos, estatalistas, partidarios de lógicas imperiales, ortodoxos y prosoviéticos, como los hay que responden a un perfil occidentalista, antiestatalista, antiimperio, laico y hostil a lo que supuso la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), con todas las combinaciones que deseemos agregar de éstos y de otros elementos. De la misma suerte, si hay nacionalistas que ven en Rusia un pequeño país europeo, también los hay que estiman que Moscú debe tomar decisiones por las gentes que habitan todos los territorios que integraron la Unión Soviética o, más aún, el imperio zarista en sus diferentes modulaciones. Demos cuenta, con todo, de un dato relevante que enmarca algunas de estas discusiones: como quiera que la actual Federación Rusa es un Estado razonablemente homogéneo en términos étnicos —cerca del 80 por ciento de sus habitantes son rusos—, a menudo se ha señalado que es literalmente impensable que en su interior se registre un proceso de desintegración como el que acogió Yugoslavia en la década de 1990. Aunque el argumento merece ser escuchado —relata, sin duda, una realidad importante—, conviene subrayar que da por descontado que es literalmente impensable que sean rusos étnicos quienes encabecen, en unas u otras repúblicas y regiones, eventuales procesos de secesión. Nada obliga a avalar esa conclusión.

Salta a la vista, en fin, que el principal problema que la Rusia contemporánea ha tenido que encarar en materia nacional es el que ha tenido como escenario Chechenia, una pequeña república del Cáucaso septentrional. Limitémonos aquí a reseñar que el Parlamento local aprobó una declaración de independencia en el otoño de 1991, poco antes de que desapareciese la Unión Soviética. Durante tres años Chechenia funcionó como un Estado de facto independiente. En diciembre de 1994 se produjo, sin embargo, una intervención militar rusa a la que siguió una guerra, la primera, finalizada en el verano de 1996 con indudable derrota de Moscú. El acuerdo de paz alcanzado entonces contemplaba, para un lustro después, el

despliegue de una fórmula, no precisada, de autodeterminación. Entre 1996 y 1999 se hicieron valer en Chechenia varios avatares, y entre ellos, unas elecciones razonablemente limpias que sellaron la primacía del proyecto independentista y una extensión general del caos en buena parte del territorio de la república, en la que germinaron, por añadidura, brotes del islam rigorista. En el otoño del último de esos años el recién nombrado primer ministro ruso, Putin, alentó una nueva intervención militar, con el teórico propósito de hacer frente a la amenaza terrorista que procedía de Chechenia. Al poco se hizo evidente que la acción en cuestión, que sirvió de detonante para una segunda guerra que a los ojos de algunos analistas dura hasta hoy, respondía, antes bien, al objetivo de restaurar en plenitud la integridad territorial de la Federación Rusa. Esto aparte, la política de fuerza avalada por Putin en Chechenia resultó vital para el asentamiento del proyecto, de ribetes visiblemente autoritarios, de quien inmediatamente se convirtió en presidente ruso. Desde 1999, y al amparo de lo que se antoja una guerra de baja intensidad, el ejército ruso opera en Chechenia en la más rotunda impunidad. Se enfrenta a una resistencia innegablemente debilitada que a menudo se manifiesta a través de acciones de terror. No están abiertas, por lo demás, negociaciones de paz para un conflicto que —repitámoslo— ha tenido una clara utilidad en términos de asentamiento del poder del actual presidente ruso y ha sido tratado con desdén por todas las grandes potencias.

Una democracia de baja intensidad

No es difícil explicar por qué son muchos los rusos que recelan de la democracia. Bastará con recordar al respecto que en los años siguientes a 1991 la causa de la democracia se identificó, de manera tan interesada como distorsionadora, con la figura del presidente Yeltsin, en quien no era sencillo apreciar sino una abstrusa combinación de autoritarismo, caos, corrupción y agudos problemas sociales. Que las pulsiones autoritarias no estuvieron ausentes en las decisiones del primer presidente de la Rusia independiente lo deja bien a las claras la disolución, manu militari , del Parlamento en octubre de 1993. Yeltsin hizo lo imposible por beneficiarse de una reconversión de lo que en apariencia era un sistema semipresidencialista en un aberrante presidencialismo que hundía sus raíces, bien es cierto, en la historia y en la cultura políticas del país. El hecho de que el presidente controlase directamente los llamados ministerios de fuerza y la paralela concentración del poder en su persona provocaron cortocircuitos constantes en la actividad del ejecutivo en la década de 1990.

En tales circunstancias no puede sorprender que, frente a la debilidad congénita que se reveló en los años de Yeltsin, la apuesta de su sucesor, Putin, lo fuese en provecho de la reconstrucción de lo que en la jerga al uso se ha dado en lla mar vertical del poder . De resultas, la estabilidad y la gobernabilidad quedaron claramente por encima de la democracia. Téngase presente que en los estamentos oficiales no han faltado sugerencias de que la democracia parlamentaria no es una fórmula adecuada para el país, necesitado, a los ojos del presidente Medvédev, de un poder central fuerte y de una república presidencialista que garantice la unidad [2] . Las cosas como fueren, la restauración de la vertical del poder , elemento central del proyecto putiniano, se saldó en lo que al cabo parece una democracia de

bajísima intensidad, con un ejecutivo hipertrofiado, un Parlamento que desempeña funciones más bien ceremoniales, una división de poderes que brilla por su ausencia, una oposición amordazada y unos medios de comunicación que repiten monocordes las monsergas que llegan de arriba. Todo ello, bien es cierto, en un marco de cumplimiento formal de la mayoría de las reglas propias de la democracia liberal.

Parece obligado mencionar otro de los rasgos que otorgan un perfil singular al sistema político ruso: el peso ingente que en su modelación corresponde a los oligarcas que labraron sus fortunas en la década de 1990, de la mano del despliegue de activas e institucionalizadas fórmulas de política subterránea . Conviene que en este caso guardemos las distancias con respecto a otro de los grandes mitos que rodea a la figura del presidente Putin: el que sugiere que ha puesto firmes a los principales oligarcas y ha restaurado, también aquí, una suerte de vertical del poder . Cierto es que Putin se enfrentó en su momento a tres oligarcas que dieron el mal paso de plantarle cara políticamente. Hablamos de Borís Berezovski, Vladímir Gusinski y Mijaíl Jodorkovski. Todos los demás campan, sin embargo, por sus respetos, hasta el punto de que, luego de haber recibido garantías de que los jueces no examinarían cómo habían labrado sus fortunas —y luego de asumir, bien es verdad, las normas de un capitalismo más regulado—, sobran las razones para afirmar que son los que dictan, en la Rusia contemporánea, la mayoría de las reglas del juego en un escenario marcado por una alianza entre los magnates que nos ocupan y gentes procedentes de los servicios de inteligencia y seguridad.

Al margen de lo anterior, bueno es hacerse eco de la idea de que tras la apariencia de una aguda confrontación que en la década de 1990 habría marcado la vida política rusa en todos sus estamentos se escondían realidades más complejas y, con ellas, mecanismos subterráneos de cooperación. La mejor ilustración de esta tesis la aporta la deriva del Partido Comunista. Si bien es cierto que en la Duma , la cámara baja del Parlamento, los comunistas desarrollaban una abierta contestación de las políticas yeltsinianas, no lo es menos que, lejos de las instancias del poder legislativo, en la vida cotidiana de repúblicas, regiones y ciudades, a menudo era difícil distinguir el aparato oficial de poder del que articulaba el Partido Comunista. La principal explicación al respecto resulta fácil de invocar: unos y otros procedían de la vieja burocracia de la era soviética, y ello por mucho que hubiesen seguido a la postre caminos eventualmente diferentes. No olvidemos que, al cabo, en Rusia, como en la mayoría de los países de la Europa central y oriental, el grueso de las elites políticas lo siguen configurando, aún hoy en día, segmentos enteros de las viejas nomenklaturas que han experimentado reconversiones más o menos audaces.

Importa identificar, en suma, cuáles han sido los cambios más relevantes que, en el terreno político, se han registrado desde 2000. Lo primero que hay que referir al respecto es que la figura del presidente ha alcanzado un peso aún mayor que el que le correspondía en los años de Yeltsin. Putin se ha visto refre ndado por niveles altos de voto popular durante las sucesivas elecciones celebradas. Recuérdese, si no, que recibió un 52,9 por ciento de los votos en las presidenciales de 2000, un 71,3 por ciento en las de 2004 y

un 63,6 por ciento en las de 2012, en tanto Medvédev se hizo con un 70,3 por ciento de esos votos en 2008. Hay que llamar la atención, aun con todo, sobre el hecho de que las elecciones de 2012 revelaron cierto retroceso en los apoyos suscitados por Putin, producto a buen seguro de la crisis y, con ella, de una situación social delicada. Hay quien maneja la posibilidad de que Putin haya buscado en 2014 en Crimea un impulso similar al que, para su carrera, supuso Chechenia en 1999.

Un segundo cambio importante verificado en la era de Putin es el asentamiento de un partido del poder, Rusia Unida, que ha pasado a disfrutar de cómodas mayorías en las elecciones generales celebradas. Los resultados de Rusia Unida algo le deben, ciertamente, a reformas electorales que han cancelado las circunscripciones uni nominales y han levantado los listones de voto necesarios para obtener representación en un escenario en el que han menudeado, también, las irregularidades durante las campañas correspondientes y con ocasión del recuento [3] . Amparada po r lo que en los hechos se antoja la disolución de la oposición y por lo que muchos interpretan que es una quiebra del principio de división de poderes, y tras propiciar que el eje izquierda-derecha se haya diluido en la nada, Rusia Unida, una fuerza creada por los gobernantes en provecho de sus intereses, controla hoy el Parlamento y todas las instituciones. En la tarea han colaborado de forma activa, naturalmente, unos medios de comunicación que reflejan cómo las libertades de prensa y expresión se hallan sometidas a restricciones cada vez mayores.

Demos cuenta de un tercer cambio de relieve: el que aporta lo que cabe entender que es un visible ensañamiento con la oposición en un marco de agresiones contra derechos humanos básicos. Cierto es que en este caso conviene distingu ir entre dos oposiciones. Si una de ellas, la del Partido Co - m unista, ha sido tratada con algún miramiento, una vez se han desvanecido muchos de sus atractivos, no puede decirse lo mismo de lo que ocurre con la otra, la que se revela en la calle, ante todo en las grandes ciudades y con apoyo de segmentos importantes de las clases medias. Esta segunda oposición ha asumido una crítica de la corrupción, de la manipulación mediática, del monolitismo político y de los fraudes electorales. La respuesta oficial más común ha tendido a subrayar los vínculos, in negables, que muchos de los circuitos de esta oposición han mantenido con grupos de presión extranjeros, en el marco de un discurso que prefería esquivar, claro, la consideración de los numerosos problemas internos que arrastra el país. La represión ejercida sobre la oposición que nos ocupa, en particular con ocasión de las manifestaciones organizadas en 2011-2012, sólo puede explicarse en virtud de lo que a buen seguro es un temor cerril a que prospere en Rusia una revolución naranja como la registrada en Ucrania en 2004. No se olvide que en el país, y como producto de una tradición de largo aliento, se hace valer una percepción que entiende que la oposición es por definición un grupo hostil encargado de tareas de destrucción del orden existente, y no un elemento de reequilibrio que obedece a la s reglas elementales de una sociedad pretendidamente plural. La cultura de la unanimidad resultante, que se apoya en el discurso monocorde de los medios, en una visible adoración del poder y en un énfasis constante en la estabilidad, porfía en concluir que toda oposición tiene por detrás una mano negra extranjera [4] .

Dos respuestas han surgido, en los estamentos oficiales, ante algunos de los problemas que acabamos de invocar. Una de ellas ha asumido la forma de una actitud cada vez más severa con las organizaciones no gubernamentales, y en especial con las foráneas. Una ley aprobada en 2006 endureció notablemente los requisitos, también los financieros, que permitían el funcionamiento de aquéllas, en tanto otra de 2008 redujo drásticamente el número de organizaciones internacionales que podían beneficiarse de ventajas fiscales [5] . La segunda respuesta ha cobrado cuerpo de la mano del empeño que el Kremlin ha puesto en la tarea de construir una suerte de artificial oposición interna, como la que se ha concretado, en la era de Putin, en el partido Rusia Justa, visiblemente creado desde arriba con el propósito de limitar las expectativas electorales de partidos como el comunista [6] . Son muchos los expertos que identifican, en la trastienda, el deseo de configurar dos grandes partidos que, con diferencias mínimas entre sí, escenifiquen una aparente confrontación sobre la base de una aceptación indisimulada de las reglas del sistema.

Economía con altibajos

Los especialistas no discrepan a la hora de retratar un dato fu ndamental que marcó el derrotero de la economía rusa en los dos últimos decenios del siglo XX: un dramático retroceso que permitió que el producto interior bruto (PIB) reculase del orden de un 50 por ciento. Sí que discuten, y mucho, en cambio, cuando llega el momento de determinar cuál es la naturaleza de la economía de la Rusia independiente. La fuente principal de desavenencias la aporta acaso el hecho de que en esa economía se dan cita tres lógicas distintas. Mientras la primera es una especie de economía de bazar que, en buena medida asentada en el trueque, remite a fórmulas anteriores al capitalismo y a la economía burocrática que se reveló en la etapa soviética, la segunda la aportan los restos de esta última, en buena medida vinculados con el hecho de que el Estado sigue siendo el principal agente económico de cuantos perviven en Rusia. El mayor peso corresponde, con todo, a la tercera de las lógicas, tanto más cuanto que con el paso de los años ha ido arrinconando a las otras dos: hablamos de un capitalismo de perfiles mafiosos que permitió la rápida acumulación de formidables fortunas en manos de los oligarcas , fortunas que muy a menudo acabaron fuera de Rusia en virtud de operaciones de evasión de capitales muchas veces vinculadas con las redes del crimen organizado. Si el término mafia no sirve para retratar el meollo de esta terce ra lógica económica, ello es así por cuanto, en comparación con lo que ocurre en otros escenarios, se queda, y permítasenos la ironía, manifiestamente corto: en Rusia, la textura del fenómeno mafioso se ve marcada por el hecho de que en su gestación y despliegue material es inevitable identificar una activa implicación de políticos y funcionarios. Esto aparte, el relieve de ese fenómeno alcanza cotas desconocidas en la abrumadora mayoría de los países. No olvidemos que en 2000, y según el fiscal general del Estado ruso, las mafias controlaban el 50 por ciento de los bancos y el 40 por ciento de las empresas privadas, y blanqueaban en el exterior nada menos que 150.000 millones de dólares anuales [7] .

Tiene sentid o identificar los beneficiarios y los perjudicados por semejante eclosión de un capitalismo mafioso en el decenio de 1990. Entre los

primeros destacan dos grupos humanos. Si el primero lo configuran lo que en la jerga periodística se ha dado en llamar los nuevos ricos rusos —siquiera sólo fuera por razón de edad, las más de las veces no pudieron desempeñar papeles prominentes en la etapa soviética—, en el segundo se dan cita segmentos enteros de la vieja nomenklatura que, tal y como ya hemos señalado, experimentaron una rápida conversión a las nuevas reglas. Entre los perdedores debe mencionarse a los ancianos —víctimas principales de la liberalización de los precios verificada en 1992, de la inflación desbocada propia del último decenio del siglo XX y de la desintegración del sistema sanitario— y a las mujeres, que en muchos casos pasaron a engrosar el ejército de reserva de desempleados, circunstancia tanto más onerosa cuanto que su participación en el mercado de trabajo había sido muy notable en la etapa soviética, bien que premiada, como en todo el planeta, con salarios más bajos que los de los varones y con una presencia sensiblemente inferior a la de éstos en los escalafones superiores de la economía y de la política. El escenario que retratamos no era otro que el de una crisis social agudísima que bien podía resumirse en tres rasgos: un incremento general de la desigualdad, un crecimiento muy notable del porcentaje de población condenada a mal vivir por debajo del umbral de la pobreza y, en suma, la desaparición, ante todo al calor de la crisis bursátil de 1998 y del hundimiento consiguiente del rublo, de las incipientes clases medias.

Para que nada faltase, lo suyo es recordar que el decenio de 1990 fue, en Rusia, el de la aplicación de un programa de ajuste del Fondo Monetario Internacional. Bien es verdad que en el caso ruso —el de una potencia nuclear que atesoraba en su territorio materias primas muy golosas— el Fondo fue razonablemente más generoso de lo que lo había sido en otros lugares. Llamaba poderosamente la atención, sin embargo, que el programa de ajuste en cuestión no prestase mayor atención a un hecho significativo: mientras Moscú procuraba desesperadamente en los mercados internacionales créditos que permitiesen hacer frente a los ingentes problemas que arrastraba el país, la economía rusa expulsaba hacia el exterior, a través de la evasión de capitales y con la franca connivencia de los gobernantes, sumas de dinero mucho más importantes de las que reclamaba con insistencia a organizaciones como el mentado Fondo Monetario o el Banco Mundial.

Si, como puede apreciarse, el panorama fue cualquier cosa menos halagüeño durante la presidencia de Yeltsin, las reglas cambiaron en torno al año 2000. Lo hicieron ante todo de resultas de un factor externo como fue la subida operada en los precios internacionales de las materias primas energéticas, que rápidamente permitió la llegada, a la economía rusa, de oxigenadoras divisas fuertes. Nunca se ha subrayado lo suficiente la fortuna que correspondió al nuevo presidente, Putin, beneficiado, a diferencia de sus antecesores, por una coyuntura internacional claramente favorable para Rusia. Cierto es que lo que en una primera instancia era una ventaja innegable arrastraba, en una segunda lectura, problemas no precisamente menores: los de una economía demasiado dependiente de los precios de los hidrocarburos. No olvidemos que en 2009 Rusia era el segundo productor —13 por ciento del total mundial— y exportador de petróleo del planeta, y el segundo productor —18 por ciento del total— y primer exportador de gas. Aunque las reservas de petróleo parecían modestas —la inmensidad del

espacio siberiano obliga a la prudencia en este terreno— y aparentemente sólo alcanzaban para una veintena de años, las de gas representaban una cuarta parte de las conocidas [8] . Es un criterio muy extendido, por lo demás, el que afirma que los gigantes rusos del petróleo y del gas dedican pocos recursos a la búsqueda de nuevos yacimientos en un país que, por añadidura, despilfarra visiblemente energía; según una estimación, consume cuatro veces y media más que la media en el mundo occidental [9] . Muchas veces se ha señalado también que la contrapartida de los importantes ingresos que Moscú recibe por las ventas de sus materias primas energéticas es una delicada dependencia externa, toda vez que en 2010 esas materias primas eran responsables de un 69 por ciento de las exportaciones [10] . Es más que probable, en suma, que el llamado pico del petróleo se haya registrado ya en Rusia, con lo que los niveles de producción estén inequívocamente llamados a reducirse. Recuérdese que si en los años 2005-2007 el crecimiento de la producción de petróleo fue de un 9 por ciento anual, en los años inmediatamente posteriores se ha registrado un retroceso relativo que ha emplazado ese guarismo en un 2 por ciento [11] . Con muchos yacimientos en proceso de agotamiento, hay dudas sobre la capacidad de Moscú para dar satisfacción de los contratos de largo plazo que ha firmado.

Otro indicador interesante de la deriva de la economía rusa contemporánea es el que proporciona el PIB. Entre 1999 y 2007 el PIB creció a un ritmo notable, con una media de casi un 7 por ciento anual, mientras el déficit en la balanza de pagos desaparecía en provecho de un manifiesto superávit [12] ; en lo que va de siglo XXI Rusia ha consolidado una balanza de pagos que, claramente beneficiosa para sus intereses, es el resultado ante todo de la exportación de materias primas energéticas [13] . En 2009 se hicieron valer, sin embargo, los efectos de la crisis financiera: si el PIB había crecido un 5,2 por ciento en 2008, retrocedió un 7,8 por ciento en el año siguiente —y eso que Rusia parecía pensar que quedaría indemne ante la crisis—, para recuperar un crecimiento del 4,5 por ciento en 2010, en parte amparado por la subida operada en los precios del petróleo [14] . Es verdad que en los años siguientes el ritmo de crecimiento de la economía ha ido remitiendo: un 4,3 por ciento en 2011, un 3,4 en 2012 y un escueto 1,5 en 2013 [15] . Aunque los pronósticos para 2014 auguraban que el crecimiento se situaría un poco por encima del 2 por ciento, a principios de abril de ese año el Fondo Monetario ha cifrado aquél en un escueto 1,3 por ciento [16] , una cifra insuficiente para afrontar proyectos como los vinculados con la modernización de las fuerzas armadas, la Copa del Mundo de fútbol prevista para el año 2018 y los planes de inversión en el ámbito del bienestar social que Putin prometió durante la campaña electoral que lo devolvió a la presidencia del país.

Mientras, de cualquier modo, la industria extractiva ha salvado la cara, no puede decirse lo mismo del grueso de la pesada, que, anticuada y en crisis permanente, arrastra un visible déficit de inversiones y problemas sin cuento en materia de investigación y desarrollo. En un escenario marcado, también, por la debilidad de la industria ligera, la innovación tecnológica sigue siendo escasa; las patentes rusas suponen un 0,3 por ciento del total mundial al tiempo que la fuga de cerebros prosigue [17] . La agricultura, por su parte, no acaba de despegar, tanto más cuanto que en 1991 Rusia perdió el control de buena parte de las tierras más productivas de la antigua URSS.

Hoy en día el país depende de forma preocupante de las importaciones de alimentos. Sí se ha verificado, en cambio, una notable expansión del sector terciario, poco acompañado, eso sí, por un sistema bancario muy fragmentado, afectado por la crisis financiera internacional y con frecuentes dependencias externas. Los niveles de la inversión pública en sanidad, educación y medio ambiente anuncian, en paralelo, problemas importantes para el futuro.

En un terreno más general, es un criterio común entre los expertos el que entiende que Rusia no ha aprovechado los años de bonanza para introducir reformas estructurales que merezcan tal nombre, y ello pese a la reforma fiscal de 2001, a la agilización de muchos procedimientos administrativos y a las consecuencias de políticas macroeconómicas y financieras de carácter conservador [18] . La inflación es, por otra parte, la más alta de las registradas entre los miembros del llamado grupo de los veinte [19] . Agreguemos que otra materia objeto de controversia es la relativa a los efectos, inciertos, de la incorporación de Rusia a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en el verano de 2012. No se olvide que esta última no parecía plantear, al menos en primera instancia, problemas mayores para Moscú, toda vez que la mayoría de los bienes que el país exporta a duras penas están sujetos a la competencia que preconiza la OMC, una competencia para la que Rusia no se halla particularmente bien preparada. En el Kremlin se asentó, con todo, la impresión de que la OMC ponía cortapisas sin cuento con la vista puesta en obstaculizar, o en postergar, la incorporación rusa.

Otro de los rasgos interesantes de la economía rusa de estas horas es, con toda evidencia, el relevante papel asignado en la era putiniana al Estado, que conserva un control decisivo en materia de energía eléctrica, gas, transporte de hidrocarburos o ferrocarriles, y que ha acrecentado su presencia en sectores que se entiende son estratégicos [20] . Empr esas vitales en esta tarea han sido Gazprom, Rosneft, Tatnef t y Slavneft, en un escenario general en el que las inversiones foráneas se han visto sometidas a visibles trabas y sólo alcanzan a un 5-10 por ciento del capital de muchas empresas [21] . Las grandes firmas rusas se caracterizan, por lo demás, por su proximidad al poder político, por la concentración del accionariado en pocas manos y por la opacidad de estructuras y estrategias [22] . Conviene no perder de vista que muchas de las medidas encaminadas a potenciar el papel del Estado en la economía ocultaban significativos intereses privados, y en singular los de funcionarios gubernamentales que han pasado a formar parte, o a encabezar, los consejos de administración de muchas de las empresas estatales, en aplicación de una singular manifestación del procedimiento de las puertas giratorias [23] .

Difícilmente sorprenderá que, habida cuenta de las reglas que hemos atribuido a la economía rusa, evaluar lo que sucede en ésta sea tarea ardua. En un mundo caracterizado por la presencia notoria de los circuitos mafiosos es de razón que los expertos tengan que enfrentarse a una inevaluable economía informal. Recuérdese que, en 2000, el 20 por ciento de las transacciones entre empresas habría discurrido lejos de la economía legal [24] . El panorama se completa con los numerosos efectos negativos de la burocracia y de la corrupción. En lo que a ésta respecta, y según el listado que elabora Transparency International [25] , Rusia ocupaba en 2013 el puesto

133 del planeta sobre un total de 174 países. Conforme a otra estimación, las prácticas corruptas se llevaban nada menos que un 30 por ciento del volumen de negocios de las empresas [26] . En la percepción común entre los empresarios, en fin, la corrupción no parecía haber remitido en los años de presidencia de Putin [27] y tampoco parecía haber ganado terreno un poder judicial independiente.

Crisis social y medio ambiente en la era de Putin

La convención sugiere que, dejados atrás los años de Yeltsin, hay que distinguir en Rusia varios estamentos sociales: si el primero lo configuraría un puñado de oligarcas, en el segundo se daría cita una clase media asentada que supondría un 20-30 por ciento de la población; en el tercero se haría valer otro segmento de la clase media, éste de recursos limitados, en el que se encontraría la mitad de los habitantes, y el cuarto y último, en suma, lo configuraría un 20 por ciento de desheredados [28] . Las mayores discrepancias con respecto a este esquema de clasificación nacen de la sugerencia de que, por un lado, estaría engordando las dimensiones de la primera, la más afortunada, de las clases medias, y, por el otro, manejaría un concepto muy generoso a la hora de incluir a muchas gentes en estas últimas.

Al margen de lo anterior, son frecuentes las discusiones en lo que se refiere a los efectos sociales de la general bonanza económica registrada en la era putiniana. Aunque toda la población se ha visto beneficiada, en un grado u otro, por la bonanza verificada en los dos primeros mandatos pre sidenciales de Putin, la desigualdad mantuvo sus niveles pre vios y sigue exhibiendo una condición inquietante. Un 10-15 por ciento de la población viviría hoy por debajo del umbral de la pobreza —admitamos que la determinación de dónde hay que emplazar tal umbral ha sido de siempre materia controvertida—, frente al 30 por ciento que se hizo valer al calor de la crisis de 1998-1999 [29] . En 2008 una estimación oficial situaba el porcentaje correspondiente en un 13,1 que contrastaba con el 27,5 de 2001 [30] . En los últimos años el desempleo se ha mantenido, por lo demás, en niveles situados entre un 5 y un 7 por ciento de la población activa, con un leve repunte, para alcanzar un 8,4 por ciento, en 2009 [31] , frente al 12,9 por ciento de 1999 [32] . Aun con ello, conviene recordar que en 2008 la renta per cápita rusa era un 48 por ciento de la española (o un 26 por ciento si se calculaba sobre la base del tipo de cambio real del rublo con respecto al dólar) [33] . Los problemas sociales que es fácil intuir se revelan en un escenario como el descrito constituyen una explicación relevante de la xenofobia, al parecer en ascenso, que se registra en la Rusia contemporánea, con víctimas principales en caucasianos y centroasiáticos.

Di fícil resulta identificar progresos notables en lo que respecta, en otro terreno, al derrotero de los problemas medioambientales, y ello pese a que la crisis de finales del siglo XX tuvo en este ámbito un efecto mitigador de tensiones [34] . La herencia de un pasado caracterizado por una nula preocupación por estas cuestiones se aprecia hoy en la forma de problemas graves en materia de contaminación industrial, daños irreparables en ríos y lagos, o dramáticas imprevisiones en lo que se refiere al tratamiento de los residuos. Las consecuencias del cambio climático son, por lo demás, cada

vez más evidentes en un país en el que, con ingenuidad, una parte de la opinión pública no parece percatarse de que a duras penas tendrán un carácter saludable, tanto más habida cuenta de la rapidez del proceso. Rusia, responsable en 2000 del 17 por ciento de las emisiones mundiales de CO_2, en relación con las cuales ocupa el tercer puesto mundial tras Estados Unidos y China, acabó por firmar en 2004, y bien que con un sinfín de cautelas, el Protocolo de Kioto [35]. Lo suyo es reconocer, aun así, que en este terreno se ha pasado de un rechazo oficial ante la idea de que el cambio climático es una cuestión relevante a una aceptación, sobre todo en los años de presidencia de Medvédev, y bien que a menudo meramente formal, de que constituye un problema al que hay que dar respuesta urgente [36].

Una demografía en crisis

Con frecuencia, y sobre la base del recordatorio de los graves problemas demográficos que ac o san al país, se ha puesto en duda la recuperación característica de la era putiniana. Recuérdese que, conforme al último censo, de 2010, Rusia contaba con 142.800.000 habitantes. La población parecía hallarse en retroceso de resultas del descenso operado en la natalidad —de 2,2 hijos por mujer en 1989 se pasó a 1,3 en 2012—, del incremento registrado en la mortalidad —en buena medida vinculado con una presencia muy notable de muertes violentas— y de una disminución en la esperanza de vida al nacer [37].

Aunque es verdad que políticas natalistas, como la que premia el nacimiento de un segundo hijo, se encuentran en proceso de aplicación, sus efectos parecen inciertos, y ello por mucho que en los últimos años las estadísticas registren progresos en los indicadores afectados. Pese a que alguna de las estimaciones oficiales más recientes es moderadamente optimista y prevé que en 2030 la población se sitúe en algún lugar dentro de la horquilla que separa los 127 y los 148 millones de habitantes —el propósito declarado de las políticas desplegadas es estabilizar la cifra en 140-145 millones de habitantes [38]—, otros pronósticos identifican entre 77 y 100 millones de personas en 2050 [39]. El Fondo para la Población de las Naciones Unidas ha estimado, por su parte, que Rusia podría tener 108 millones de habitantes en 2050, con un 30 por ciento de ciudadanos de origen no eslavo y entre un 25 y un 30 por ciento de ancianos, circunstancia esta última que estaría llamada a plantear problemas graves en materia de viabilidad del ya de por sí tocado sistema de pensiones [40].

Las co sas como fueren, y aun admitiendo que las políticas oficiales pueden mitigar un tanto el desastre, la mayoría de los datos que estamos obligados a manejar invita, inequívocamente, a extraer una conclusión: detrás de guarismos como los que dan cuenta de crecimientos muy notables en el producto interior bruto se aprecia una realidad sombría que, como la que se refleja de la mano de una baja natalidad y una alta mortalidad, ilustraría que son muchos los rusos que no ven claro su futuro.

Las fuerzas armadas

En el terreno militar la Rusia independiente recibió de la URSS una pesada herencia: un ejército sobredimensionado con un equipamiento las más de las veces tecnológicamente caduco. Muchas de las carencias de esas fuerzas

armadas salieron a la luz a lo largo de la guerra librada en Afganistán en la década de 1980 y, más adelante, con ocasión de la primera guerra de Chechenia. En la e ra de Yeltsin, y pese a l os enorm es esfuerzos presupuestarios realizados, los problemas —salarios, desplazamientos forzosos, ausencia de viviendas, desfases tecnológicos crecientes, pésima formación de los soldados de servicio obligatorio— se multiplicaron en un escenario marcado por dos circunstancias importantes: si la primera remitía a un sorprendente cuarteamiento financiero de las unidades militares, que a menudo pasaron a depender, total o parcialmente, de repúblicas, regiones o ciudades, la segunda daba cuenta de una visible influencia de las fuerzas armadas en terrenos tan relevantes como los vinculados con los cometidos asignados a la industria de defensa o con el con te nido de las políticas nacionales internas —Chechenia, para entendernos— y de las propias relaciones externas del país .

En 2000, y por primera vez desde 1992, el presupuesto de defensa subió en Rusia, cuyo gasto militar, en términos relativos, sigue siendo en estas horas porcentualmente alto: ascendía en 2012 a un 4,4 por ciento del PIB, con previsiones, para 2014, de elevación de ese porcentaje con la vista puesta en situarlo en un 4,8 [41] . Téngase presente, sin embargo, que si en 2010 el gasto en defensa se elevaba en Rusia a 58.600 millones de dólares, el de Estados Unidos era de 607.000 millones; el de Francia, de 65.700 millones, y el del Reino Unido, de 65.300 millones [42] . Según una estimación, el gasto militar alemán quedaría por encima, también, del ruso. Al margen de las limitaciones objetivas, parece que Putin, conocedor de lo que ocurrió en los últimos decenios de la URSS, ha sido siempre consciente de los riesgos que se derivan de una apuesta presupuestaria desmesurada en provecho de las fuerzas armadas.

En el ámbito que ahora nos ocupa, la política del actual presidente se ha enca minado ante todo a acrecentar las posibilidades de intervención en el frente interno y en el extranjero cercano —Osetia del Sur, Crimea—, y no en hacer otro tanto con las relativas a una eventual, y difícil, colisión con las potencias occidentales, en la confianza de que la preservación de un copioso arsenal nuclear será garantía suficiente al respecto. Putin se ha inclinado por perfilar unas fuerzas armadas más profesionales, de dimensiones más reducidas, más móviles y con capacidades de despliegue rápido. Las reformas en curso parecen apuntar a reducir el número de efectivos y de oficiales, a rebajar el de las unidades de fuerzas convencionales y a eliminar regimientos y divisiones, con recortes también en cuanto al peso del sistema educativo militar [43] . En la trastienda hay que subrayar que ha tenido una influencia innegable la decisión del Kremlin en el sentido de suspender la aplicación del tratado sobre fuerzas convencionales en Europa.

Aunque las fuerzas armadas rusas se hallan inmersas des de hace años en una activa profesionalización, siguen dependiendo en buena medida de soldados de conscripción. Si bien la teoría señala que la designación de éstos es azarosa, lo cierto es que las posibilidades de que la realización del servicio recaiga sobre los habitantes de las zonas rurales y sobre los integrantes de las clases más pobres son mucho mayores en un escenario en el que los sobornos permiten eludir las obligaciones correspondientes [44] . Y es que la corrupción constituye una lacra constante en las unidades militares.

Rusia dispone hoy en día de una industria de armamentos relativamente próspera, y ello pese a los recelos que suscitan muchas de las tecnologías militares generadas por aquélla. A las críticas vertidas contra sus deficiencias se suman las que se refieren a los frecuentísimos retrasos en la satisfacción de los pedidos. Las cosas como fueren, los mercados chino e indio compensan las limitaciones de los pedidos internos. Aun así, en 2003 la aviación rusa recibió, luego de más de diez años, el primer caza de un modelo nuevo y en 2004 le llegó su turno al primer helicóptero de ataque. Entre tanto, la construcción de subm arinos nucleares estratégicos recuperaba el pulso y lo mismo sucedía con los misiles balísticos. En 2006, en fin, la aviación recibía dos nuevos Sujoi-34 [45] . Todo lo anterior se vio acompañado de cierta reaparición de las fuerzas armadas rusas en el escenario internacional. En 2007 los bombarderos estratégicos empezaron a volar en la proximidad del territorio de países miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), mientras la marina, sobree xplotada, se hacía ver en el Mediterráneo y en el Caribe. Una señal de las nuevas capacidades del ejército ruso, bien que cargada de polémicas sobre su eficacia técnica, la aportó, en suma, la acción militar desarrollada en Osetia del Sur en 2008.

Aunque las disputas al respecto han bajado de tono en la era de Putin, la notoria influencia que las fuerzas armadas conservan —ya lo hemos anotado — en ámbitos importantes aconseja seguir prestando atención a eventuales tentaciones de participación, soterrada o manifiesta, de aquéllas en la política convencional. La certificación de que las amenazas han reculado visiblemente desde los años de Yeltsin no parece suficiente para concluir que el panorama esté suficientemente despejado y que, de resultas, haya desaparecido todo riesgo de politización de un poder presuntamente neu tral.

II. La política exterior rusa

Como inmedia tamente se apreciará, el foco de atención de este capítulo no es la política exterior rusa entendida en su sentido más general, sino, antes bien, la concreción de aquélla en la forma de las relaciones con el mundo occidental. Nuestro objetivo no es otro que examinar, por relatar los hechos en otros términos, la trama en la cual han cobrado cuerpo los acontecimientos que han tenido por teatro, a finales de 2013 y principios de 2014, la república de Ucrania.

Lo primero que hay que reseñar a la hora de acometer una descripción de la política exterior de Rusia es el hecho de que a finales de 1991, cuando el

país accedió a la independencia, el panorama era muy diferente del que había heredado, seis años antes, quien al cabo fue el último presidente de la Unión Soviética: Mijaíl Gorbachov. Y el panorama había cambiado de resultas de dos factores que discurrían por caminos enfrentados. El primero, saludable en una primera lectura, era un entorno internacional más plácido. Si Gorbachov había tenido que lidiar con un escenario marcado por la crisis de los euromisiles , el estancamiento de las conversaciones de control de armamentos, el enfangamiento paralelo del ejército soviético en Afganistán, unas relaciones tensas con China, Corea del Sur y Japón, y, en suma, la sempiterna confrontación con Estados Unidos característica de la guerra fría , la mayoría de los desencuentros correspondientes había desaparecido o, al me nos, se había mitigado en 1991.

El segundo factor, de sentido contrario, subrayaba, sin embargo, que Rusia había experimentado un doble, y delicado, retroceso estratégico. A finales de 1989, y por lo pronto, había visto cómo en los hechos se independizaban de la tutela soviética los Estados que al concluir la Segunda Guerra Mundial habían pasado a configurar lo que en la jerga se entendió que era el parachoques de seguridad urdido por la URSS para hacer frente a una invasión como la alemana de 1941. Al amparo de la disolución del Pacto de Varsovia y del Consejo de Ayuda Económica Mutua, seis Estados (Alemania Oriental, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumanía) procuraron caminos propios que con el paso de los años los conducirían a la Unión Europea (UE) y a la OTAN. Pero poco después, en 1991, se verificó un nuevo retroceso, en este caso vinculado con la desintegración de la propia Unión Soviética. De resultas de ésta, Rusia apreció cómo desaparecían, o se reducían, sus capacidades de control sobre lo que ocurría en las repúblicas del Báltico, en Bielorrusia, en Moldavia, en Ucrania, en el Cáucaso y en el Asia central. Recordemos al respecto que si la URSS tenía 22 millones de km^2 , a Rusia le correspondían sólo 17. Mientras la URSS, en paralelo, contaba con 250 millones de habitantes, a Rusia le tocaban 100 millones menos.

La Comunidad de Estados Independientes

Antes de acometer una descripción, guiada por un criterio fundamentalmente cronológico, de la política exterior de la Rusia independiente, conviene que nos detengamos a examinar el perfil de una instancia que, al menos a primera vista, estaba llamada a ser instrumento central de esa política en el extranjero cercano , esto es, el espacio propio de aquellas repúblicas que, tras formar parte de la URSS, accedieron a la independencia a finales de 1991. Hablamos, claro, de la Comunidad de Estados Independientes (CEI).

En el momento de su gestación, que fue el momento mismo de la desintegración de la Unión Soviética, se dieron cita en la CEI doce repúblicas: todas las integrantes de la URSS menos las tres del Báltico. Cierto es que con posterioridad se han registrado un abandono —el de Georgia, que dejó la CEI en 2008, tras la guerra librada en Osetia del Sur—, una posición de alejamiento permanente —la de Turkmenistán, que ha mantenido, sin embargo, la condición de miembro asociado [46] — y tres posturas propias de socios más bien díscolos —Azerbaiyán, Moldavia y Ucrania—. En semejante escenario a duras penas podrá sorprender que no

hayan prosperado las instancias comunes a los Estados miembros. No lo han hecho en el terreno político, habida cuenta de que no existen estructuras conjuntas como aquéllas de las que se ha dotado la UE: en este ámbito cabe entender que la CEI es poco más que una laxa confederación. Tampoco han proliferado en el mundo de la economía, toda vez que al cabo se han impuesto acuerdos suscritos por unas u otras de las repúblicas integrantes sin que la Comunidad haya sido capaz de forjar ningún proyecto conjunto. En lo que a la rúbrica militar se refiere, es verdad que en los años primeros de la CEI se hizo valer un mando militar unificado que tuvo como cometido mayor, por no decir que único, lidiar con un problema preciso: la presencia de armas nucleares en Bielorrusia, Kazajstán, Ucrania y Rusia. Como quiera que con razonable rapidez las tres primeras repúblicas se inclinaron por destruir sus armas nucleares, o en su defecto por transferirlas a Rusia, el mando militar unificado se disolvió, con lo que, también en este terreno, la CEI dejó de disponer de instancias comunes. Si queremos dar un paso más en busca de argumentos que pretendan retratar la liviandad de la Comunidad que nos ocupa, lo suyo es recordar que esta última ni siquiera dio satisfacción del objetivo que para ella reservó el primer presidente de la Ucrania independiente: Leonid Kravchuk. Aunque a los ojos de este último la CEI debería haber sido la entidad que permitiese la desaparición pacífica, y ajustada a reglas, de la vieja Unión Soviética, lo cierto es que los conflictos, no precisame nte menores, en modo alguno faltaron en la periferia —ciertamente lejos de los centros moscovita y peterburgués— de la Comunidad. Así l o testimonian las guerras libradas en el Transdniestr moldavo, en las georgianas Abjazia y Osetia del Sur, y en Nagorni-Karabaj, en Azerbaiyán, en 1992, el conflicto civil que tuvo por teatro Tayikistán entre el año mencionado y 1997, o, en fin, las dos guerras que se desarrollaron, entre 1994 y 1996 la primera, y a partir de 1999 la segunda, en Chechenia, dentro de la Federación Rusa.

Muchos de los problemas de articulación de la CEI remiten a una cuestión que se revela con frecuencia al amparo de Estados federales y confederaciones: alguna de las partes integrantes de unos u otras destaca por encima de las demás y tiende a imponer reglas del juego de obligado cumplimiento. Salta a la vista que en el caso de la CEI el riesgo correspondiente remite a la condición de Rusia, un país más grande, más rico, más poblado y militarmente más poderoso que los otros once restantes miembros considerados de manera conjunta. Baste con recordar al respecto que el segundo Estado en importancia dentro de la CEI, Ucrania, arrastra, como veremos en esta obra, muchos problemas de dependencia con respecto a Rusia, circunstancia que por sí sola dibuja un escenario muy desequilibrado. Lo anterior al margen, obligado es anotar que en la propia Rusia el sentido atribuible a la Comunidad es objeto de controversias. Mientras hay quienes piensan que la CEI es un instrumento adecuado para hacer valer una zona de influencia rusa en el extranjero cercano , también hay quienes estiman, por el contrario, que constituye una rémora que ha obligado a Moscú a destinar, estérilmente, recursos ingentes en áreas al cabo poco prometedoras como el Cáucaso o el Asia central. No faltan, en suma, quienes consideran que debería recuperarse el espíritu inicial de la CEI, que no era otro que el de una suerte de confederación paneslava en la que estaban llamadas a darse cita Rusia, Bielorrusia y Ucrania.

Aunque cualquier juicio es por fuerza precipitado, la impresión más extendida sugiere que a los ojos de los gobernantes rusos la Comunidad de Estados Independientes ha ido perdiendo relieve. Cierto es que, al menos sobre el papel, y en primera instancia, Putin abrazaba la idea de que la CEI constituía un instrumento apropiado para apuntalar los intereses de Moscú en las repúblicas otrora integrantes de la URSS. Con el paso del tiempo parece haber tirado, sin embargo, la toalla. En 2005, sin ir más lejos, el presidente ruso describió la Comunidad como una “comisión amistosa de divorcio” y se inclinó por procurar otras estructuras comunes, en lo que fue interpretado como un certificado de defunción de la CEI [47] . Tengamos presente que si Rusia había apostado por una unión aduanera con Bielorrusia y Kazajstán, varios de los integrantes díscolos de la CEI habían movido ficha en la articulación de una organización que cabe suponer aspiraba a contestar la primacía rusa: Georgia, Ucrania, Uzbekistán, Azerbaiyán y Moldavia configuraron al respecto la GUUAM, que al cabo se convirtió en GUAM luego de la defección de Uzbekistán [48] .

Eslavófilos y occidentalistas

Desde mucho tiempo atrás se hace valer una distinción que permite describir las dos grandes pulsiones de la política exterior rusa, y ello tanto en lo que se refiere a la etapa zarista, a la propia de lo que fue la Unión Soviética y a la característica de estas horas. La primera de esas pulsiones la configuran los que se suelen describir como eslavófilos , gentes que estiman que, en Rusia en singular y en el mundo eslavo de manera más general, hay formas de vida y de relación que merecen ser preservadas de la intrusión de otras ajenas, y en particular de las que proceden del mundo occidental. La segunda de esas pulsiones, la occidentalista , considera, por el contrario, que es imperativo que Rusia incorpore cuanto antes las formas de vida y de relación que comúnmente se atribuyen a Occidente.

Los primeros años de la Rusia independiente, los delimitados por 1991 y 1995, lo fueron de rotunda primacía de un proyecto occidentalista. Por decirlo de otra manera, en esa etapa Mo scú acató sin rechistar las imposiciones, llegado el caso los caprichos, que llegaban de las potencias occidentales. Con Andréi Kózirev en la cabeza del Ministerio de Asuntos Exteriores en Moscú, Rusia, aparentemente deseosa de procurar un rápido acercamiento a Occidente, y poco preocupada entonces por la ausencia de contraprestaciones, no dudó en apoyar las sanciones internacionales contra Serbia, se incorporó al Fondo Monetario y al Banco Mundial, aceptó un acuerdo de paz con Moldavia que dejaba en situación precaria a la recién nacida república del Transdniestr, no pestañeó a la hora de firmar con Estados Unidos un nuevo tratado de limitación de armas estratégicas, el START-II (Strategic Arms Reduction Treaty), que luego quedaría en papel mojado [49] , y, en fin, en 1995, se adhiri ó a la Asociación para la Paz promovida por la OTAN.

Las tornas cambiaron, sin embargo, en 1996 de la mano de la designación de un nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Yevgueni Primakov, quien en septiembre de 1998 se convirtió en primer ministro y fue reemplazado por Igor Ivánov. Las razones de ese cambio, encaminado a la búsqueda de una política exterior más independiente, fueron acaso dos. Si la primera remite

al peso ingente de una inercia histórica que invita a concluir que no es nada sencillo que Rusia coincida puntillosamente en sus intereses con los de las potencias occidentales, la segunda obliga a identificar determinados pasos de estas últimas que en Moscú se interpretó, de manera casi unánime, y no sin razón, que eran manifiestamente hostiles para con Rusia. El más llamativo de esos pasos fue la decisión, asumida en 1997 y concretada dos años después, de ampliar la OTAN al amparo de la incorporación de Polonia, la República Checa y Hungría, tres Estados que poco tiempo antes formaban parte del Pacto de Varsovia. Pero podríamos agregar otros ejemplos, como el que aportaba la creciente presencia norteamericana en el Cáucaso, el Caspio y el Asia central, que estaba provocando del lado de Moscú una incipiente aproximación a China y la India.

El escenario preciso en el que la crecient e confrontación entre Rusia y las potencias occidentales alcanzó, al menos en apariencia, sus cotas más altas lo proporcionó Kosova. Moscú contestó agriamente, por su manifiesta inadecuación a lo previsto por la Carta de las Naciones Unidas, los bombardeos sobre Serbia y Montenegro que la OTAN desarrolló en la primavera de 1999. Hubo quien, de manera obviamente precipitada, llegó a la conclusión de que no era en modo alguno de descartar una colisión militar abierta entre Rusia y alguna de las potencias en cuestión. Las tensiones amainaron, sin embargo, cuando en mayo del citado año el Fondo Monetario anunció la apertura de una nueva línea de crédito en provecho de Rusia… Fácil era entender lo que ocurría: como quiera que Moscú planteaba obstáculos sin cuento a unas u otras políticas occidentales, pero se avenía al poco a levantarlos a cambio de ayudas financieras que Rusia precisaba imperiosamente —o al menos eso era lo que se aducía—, la credibilidad de la política exterior rusa se resentía inevitablemente.

En la estela del 11-S: la aquiescencia putiniana

El panorama volvió a cambiar, sin embargo, en torno al año 2000. Y lo hizo ante todo como consecuencia de un factor externo: la subida operada en los precios internacionales del petróleo permitió que de la noche a la mañana la economía rusa, que pasó a recibir cantidades ingentes de divisas fuertes, se oxigenase. De resultas, y en lo que importa a nuestro argumento, Rusia pudo saldar rápidamente la deuda que en buena medida había contraído en el decenio anterior. El nuevo teatro de operaciones obligaba a formular una pregunta: ahora que Moscú ya no arrastraba mayores dependencias financieras con respecto al exterior, ¿qué estaba llamado a ocurrir en caso de que se registrase una crisis internacional en relación con la cual Rusia y las potencias occidentales blandiesen posiciones manifiestamente distintas?

No se trata de que hayan faltado, desde entonces y hasta hoy, crisis de r elieve que obliguen a procurar una respuesta para la pregunta recién formulada. Lo que sucedió, antes bien, fue que la posición de Rusia, y en su caso la de sus presuntos rivales occidentales, resultó ser cualquier cosa menos clara. Digamos, por lo pronto, que, al menos en apariencia, el proyecto inicial del nuevo presidente, Putin, apuntaba antes a la modernización del país que a la confrontación con Estados Unidos. Esta circunstancia se antojó evidente antes incluso de los atentados de Nueva York y de Washington de septiembre de 2001, de la mano, por ejemplo, de

un tono moderado de Moscú en lo que se refiere a las discrepancias relativas a la antigua Yugoslavia o al futuro del tratado ABM (Anti-ballistic Missiles) sobre defensas frente a misiles balísticos [50] . Para Rusia se trataba de recuperar influencia internacional ante todo a través de instrumentos económicos, en el buen entendido de que en el diseño de Putin no parecían tener cabida mayor ni las alianzas diplomáticas ni las afinidades culturales [51] .

Cierto es que los recién mencionados atentados de Nueva York y de Washington configuraron un momento clave a efectos de delimitar lo que ocurrió en los años siguientes, hasta 2006 (de por medio conviene subrayar que en 2004 Ivánov había sido reemplazado, en la dirección del Ministerio de Asuntos Exteriores, por Serguéi Lavrov). En la estela de esos atentados, y con la franca vocación de hacer frente al terrorismo internacional , Rusia ofreció un caluroso apoyo a Estados Unidos. A primera vista no era difícil explicar ese apoyo: el discurso oficial en Moscú, que llamaba la atención sobre una presunta amenaza islamista interna, salía fortalecido al calor del nuevo magma internacional, y otro tanto sucedía con la versión que el Kremlin difundía en relación con el conflicto de Chechenia. Hubo quien adujo en aquellos dí a s que Rusia habría recibido, en paralelo, garantías de una rá pida incorporación a la Organización Mundial del Comercio que permitiría sortear el calvario de muchos años que hubo de recorrer China. Aunque podríamos seguir aduciendo explicaciones de este cariz, parece que no dan cuenta de manera suficiente del calor de la adhesión rusa a la cruzada antiterrorista que se disponía a liderar el presidente nor-teamericano, George Bush hijo. Por ello hay que dar un paso más y sugerir que en el otoño de 2001, y no sin controversias internas relativamente importantes, Putin, tras realizar un prolijo examen de las posibilidades de su país, llegó a la conclusión de que Rusia no estaba en condiciones de plantar cara a la hegemonía norteamericana y optó por sumarse al carro del vencedor en la confianza, bien es cierto, de que este último, Estados Unidos, sería razonablemente magnánimo. Otra manera de explicar lo ocurrido era, si así se quiere, la que apuntaba que a partir de 2001 Rusia se avino a acatar el liderazgo planetario de Estados Unidos a cambio de que se reconociese su supremacía en el extranjero cercano .

Si el proceso que acabamos de describir parece ajustarse, mal que bien, a la realidad, conviene que realicemos, en lo que respecta a su sentido profundo, tres precisiones de relieve. La primera, como las dos restantes, asume la forma de una pregunta: a partir de 2001, ¿decidió acercarse Rusia a Estados Unidos, hizo lo propio con la UE o, de manera más general, procuró una aproximación al mundo occidental? El primero de los horizontes es acaso el más certero, en el buen ent endido de que reclama un cambio de protagonista: Esta dos Unidos intentó atraer hacia sí a Rusia, pero no tanto porque esta última objetivamente interesase a Washington, sino, antes bien, porque acariciaba la idea de mantener a Moscú alejado de la UE. El objetivo maestro de la política norteamericana al respecto, saldado con innegable éxito, no era otro que cortocircuitar la imaginable gestación de una macropotencia euroasiática en la que se dieran cita la riqueza de la UE, por un lado, y la profundidad estratégica y las materias primas energéticas de Rusia, por el otro. En esta tarea Estados Unidos se vio beneficiado por las sucesivas incorporaciones de nuevos socios a la UE. No se olvide que la

mayoría de esos nuevos socios eran países que arrastraban una relación tensa con Moscú, de tal suerte que su adhesión a la UE a duras penas facilitaba una normalización de las relaciones de ésta con Rusia.

La segunda discusión que parece obligado plantear en lo que se refiere a lo que sucedió entre los años 2001 y 2006 es la relativa a la actitud de Rusia ante la política norteamericana en los orientes próximo y medio: ¿es que el Kremlin no era consciente del gran juego que Estados Unidos desplegaba al amparo de unas intervenciones, las asestadas en Afganistán e Iraq, que obedecían al claro propósito de reconfigurar el panorama estratégico del área más relevante del planeta, apuntalando el papel correspondiente al principal aliado de Washington en esa región, Israel, utilizando los nuevos bastiones para supervisar los movimientos de competidores como la UE, China y Rusia, y acrecentando en paralelo el control sobre importantísimas reservas de materias primas energéticas? La respuesta l ógica a esta pregunta señala que aunque, naturalmente, los dirigentes rusos eran conscientes de todo lo anterior, sabedores de la debilidad propia, e invoquemos de nuevo el argumento general antes vertido, se vieron obligados a plegarse a la política norteamericana, en la confianza, una vez más, de que Estados Unidos fuese razonablemente generoso al respecto. Hay que resaltar que, si Rusia fue vital para que adquiriese carta de naturaleza la intervención militar estadounidense en Afganistán, su papel en relación con Iraq resultó ser más bien ambiguo. Mientras, por un lado, el protagonismo de la contestación de lo que Washington se aprestaba a hacer en ese país recayó, en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sobre Francia, una vez derrocado Sadam Husein las demandas rusas se contentaron con reclamar que se respetasen los contratos petroleros antes ultimados, a menudo en provecho de los gigantes rusos del petróleo, y que las nuevas autoridades iraquíes saldasen las deudas contraídas en el pasado. No hubo, pues, del lado de Moscú ningún designio de contestación firme de la agresión militar norteamericana, y ello por mucho que el Kremlin discrepase manifiestamente de esta última.

La tercera de nuestras precisiones es, con mucho, la más significativa. Asume, una vez más, la forma de una pregunta: ¿qué es lo que Rusia consiguió a cambio de lo que unas veces fue un apoyo franco a una intervención militar norteamericana —Afganistán— y otras un silencio connivente con otra interven ción estadounidense —Iraq—? Nada más sencillo que res ponder a esta pregunta: absolutamente nada.

Examinemos los hechos de forma más detallada. En primer lugar, Washington mantuvo incólume el programa encaminado a pertrechar un escudo antimisiles que se proponía proteger el territorio norteamericano ante un eventual ataque de Estados gamberros como Irán o Corea del Norte. Parecía inevitable, y lógico, que en Rusia, como en China, se interpretase que en la trastienda ese programa obedecía al propósito de reducir la capacidad disuasoria de los arsenales nucleares respectivos. Ello fue así pese a que en 2002 Washington y Moscú suscribieron el tratado SORT (Strategic Offensive Arms Reduction), que limitó a 1.700-2.200 el número de cabezas nucleares a disposición de cada uno de los suscribientes [52] . En segundo término, la Casa Blanca propició una nueva ampliación de la OTAN, que en este caso afectó a Bulgaria, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia,

Lituania y Rumanía; en adelante la Alianza Atlántica pasaba a contar con nuevas fronteras con Rusia y se asomaba, por añadidura, a la ribera occidental del mar Negro. Fácil es intuir que, en singular, la adhesión a la OTAN de tres repúblicas exsoviéticas, las tres del Báltico, no llenó precisamente de contento en Moscú. En un tercer estadio, Estados Unidos se mostró muy reticente a desmantelar las bases, teóricamente provisionales, que, con anuencia rusa, había perfilado en el otoño de 2001 en el Cáucaso y en el Asia central con la vista puesta en permitir su intervención militar en Afganistán. Si con el paso del tiempo acabó por desalojar alguna de esas bases, fue antes en virtud de las exigencias de las autoridades locales que de resultas de una decisión propia. En cuarto lugar, Washington no dudó en respaldar las llamadas revoluciones de colores que, en Georgia (2003), Ucrania (2004) y Kirguizistán (2005), auparon a los gobiernos respectivos a fuerzas políticas visiblemente hostiles a los proyectos defendidos por Rusia. Para cerrar el círculo, en suma, Estados Unidos no se avino a reconocer ningún trato comercial especial que sirviese de recompensa, siquiera menor, ante la docilidad de Moscú.

Renacimiento de las tensiones: la crisis de Osetia del Sur

De lo que acabamos de señalar se deriva, parece, una conclusión insorteable: la prepotencia de los gobernantes norteamericanos del momento, con George Bush hijo en cabeza, permitió que, pese a su general colaboración con Estados Unidos en materias muy sensibles, Rusia no sólo no recibiese contraprestación alguna, sino que, antes bien, se hiciese merecedora de agravios varios. Se antojaba inevitable que, en esas condiciones, Moscú se viera obligado a abandonar la política desplegada desde 2001 y, antes de resultas de la actitud norteamericana que por efecto de un criterio propio y autónomo, buscase otros caminos. Rechazada, Rusia abandonó el objetivo de una integración, siquiera fuese parcial, en el mundo occidental y pasó a promover un proyecto caracterizado por el designio de controlar los países del extranjero cercano , por la búsqueda de una creciente independencia, por el propósito de desarrollar una relación en pie de igualdad con Estados Unidos, la UE y China, y por la defensa de enfoques a primera vista multilaterales [53] . Si se quiere retra tar en otra clave lo ocurrido, parece como si, en los hechos, el Kremlin hubiese renunciado a buscar un acuerdo en virtud del cual las potencias occidentales respetasen una zona de influencia rusa al tiempo que Moscú, a cambio, se aviniese a apoyar, o al menos no se opusiese a ellas, políticas más o menos agresivas de aquéllas en áreas como los orientes próximo y medio. Éste es, mal que bien, el escenario en el que se perfiló, en los dos últimos años del segundo mandato presidencial de Bush hijo, un incremento general de los desacuerdos y las tensiones entre Estados Unidos y Rusia.

Aunque el momento de colisión más agudo se produjo, como inmediatamente recordaremos, en el verano de 2008, con anterioridad se habían hecho valer varias señales de los cambios en la actitud rusa. Reseñemos, por ejemplo, que en mayo de 2007 Moscú suspendió su participación en el tratado de fuerzas convencionales en Europa, por entender, con argumentos solventes, que este último había sido negociado en condiciones muy diferentes de las que a la postre se habían impuesto. En ese mismo año arreciaron las disputas, con Estados Unidos y con otros

países, en relación con los recursos del Ártico. Hablamos de unos meses en los cuales Rusia mostró, por lo demás, una viva oposición a la instalación de interceptores en Polonia y de un radar de alerta temprana en la República Checa, dispositivos to dos ellos relacionados con el escudo antimisiles norteamericano. Agreguemos que a principios de 2008 Rusia rechazó, por añadidura, la declaración unilateral de independencia de Kosova, materia que provocó una nueva colisión con varias de las potencias occidentales.

Ya hemos adelantado, con todo, que la principal fuente de controversias la aportó, en agosto de 2008, el contencioso de Osetia del Sur. Tanto esta última como Abjazia habían quedado desgajadas de facto de Georgia, con el visible apoyo de Moscú, de resultas del conflicto bélico que había adquirido carta de naturaleza en 1992. Una intervención militar georgiana, a buen seguro que alentada por Estados Unidos, se produjo en el mes citado en la más meridional de las osetias. Provocó una violenta réplica rusa que se saldó con una rápida expulsión del ejército georgiano, privado en esas horas de otro apoyo norteamericano que no fuese el proporcionado por encendidas y retóricas declaraciones de solidaridad. Al poco, tanto Osetia del Sur como Abjazia declararon unilateralmente las independencias respectivas, que fueron reconocidas de forma inmediata por Rusia, decidida a aplicar en el Cáucaso una fórmula similar a la que había ganado terreno unos meses antes, avalada por las potencias occidentales, en Kosova. La crisis del verano de 2008 no sólo provocó una tensión aguda entre Moscú —ganador evidente sobre el terreno— y Washington: generó también discrepancias importantes entre Estados Unidos y la UE, acaso inquieta esta última ante lo que entendía que eran políticas norteamericanas que apenas tomaban en consideración los intereses de los socios europeos.

Obama y Rusia

La llegada de un nuevo presidente, Barack Obama, a la Casa Blanca en enero de 2009 obligó a revisar la herencia legada por su antecesor. Hay que subrayar que del lado ruso, y al menos en los primeros momentos, se hizo valer un visible escepticismo con respecto a los cambios que Obama estaba llamado a introducir, y ello por mucho que la irrupción de aquél era inevitable que fuese percibida como un progreso en comparación con un pasado lastrado, del lado norteamericano, por la prepotencia y el unilateralismo de George Bush hijo.

La percepción que el nuevo presidente estadounidense pareció abrazar en lo que se refiere a las relaciones con Moscú venía a subrayar la idea de que había que resetear esas relaciones para partir de cero. Esto fue al menos lo que se interpretó a la luz de determinados pasos asumidos por Obama. Rescatemos entre ellos la decisión de cancelar los programas vinculados con el escudo antimisiles , la renuncia paralela a la instalación, en la R epública Checa y Polonia, de dispositivos relacionados con el escudo en cuestión —las relaciones de Rusia con el segundo de esos países mejoraron, por cierto, notablemente [54] — o la firma de un nuevo acuerdo sobre armas estratégicas, el START-III, en 2010 [55] . Conviene remarcar que, aunque a menudo se ha señalado que las discrepancias entre Moscú y Washington en lo que atañe a los acontecimientos que se iban desarrollando en Libia, Siria e Irán seguían siendo notables, hay que prestar atención a la dimensión, tan subterránea

como evidente, de Rusia como un intermediario que en más de una ocasión —así, en Siria en el verano-otoño de 2013— salvó la cara al gobierno norteamericano. Es verdad que sobre todo lo anterior pendía una duda de relieve: no estaba claro si la menor agresividad de la política estadounidense respondía literalmente a un proyecto de franca distensión o, por el contrario, era el producto de las muchas restricciones que la crisis financiera imponía en la economía y en el aparato militar de Estados Unidos. El principal botón de muestra de esta dis cusión lo aportaba, a buen seguro, la clausura de los programas relativos al escudo antimisiles norteamericano: semejante decisión, ¿tenía un carácter coyuntural y pasajero, o, muy al contrario, obedecía a un designio encaminado a otorgar garantías permanentes a los gobernantes rusos?

La pregunta que acabamos de formular no puede responderse cabalmente en el momento en que estas líneas se escriben. Tampoco es posible, ciertamente, llegar a ninguna conclusión firme en lo que se refiere al impacto que la crisis ucraniana de 2013-2014 —nos ocupará en los próximos capítulos— está llamada a tener sobre las relaciones de Rusia y Estados Unidos: ¿asistiremos a un rápido reseteado de esas relaciones o, antes bien, nos adentraremos en una fase nueva de éstas que instaure reglas distintas de las que hemos creído conocer en el pasado?

III. Ucrania

Ucrania es, por su superficie (603.500 km ^{2}), el segundo Estado más grande de Europa, luego de Rusia y por delante de Francia y de España (véase mapa 1). Contaba en 2009 con 46.000.000 de habitantes [56] . El nombre del país algo nos dice sobre su condición: al remitir al concepto de frontera , da cuenta de una región periférica, de un ámbito fronterizo que opera dentro de la lógica general de un espacio imperial más grande [57] . A buen seguro que buena parte de los esfuerzos del nacionalismo ucraniano contemporáneo se ha orientado a cancelar esa situación subalterna para otorgar al proyecto nacional correspondiente una creciente autonomía. La tarea, como vienen a demostrarlo hechos contemporáneos de sobra conocidos, es difícil: el país se halla emplazado en un mal lugar, o tal es su condición al menos si damos crédito a la idea, muchas veces enunciada y siempre polémica, que afirma que mientras Rusia controle Ucrania conservará su condición de imperio, en tanto la pérdida de ésta acarreará, sin embargo, la quiebra del imperio en cuestión. No es éste mal momento para subrayar, por lo demás, que en un escenario de intereses y dependencias mutuos, Ucrania es una tierra más occidental, por la atracción polaca, y más meridional, por su ubicación geográfica, que Rusia [58] . En alguna ocasión ha sido comparada con Irlanda, de resultas del carácter dependiente derivado del dominio ejercido por una aristocracia extranjera que impuso su lengua y, también, su régimen político, social y religioso [59] .

La compleja condición de Ucrania puede apreciarse en virtud de varias circunstancias. La primera es un origen entremezclado, no exento de disputas, con los de Rusia y Bielorrusia. De siempre se ha discutido si la Rus de Kíev —la actual capital ucraniana— puede considerarse el origen de la propia Rusia —argumento acariciado por la historiografía ruso-soviética—, con la ciudad ucraniana convertida en madre de las ciudades rusas , o si,

por el contrario, remite a una realidad específica desconectada de la de Rusia —argumento comúnmente esgrimido por la historiografía ucraniana, que estima, por añadidura, que la tradición de la Rus se habría preservado en la parte occidental de la actual Ucrania—. Aunque esas dos visiones pueden aportar en su provecho argumentos que merecen ser escuchados, resulta absurdo negar cualquier relación entre la Rus y Rusia: un nexo importante entre una y otra lo ofrece, sin ir más lejos, la ortodoxia religiosa. Las cosas como fueren, parece fuera de discusión que el desfondamiento de la entidad política articulada en torno a Kíev permitió el auge posterior de los principados de Vladímir y Moscú [60] .

Un segundo hecho de relieve lo aporta la división entre el oeste y el este del país, claramente anclada en la historia. Recordemos que Ucrania se ha visto sometida, según los momentos, a la férula de Polonia o a la de Rusia, con los imperios austrohúngaro y otomano en la trastienda, y que al respecto ha carecido llamativamente de proyectos imperiales propios. A través de Polonia, y por un lado, la Ucrania occidental conoció la influencia del Renacimiento italiano y acogió la llegada de las ideas humanistas y del catolicismo [61] . Pero más de trescientos años de dominación rusa —y soviética— han marcado poderosamente, por el otro, la realidad de la sociedad ucraniana. Tirios y troyanos, polacos y rusos, coincidieron, sin embargo, en algo: nunca se mostraron propicios a reconocer un poder autónomo en un país que, en el marco de un tira y afloja constante, puede presumir de acoger en su territorio una disparidad de situaciones como la que se refleja al amparo del hecho de que la región de Járkov, en el este, se integrase en el imperio zarista en fecha tan temprana como 1533, en tanto Lvov, en el oeste, sólo haya estado sometida a Moscú entre 1945 y 1991 [62] .

Señalemos, en tercer término, que los vínculos con Rusia, que a buen seguro han si do los más relevantes en los últimos siglos, llevan por detrás la impronta de una relación colonial, o casi colonial, a la que se agregan la contigüidad territorial y la proximidad cultural e histórica [63] . Una de sus huellas es lingüística: a menudo se ha hablado de Ucrania, o de parte de ella, como la pequeña Rusia , de la mano de un razonamiento que en algo recuerda a la descripción de los montenegrinos como los serbios de la costa . Aunque hay una parte significada de la sociedad ucraniana —no sólo la vinculada con la comunidad rusa— que no ve con malos ojos una suerte de confederación eslava en la que se darían cita Rusia, Bielorrusia y Ucrania, la percepción común entre quienes en un grado u otro se vinculan con el nacionalismo local reclama la plena autonomía del país e invoca una y otra vez lo que entiende que han sido agresiones constantes contra Ucrania y su identidad, en la época zarista, en la soviética y en la postsoviética.

Está fuera de duda la enorme aportación de Ucrania al caudal ruso-soviético: si ello fue evidente en el terreno agrícola —se hablaba al respecto del granero del imperio , y luego del de la propia URSS—, a partir de 1885 también se hizo visible en lo que a la industria se refiere, con Ucrania convertida en la principal región productora. Téngase presente que la tercera parte del potencial industrial de la Unión Soviética radicaba en Ucrania, que aportaba un 42 por ciento del acero, un 55 por ciento del hierro, un 33 por ciento del carbón y un 18 por ciento de la electricidad [64] . Con alguna ligereza cabe interpretar que, acaso a manera de

contraprestación por la historia anterior, la Ucrania que accedió a la independencia a finales de 1991 incorporó territorios de condición conflictiva, con lo que asumió dimensiones mayores de las que la historia del país parecía llamada a reclamar. Es el caso de Crimea —con 25.900 km^2 y mayoritariamente poblada, como veremos, por rusos, fue entregada a Ucrania por Jrushov en 1954 para celebrar el tercer centenario de la alianza histórica entre aquélla y Rusia—, pero lo es también de adquisiciones territoriales que la URSS obtuvo en la Europa central en la época de Stalin: así, 132.000 km^2 en Galicia-Volinia, sustraídos a Polonia en 1939 de resultas del pacto germano-soviético, la Bukovina (17.400 km^2) y la Besarabia del Sur hasta el delta del Danubio, anexionadas en 1940 a expensas de Rumanía, y la Rutenia (14.900 km^2) cedida por Checoslovaquia en 1945 [65] . Ucrania mantiene, por añadidura, contenciosos fronterizos de relieve menor con las vecinas Bielorrusia y Rumanía. Esto al margen, y no sin alguna dimensión simbólica, lo suyo es recordar que la parte oriental del país penetra llamativamente, como una cuña, en territorio ruso, de tal suerte que dificulta las comunicaciones, dentro de la propia Rusia, con el Cáucaso.

La fractura étnica: ucranianos y rusos

Las estadísticas oficiales señalan que un 78 por cien to de los habitantes de Ucrania se autodefinen como ucranianos, en tanto un 17 por ciento se consideran rusos [66] . A estos dos grupos étnicos se agregan minorías bielorrusas, moldavas, tártar as, búlgaras, húngaras, rumanas, polacas y judías. Hay, por lo demás, una importante diáspora ucraniana, con comuni dades numerosas en Polonia (300.000-350.000 personas), en Rumanía (250.000-280.000), en Eslovaquia (80.000-100.000), en varios países de la Europa occidental y, cruzando el Atlántico, en Estados Unidos (1.200.000-1.500.000), Canadá (800.000-900.000) y Argentina (200.000) [67] .

La cuna del nacionalismo ucraniano contemporáneo la configuran ante todo las regiones situadas el oeste del país, con la ciudad de Lvov en lugar prominente. El peso del poder económico ha recaído, sin embargo, en la parte más oriental, en donde se registra una presencia significativa de la minoría rusa y de donde proceden la mayoría de los oligarcas de hoy, con Dnepropetrovsk como núcleo principal. Los rusos son mayoría de la población en Crimea —hoy anexionada, como es sabido, a Rusia— y se hallan presentes de manera consistente, pero no mayoritaria, en las regiones situadas al este y al sur. En los óblasti (las regiones) más orientales, los de Lugansk y Donetsk, la pobla ción rusa se acerca al 40 por ciento del total [68] . A menudo se ha sugerido que Ucrania se encuentra dividida por una recta que comunica las ciudades de Járkov y de Odesa: si al este de esa línea se hallaría algo así como una tercera parte del territorio, con presencia muy activa de los rusos, al oeste se emplazarían las dos terceras partes restantes, con mayoría de población étnicamente ucraniana. Esto aparte, no está de más recordar que, dejando de lado el islote configurado en torno a la capital, Kíev, que registra la renta per cápita más alta del país, los ingresos medios en las ciudades industriales del este doblan los que se registran en las del oeste.

El escenario descrito ha sido fuente de agrias discusiones, que llegan hasta hoy, sobre la articulación territorial. La principal es, sin duda, la que surge

del hecho de que buena parte de las fuerzas políticas, y de los grupos de presión, que operan en las áreas con una presencia significada de población rusa ha apostado en los dos últimos decenios por una federalización de Ucrania —ésta es un Estado unitario— que acarrearía el reconocimiento de entidades con derechos de autogobierno mayores que los actuales. Una encuesta realizada en 2004 en el óblast de Donetsk concluía que un 58,7 por ciento de los interrogados estaba a favor de la federalización de Ucrania, un 55,3 aprobaba la creación de una república autónoma que agrupase el sur y el este del país, un 40,8 se inclinaba por defender la independencia de esas áreas y un 39,5 postulaba la integración de las regiones correspondientes en Rusia [69] . Hay quien interpreta, ciertamente, que la propuesta de federalización no es sino una antesala para un eventual proceso de secesión.

Importa sopesar cuál ha sido la presencia social de los dos grupos étnicos principales, rusos y ucranianos, en la historia reciente del país. Hasta hace no mucho los ucrania nos étnicos vivían fundamentalmente en las zonas rurales y tenían, de resultas, presencia menor en el medio urbano y, con él, en la propia industria; en los hechos, sólo trabajaban de forma significativa en los ferrocarriles y en la industria alimentaria. Desde principios del siglo XX se registró, por añadidura, una llegada masiva, ante todo a las regiones orientales, de trabajadores rusos, fenómeno que se mantuvo en la etapa soviética. Hasta bien entrado el siglo XX la clase obrera la constituían fundamentalmente rusos, en tanto que la burguesía urbana y los comerciantes los aportaban rusos y judíos [70] . Sólo después de la revolución bolchevique, y al amparo de la colectivización y de la industrialización estalinianas, el panorama se equilibró, con presencias similares de rusos y ucranianos en la industria y con un acceso mucho más notable de los segundos a los puestos de dirección en el Partido Comunista y en las diferentes instituciones [71] . Aun con todo, los rusos siguieron siendo mayoritariamente población urbana. Recuérdese, por ejemplo, que en 1959 eran un 29,9 por ciento de los habitantes de las ciudades, pero sólo un 6 por ciento de los del campo, en tanto los ucranianos aportaban un 61,5 por ciento de los primeros y un llamativo 89,7 por ciento de los segundos [72] .

Semejante panorama ha sido interpretado a menudo, desde el nacionalismo ucraniano, como el propio de una relación colonial, ya mencionada, en virtud de la cual Rusia habría tratado a la industria local como un mero apéndice complementario; por añadidura, los circuitos financieros habrían quedado en manos de la metrópoli, que se habría apropiado del grueso de los beneficios [73] . En esta misma clave son muchos los historiadores ucranianos que interpretan que la sangrienta colectivización de la agricultura desplegada por S talin en la década de 1930 obedeció, en uno de sus propósitos principales, al objetivo de aniquilar las huellas de una nación ucraniana que vivía fundamentalmente en el campo. En la interpretación de Leon id Pliushch, “el hambre que ha sembrado la muerte entre el campesinado constituyó también un poderoso elemento de rusificación” [74] . Salta a la vista, de cualquier modo, que la promoción social en Ucrania reclamaba, tanto en la Rusia zarista como en la Unión Soviética, la aceptación de unas reglas del juego que venían impuestas de San Petersburgo o de Moscú, y que en los hechos se asentaban, entre los integrantes de las elites locales, en el abandono de la lengua propia en provecho de la rusa [75] .

Aun con todo, es obligado reseñar que la determ inación de quiénes son los integrantes de los dos grandes grupos étnicos presentes en Ucrania es materia llena de controversias. Y lo es por cuanto al respecto pueden utilizarse al menos dos criterios distintos: el de la autoidentificación, que en sí mismo no debiera plantear otro problema que el derivado de eventuales cambios en las opciones personales, y el de la adscripción lingüística. No se olvide, en lo que atañe a esta última, que hay, o había, muchos rusohablantes que se consideran ucranianos —cerca de seis millones de personas [76] — y que el fenómeno inverso —el de hablantes de ucraniano que se autodescriben como rusos—, aunque mucho menos frecuente, no falta. Esto al margen, y como es fácil suponer, menudean las identidades múltiples y, llegado el caso, confusas, al amparo de un escenario propicio para el asentamiento de lo que muchas veces se antoja una identidad nacional en precario. Recuérdese, a título de ejemplo, que se han hecho valer muchas dudas, en capas amplias de la población, en lo que se refiere a la conveniencia de la disolución de la URSS y a la de la configuración de una Ucrania independiente. Casi diez años después de la independencia, una encuesta concluía que sólo un 45 por ciento de los ucranianos percibía como positiva esta última —un 26 por ciento en las regiones orientales—, en tanto un 62 por ciento de los interrogados describía como negativa la desaparición de la URSS —un 79 por ciento en las citadas regiones orient ales- [77] .

Lenguas y religiones

El ucran iano, el ruso y el bielorruso son lenguas eslavas muy próximas, nacidas de un tronco común. Conforme a una estimación, en la Ucrania contemporánea tendrían el ucraniano como lengua materna el 67 por ciento de los habitantes, y el ruso un 24 por ciento. En los hechos, y en el ter reno lingüístico, cabe distinguir tres regiones en Ucrania. Mientras en el oeste el 88 por ciento de la población habla ucraniano, en el sur y en el sureste las dos terceras partes de los habitantes se desenvuelven en ruso, en tanto, en fin, en el centro emplazado en torno a Kíev y en el nordeste se registra un equilibrio entre las dos lenguas [78] . El centro del país parece ser la única área en la cual los habitantes prefieren mayoritariamente no tener que elegir entre esas lenguas [79] .

El ruso se habla, por lo demás, en todo el territorio ucraniano, aun cuando, y como cabe imaginar, su presencia es más sólida en el este y en el sur de aquél. En el momento de la desaparición de la URSS, la tercera parte de la población de la república confesaba hablar únicamente ruso y no dominar, de resultas, el ucraniano. Cierto es que, pese a lo anterior, y a tono con algo que ya hemos señalado, los integrantes de una tercera parte de esa tercera parte se reconocían como ucranianos [80] . Si incluimos en el cómputo a quienes, en el momento citado, y aun confesando algún grado de dominio del ucraniano, empleaban preferentemente el ruso, habrá que concluir que en 1989 era rusófono entre un 45 y un 55 por ciento de la población del país.

Los veinte últimos años, los que h an seguido a la independencia de 1991, lo han sido, sin embargo, de una activa ucranización , encaminada a restringir el empleo del ruso entre las poblaciones que se consideran expresamente rusas, algo así como una quinta parte del total de los habitantes. La

ucranización se ha saldado con aparentes éxitos. Baste con recordar al respecto que entre 1990 y 1998 el porcentaje de niños educados en escuelas en ucraniano se elevó de un 47,9 a un 62,8 por ciento, en tanto el de niños educados en escuelas en ruso descendía de un 51,4 a un 36,4 por ciento [81] . Hay quien piensa, sin embargo, que, pese a lo anterior, la política de ucranización ha provocado, antes bien, un asentamiento de los feudos propios de cada una de las lenguas, de la mano de lo que al cabo sería una ratificación de las diferencias regionales preexistentes. Aunque la política en cuestión, por lo demás, ha acabado con los canales de televisión que emitían en ruso y cubrían todo el territorio del país, no debe olvidarse que la mayoría de las películas y de las series emitidas por ese conducto se hallan en esa lengua y que otro tanto cabe decir de la oferta de libros [82] . Es llamativo, de cualquier modo, que el ruso no sea reconocido como lengua oficial en Ucrania.

El escenario de fondo se ha visto marcado desde m ucho tiempo atrás, en fin, por un notable entrecruzamiento étnico. Conviene recordar al respecto que la tasa de matrimonios mixtos era en Ucrania una de las más altas de la URSS, y que en los hechos el ucraniano y el ruso han convivido dura nte décadas sin problemas aparentemente mayores (esta afirmación merece, ciertamente, alguna contestación, toda vez que en la lógica imperante en la Unión Soviética a la primera de esas lenguas se le otorgaba un relieve social y político menor). Como cabía esperar en un contexto como el descrito, no ha faltado una suerte de mezcla de las lenguas ucraniana y rusa, que recibe el nombre de surzhik .

El panorama religioso de la Ucrania contemporánea acoge varias iglesias ortodoxas y una católica, además de musul manes —los tártaros de Crimea— y judíos —su número quedó muy reducido tras la Segunda Guerra Mundial —. La “Iglesia ortodoxa ucraniana emplazada bajo la autoridad del patriarca de Moscú”, creada en 1686, se vinculó de siempre con el zarismo y fue un instrumento de rusificación; en la actualidad su presencia es mayor en las áreas orientales y meridionales de la república. En 1918-1921 emergió una Iglesia ortodoxa autocéfala que, reprimida por el régimen soviético, sólo pudo prosperar entre las comunidades ucranianas emigradas a América del Norte. Hubo que aguardar a 1992 para que viese la luz una segunda Iglesia ortodoxa autocéfala en torno al Patriarcado de Kíev. Existe también, por lo demás, una Iglesia grecocatólica vinculada con Roma, la llamada Iglesia uniata, con presencia ante todo en las zonas más occidentales del país [83] .

La política ucraniana

En los últimos años de la Unión Soviética se registró en Ucrania, como en el resto de la URSS, una general dinámica descentralizadora. En el caso ucraniano abocó, el 1 de diciembre de 1991, en la celebración de un referendo de autodeterminación que registró un 92,3 por ciento de votos a favor de la independencia del país, con una participación del 84 por ciento. Todos los óblasti respaldaron la independencia, aun cuando los apoyos por ésta recibidos fueron magros en Crimea, con un 54 por ciento de votos afirmativos [84] . Los resultados fueron muy diferentes de los obtenidos unos meses antes, en marzo del propio año 1991, cuando la mayoría de los ucranianos apoyó un tratado de la Unión que contemplaba la preservación de la URSS.

Una vez que Ucrania accedió a la independenc ia en diciembre de 1991 se abrieron camino disputas varias con Rusia que afectaron ante todo a la discusión de cuál había de ser el Estado heredero de la URSS y cómo debían repartirse los activos comunes. Esas disputas se interesaron por dos materias principales: el porvenir de las armas nucleares presentes en territorio ucraniano —las últimas fueron transferidas a Rusia en junio de 1996, no sin que antes, y en esta materia, Estados Unidos, temeroso del descontrol que podía acosar al arsenal ucraniano, se pusiese del lado de Moscú [85] — y el futuro de los buques de la flota soviética radicada en el mar Negro —la mitad de sus barcos, que correspondió a Ucrania, fue canjeada a cambio de reducciones en la deuda de esta última [86] —. Las cosas como fueren, Rusia asumió todos los activos de la URSS al tiempo que se hacía cargo, eso sí, del monto total de la deuda soviética.

En el último decenio del siglo XX se sucedieron en Ucrania dos presidentes: Leonid Kravchuk (1991-1994) y Leonid Kuchma (1994-2004). No hay mayores desacuerdos en lo que se refiere a la caracterización de esos años: la vieja burocracia de la etapa soviética experimentó una rápida reconversión que permitió que mantuviese en los hechos el poder, la privatización y el negocio energético propiciaron el asentamiento de un fenómeno nuevo, el de los oligarcas, la corrupción se extendió y, en fin, los intereses de la parte oriental del país, la más marcada por un espasmo prorruso, quedaron sobrerrepresentados. Entre tanto, Ucrania alimentaba una alianza relativamente plácida con Moscú que no acertaba a ocultar el progresivo asentamiento de un discurso nacionalista y la expresión, cada vez más extendida, de una voluntad de acercamiento a la UE. En el terreno político-partidario, el principal movimiento que había plantado cara a las instituciones soviéticas en la etapa final de éstas, el Ruj , se convirtió en un partido en 1993 y experimentó al tiempo un activo proceso de divisiones internas. Entre tanto, de los viejos aparatos surgieron un partido socialista, otro comunista y un tercero socialdemócrata que ofició como partido del poder . El escenario se consolidó poco después, ya en el primer decenio del siglo XXI, al calor de la confrontación, que inmediatamente nos ocupará, entre naranjas y azules [87] .

Durante la presidencia de Kuchma no faltaron ni los flujos autoritarios ni los hábitos represivos. El hito principal al respecto de estos últimos fue la desaparición, en septiembre de 2000, de un periodista crítico, Gueorgui Gongadze, cuyo cuerpo decapitado fue encontrado un par de meses después. Muchas de las acusaciones se volcaron en la figura de Kuchma, quien, por lo

demás, se había visto obligado a aceptar una suerte de cohabitación con un primer ministro, Víktor Yúshenko, que luego sería líder principal de la llamada revolución naranja. En 2001 Yúshenko fue, con todo, destituido en virtud de una moción de censura.

Tres años después, a finales de 2004, se registró una confrontación, por la presidencia del país, entre un candidato prorruso , Víktor Yanukóvich, y otro prooccidental , el ya mencionado Yúshenko. Como veremos más adelante, las etiquetas que aquí aparecen en cursiva son más polémicas, y menos clarificadoras, de lo que pudiera parecer. Las acusaciones de fraude en favor de Yanukóvich en la segunda vuelta de las presidenciales de 2004 provocaron una repetición de las elecciones —las irregularidades electorales no preocuparon mucho, por cierto, en Moscú— que se saldó con el triunfo, al calor de la llamada revolución naranja , de Yúshenko, quien al poco designó como primera ministra a Yuliya Timoshenko. Lo suyo es recordar que la reacción de Rusia ante todo este proceso fue bastante moderada: si por un lado el Kremlin no impuso obstáculos ante una eventual incorporación de Ucrania a la UE, por el otro procuró formas suaves de intervención en la vida ucraniana [88] . Pronto se hicieron valer, sin embargo, divisiones agudas en el bando naranja , de la mano ante todo de una colisión entre Yúshenko y Timoshenko, quien al cabo perdió su puesto de primera ministra. En julio de 2006, y tras unas elecciones legislativas en las que se impuso el Partido de las Regiones de Yanukóvich, este último fue designado primer ministro por el presidente Yúshenko. En diciembre del año siguiente, y como un indicador más de la turbulencia de la vida política ucraniana, Timoshenko reemplazó a Yanukóvich com o primer ministro.

En las presidenciales celebradas en 2010, y en un escenario de visible repliegue del proyecto naranja , que había defraudado muchas expectativas en torno a él creadas, Yanukóvich se impuso en la segunda vuelta, bien que por escaso margen, a Timoshenko, quien el año siguiente fue condenada a una pena de prisión por corrupción, de resultas del acuerdo sobre el gas que había ultimado con Rusia. Aunque Yanukóvich criticó agriamente ese acuerdo, por entender que se había traducido en un gas demasiado caro para Ucrania, según otra interpretación la explicación mayor de la causa abierta contra Timoshenko fue que el contrato en cuestión había cancelado buena parte de los negocios que el entorno de Yúshenko, el presidente anterior, había forjado [89] . Lo común, de cualquier modo, fue que en el mundo occidental se considerase, frente a la explicación invocada, que la condena de Timoshenko era una venganza política articulada por Yanukóvich y los suyos. Las cosas como fueren, en octubre de 2012 el Partido de las Regiones —que obtenía la mayoría de los votos en el este y el sur del país, en zonas en las que la presencia de población rusa era notable — se impuso en unas nuevas elecciones legislativas en las que el segundo lugar correspondió a Patria, la fuerza política liderada por Timoshenko, quien por lo demás seguía en prisión. Aun cuando el Partido de las Regiones no alcanzó la mayoría absoluta de escaños, pudo configurar gobierno gracias a los apoyos dispensados por el Partido Comunista y por algunos diputados independientes. Desde posiciones críticas con las políticas de Yanukóvich, y a tono con el sentido general de la convulsa vida política ucraniana, se señaló a menudo que este último, que había forjado estructuras de poder en las que familiares y allegados disponían de una

influencia notable, sucumbió a un creciente autoritarismo y no dudó en recurrir con frecuencia a la represión. No se olvide al respecto que la Ucrania contemporánea ofrece un delicado registro, más allá de naranjas y azules , en materia de derechos humanos. Así lo testimonian los vínculos entre responsables políticos y grupos criminales, una rampante cor rupción que no suscita castigos, el maltrato a detenidos e inmigrantes ilegales o las frecuentes presiones desarrolladas sobre los medios de comunicación.

‘Naranjas’ y ‘azules’

Ya se ha adelantado que los perfiles de naranjas y de azules , de prooccidentales y prorrusos , no son tan definidos como una primera lectura invitaría a concluir. Que la colisión entre unos y otros existe es, con todo, un hecho incontrovertible que ilustra que la vida política ucraniana es más rica y plural que la del vecino ruso.

Sobre el papel estamos delante de dos proyectos palmariamente distintos. El naranja , por un lado, se caracterizaría por una general hostilidad hacia Rusia, por el designio de entronizar el ucraniano como lengua oficial, por la presencia de vínculos estrechos con la Iglesia grecocatólica y por una apuesta en provecho de una aproximación creciente a la OTAN. El azul , por el otro, disfrutaría de respaldos electorales mayores en las áreas rusófonas, se mostraría partidario de otorgar al ruso la condición de lengua en pie de igualdad con el ucraniano, revelaría francas afinidades con el Patriarcado ortodoxo de Moscú y asumiría una rotunda hostilidad hacia la Alianza Atlántica [90] .

Sea en virtud de un impulso natural, o lo s ea de resultas de las restricciones que el escenario imp one, lo cierto es que se acumulan los datos que invitan a recelar de la separación, tan clara, que parece delimitar esos dos proyectos. Recordemos, por lo pronto, que, al menos en una primera lectura, todos, naranjas y azules , se pronunciaron a favor de la incorporación de Ucrania a la UE [91] . Aunque los naranjas han hecho valer posiciones más próximas a la Unión, acaso obligados por el entorno han procurado en todo momento no dañar en exceso las relaciones con Moscú. Pese a su rechazo de la Alianza Atlántica, los azules , por su parte, tampoco han roto claramente los vínculos co n ésta. El proyecto de Yanukóvich, en fin, no ha sido manifiestamente prorruso: quien fuera presidente entre 2010 y el inicio de 2014 no interrumpió las aproximaciones a la UE, no canceló la presencia de Ucrania en la asociación, más bien hostil a Moscú, que agrupa a Georgia, Ucrania, Azerbaiyán y Moldavia (GUAM) [92] , y tampoco incorporó a Ucrania a la unión aduanera constituida por Rusia, Bielorrusia y Kazajstán [93] .

Al cabo parece que puede concluirse que, junto al flujo confrontac ional, innegable, que ha guiado en los últimos diez años la convulsa vida política ucraniana, hay otro de sentido diferente que se traduce en el designio de rehuir compromisos rotundos y procurar fórmulas de no alineamiento. Semejante opción alguna relación guarda con las querencias que cabe atribuir a muchos ciudadanos ucranianos que no aprecian mayor problema en buscar la integración en la UE y mantener al tiempo vínculos muy estrechos con el mundo ruso. Aunque es verdad que la segunda opción ha disfrutado, según algunas encuestas, de mayores apoyos que la primera, no

lo es menos que, cuando se ha planteado como único futuro, los respaldos que recibía descendían notablemente [94] . Por detrás de toda esta trama acaso se barruntaban los intereses de los oligarcas ucranianos, decididos a no romper amarras con dos grandes polos de negocio: Bruselas y Moscú.

Los oligarcas

El origen del poder de los oligarcas ucranianos no es distinto del que explica la consolidación de sus homólogos rusos. El poder en cuestión bebió, en Ucrania como en Rusia, del comercio de materias primas y productos químicos que se adquirían a precios regulados por el Estado y se vendían en los mercados internacionales a precio libre, de la especulación con los tipos de interés, de las inmorales privatizaciones registradas en el decenio de 1990 y, en fin, del negocio de la energía [95] .

Aunque la consolidación del fenómeno de los oligarcas se produjo durante la presidencia de Kuchma, no parece que en este ámbito, como en tantos otros, la revolución naranja se saldase con cambios mayores en las reglas del juego. Algo de lo anterior se explica acaso porque los dos bandos enfrentados a partir de 2004 contaban en sus filas con oligarcas significados. Mientras que Víktor Pinchuk ha sido la principal figura de oligarca vinculado con los naranjas , Rinat Ajmétov ha resultado ser el más connotado de los azules . Cierto es, aun así, que el peso mayor de los oligarcas recae sobre las regiones más orientales del país, algo que sitúa mayoritariamente a aquéllos en la órbita del Partido de las Regiones. Pese a sus promesas al respecto, los naranjas ni modificaron un ápice las relaciones previas ni, al cabo, cumplieron sus promesas de revisar las privatizaciones registradas en el último decenio del siglo XX [96] .

Un fenómeno llamativo que retrata cabalmente muchas de las miserias de la Ucrania contemporánea es, en suma, el hecho de que los oligarcas controlan de manera visible la vida parlamentaria —hay quien ha hablado de un “Parlamento monetizado” en el que se darían cita grandes fortunas en busca, fundamentalmente, de influencia y de inmunidad [97] —, al tiempo que mantienen una estrecha relación, y una comunidad de intereses, con la elite política. Según una descripción, entre los 450 diputados elegidos en las generales de 2006 se contaban 300 grandes fortunas [98] . En circunstancias como éstas hay que convenir que no es sencillo mostrar adhesiones y simpatías hacia fuerzas políticas que han tolerado el asentamiento de un escenario como el descrito en un país trágicamente constreñido por sus oligarcas y por las presiones de Estados Unidos, de la UE y de Rusia.

Una economía, y una sociedad, en crisis

Ucrania era responsable de una cuarta parte de la producción agrícola soviética [99] y constituyó, como ya hemos señalado, un centro industrial de primera magnitud. Al igual que sucedió con el conjunto de la URSS, en la década de 1990 la economía experimentó un visible retroceso, de tal manera que el PIB reculó del orden de un 40 por ciento. Es verdad, con todo, que, como en Rusia, la magnitud mencionada se recuperó a partir del año 2000 e inició una línea de subida que sólo se interrumpió, al amparo de la crisis financiera internacional, en 2009. Entonces el PIB sufrió un llamativo retroceso del 15 por ciento, para repuntar el año siguiente, ya con Víktor

Yanukóvich en la presidencia, un 3,7 por ciento [100] . Si el crecimiento se emplazó en un 5,2 por ciento en 2011, se estancó inmediatamente con una subida de sólo un 0,2 por ciento en 2012 y retrocedió acaso un 1 por ciento en 2013.

La década de 1990 fue, por otra parte, y de nuevo al igual que en Rusia, el momento de despliegue de un programa de privatizaciones que arrastró la misma opacidad, y la misma inmoralidad, que el registrado en Rusia. Como en esta última, las fórmulas privatizadoras que apuntaban a la creación de una suerte de capitalismo popular fracasaron, en provecho de lo que al cabo fue la acumulación de activos en manos de los oligarcas locales, en un escenario en el que se expandieron, en paralelo, las redes del crimen organizado. No parece, en otro terreno, que la liberalización derivada de la revolución naranja de 2004 resolviese ninguno de los problemas del país, y ello pese al crecimiento operado, ya lo hemos reseñado, en el PIB en los años inmediatamente posteriores. No son muy diferentes los augurios que rodean, por cierto, a las reformas de corte neoliberal que formula a principios de 2014 la siempre generosa UE. Sus resultados son bien conocidos: recortes del gasto público en sanidad y educación, nuevas privatizaciones, prioridad descarnada otorgada a los intereses del gran capital y apertura de la economía a las corporaciones foráneas.

Por lo que se refiere a la industria en la Ucrania contemporánea —concentrada, como sabemos, en las áreas más orientales, y rusófonas, del país—, lo primero que hay que decir es que arrastra graves problemas que se derivan de la falta de inversiones y del carácter anticuado de muchas de sus instalaciones. Una vez desaparecida la URSS, sus principales manifestaciones —metalúrgica, química, petroquímica, minera— experimentaron un notable retroceso que sólo han superado algunas empresas de tecnología punta. La agricultura, entre tanto, ha acogido una privatización parcial que ha permitido, a los ojos de la mayoría de los analistas, la aparición de un sector privado mucho más eficiente que el público. La crisis no ha sorteado, de cualquier modo, a la agricultura, como lo testimonia el hecho de que en 2003 Ucrania obtuviese la más baja de las cosechas de cereales registradas desde 1945 [101] . En la trastienda se revelan, por añadidura, problemas medioambientales graves, particularmente severos en las zonas más industrializadas del este del país, pero también en las regiones costeras (así, en el área del estrecho de Kerch o en el delta del Danubio). A la activa deforestación y a la contaminación de los ríos se suman los efectos, todavía visibles, del accidente de 1986 en la central nuclear de Chernóbil.

Ucrania es un país que consume cantidades extraordinarias de energía, circunstancia tanto más llamativa cuanto que en este terreno su economía es manifiestamente dependiente, como subrayaremos más adelante, de suministros externos. Un 55 por ciento de la energía primaria, un 75 por ciento del petróleo y un 80 por ciento del gas son importados [102] . De por medio se ha registrado una conflictiva reconversión de la industria del carbón, que, aunque todavía vital para el mantenimiento energético, se vincula con explotaciones cada vez menos rentables. Ucrania cuenta, en suma, con varios reactores nucleares necesitados, para su mantenimiento, de equipos rusos [103] .

En la etapa 2013-2014 se ha confirmado lo que se antoja una casi total bancarrota de las cuentas públicas, con un descenso dramático de las reservas de divisas y una busca desesperada de recursos en los mercados foráneos. Si bien la deuda externa contraída por Ucrania con el mundo occidental es moderada, no puede decirse otro tanto de la que afecta a Rusia, país que se ha hecho con el control, por lo demás, de numerosas empresas ucranianas objeto de privatización: la refinería de Odesa fue adquirida por Lukoil, el complejo de Nikoláyev fue comprado por Aluminio de Siberia, el banco Kyivinvest quedó bajo la férula del banco Alfa, la refinería Linos, en Ucrania occidental, pasó a manos de Tiumen Oil… [104] . En 2008 un 22,7 por ciento de las importaciones ucranianas procedía de Rusia, en tanto un 23,5 por ciento de las exportaciones se encaminaba a esta última [105] . Hablamos de dos economías, la ucraniana y la rusa, que no parecían llamadas a complementarse, sino, antes bien, a competir [106] .

El escenario social ucraniano no es más halagüeño que el que se revela en otros espacios de la misma área geográfica. Las bolsas de pobreza han crecido notablemente en el último cuarto de siglo. No podía ser de otra manera en un país que exhibe una renta per cápita que equivale a una quinta parte de la registrada en la UE y a algo menos de la mitad de la que se hace valer en Rusia. Los datos oficiales de desempleo, que hablan de niveles más bien bajos, son comúnmente contestados por otras fuentes que tienden a situar aquél en un 12 por ciento de la población activa [107] . Los problemas son singularmente graves en el caso de ancianos y mujeres, muchas de éstas condenadas al paro. Pese al nivel, alto, de formación de las mujeres, sus salarios son inferiores a los de los varones, y su presencia en cargos de responsabilidad, en política como en economía, resulta infelizmente baja [108] . Al igual que Rusia, y en fin, el país pierde población, con una tasa de natalidad, en 2008, de 10 nacimientos por cada 1.000 habitantes y una de mortalidad de 16 [109] .

La disputa energética con Rusia: la trama del gas

Ucrania desempeñó de siempre, en el marco de la URSS, un papel central en lo que se refiere a la industria productora de gas. Y ello tanto en el terreno de la tecnología y de la investigación como en el de las consecuencias que se derivaban de la condición de un país que era inevitable lugar de paso de los gasoductos. De resultas, en la Ucrania soviética se perfiló un notable lobby vinculado con la industria correspondiente [110] . La pres encia de ese lobby , materializada después en una relación especial entre Gazprom —el gigante ruso del gas— y Kíev, y la paralela necesidad de Rusia en el sentido de premiar a unos gobernantes ucranianos poco propicios a romper amarras con Moscú, hicieron que, al desaparecer la Unión Soviética, Kíev pudiese beneficiarse de precios sensiblemente inferiores a los de los mercados internacionales a la hora de comprar el gas —también el petróleo— que llegaba de Rusia.

Lo an terior no quiere decir, en modo alguno, que los problemas faltasen. Rusia manejó en varias oportunidades la conveniencia de elevar el precio de la energía que entregaba a Ucrania. No sólo eso: en una ocasión en 1992 y en dos en 1993 procedió a interrumpir, bien que por períodos de tiempo muy breves, los suministros de gas [111] . Entre tanto, Gazprom procedió a

transferir a una agencia independiente, Itera, la tarea de los suministros en cuestión. La operación tenía una ventaja visible: en adelante, los eventuales impagos, nada infrecuentes, por parte de Ucrania dejarían de ser considerados una cuestión política vinculada con las decisiones de los gobiernos para convertirse en disputas comerciales entre empresas presuntamente privadas. Gazprom mantuvo contratos de abastecimiento a Ucrania por valor de 25-30 billones de metros cúbicos anuales. El costo del gas correspondiente equivalía al del canon que la empresa rusa debía pagar por los derechos de tránsito, circunstancia que garantizaba que, en caso de que Kíev no pagase, Gazprom haría lo propio con los derechos mencionados [112] . En la trastienda era evidente que, ante todo de resultas de las importaciones de gas y de petróleo, Ucrania padecía los efectos de un crecimiento espectacular de su deuda externa para con Rusia. Ese crecimiento explicaba por qué los gobernantes ucranianos movían pieza y procuraban mitigar la deuda a través de concesiones —ya lo hemos reseñado— como las que afectaron a las armas nucleares radicadas en el territorio de la república, al porvenir de la vieja flota soviética del mar Negro o, en fin, al arrendamiento a Rusia del puerto de Sebastópol, en Crimea.

Si las tensiones ruso-ucranianas vinculadas con las materias primas energéticas presentaron un perfil moderado en el último decenio del siglo XX, las tornas cambiaron una vez se revelaron, en 2004, las secuelas de la revolución naranja . El acceso de Víktor Yúshenko a la presidencia del país provocó un rebrote de lo que al poco se dio en llamar la guerra del gas , materializada en dos crisis que cobraron cuerpo en 2006 y 2009. En la esencia de ese nuevo escenario de disputas se hacían valer varios elementos: el deseo ruso de castigar a los nuevos dirigentes ucranianos a través de precios más altos en los suministros energéticos, la voluntad de Kíev en el sentido de aprovechar el hecho de que el grueso del gas que Rusia vendía a la UE discurría por Ucrania, y la condición de una UE entrampada entre el designio de ver garantizados los suministros y el propósito de no perder, en Ucrania, un activo importante de presión sobre Rusia, que por lo demás, y pese a que a menudo se olvida, necesitaba imperiosamente las divisas europeas. Baste con recordar que la crisis de 2009, con el naranja Yúshenko en la presidencia en Kíev, se saldó con un acuerdo en virtud del cual durante ese año Ucrania pagaría el gas ruso con un precio un 20 por ciento inferior al de los mercados internacionales, para, a partir de 2010, ajustarse al precio característico de estos últimos. Cierto es que en el propio año 2010 el panorama cambió: Rusia se avino a vender el gas con un descuento del 30 por ciento en el marco de un ambicioso acuerdo bilateral en los terrenos comercial y militar, con la contrapartida adicional de una notable prolongación del contrato de arrendamiento del puerto de Sebastópol, en Crimea [113] . Este giro en la relación bilateral se vinculaba, claro, con el acceso de Víktor Yanukóvich a la presidencia de Ucrania.

Lo suyo es subrayar, aun así, que la respuesta rusa no ha consistido exclusivamente en jugar con los precios del gas. En un visible intento de implicar a la UE en el contencioso correspondiente, Moscú procura desde hace años que Bruselas comprenda que es necesario buscar rutas de abastecimiento que no discurran por el territorio ucraniano. Es el caso de

los nuevos gasoductos que han recibido los nombres de North Stream —cruza el Báltico para alcanzar la costa alemana, y esquiva también el territorio de Polonia— y South Stream —se despliega por el mar Negro, recorre los territorios de Bulgaria, Serbia y Hungría, para rematar en Austria e Italia—. No parece llamado a prosperar, en cambio, otro gasoducto que, en este caso no vinculado con los intereses del Kremlin, ha recibido el nombre de Nabucco y desde el Caspio debería cruzar Azerbaiyán, Georgia y Turquía para penetrar en Europa por Bulgaria, Rumanía y Hungría, y llegar a Austria (véase mapa 2). La perspectiva que guiaba el pro yecto de Nabucco era la misma —sortear a Rusia— que la que marcó en su momento la construcción del oleoducto Bakú-Tbilissi-Ceyhan y la del gasoducto Bakú-Tbilissi-Erzurum.

Aunque, ciertamente, su relieve es menor, toda vez que buena parte del transporte implicado se verifica por vía marítima, no deja de sorprender que apenas se haya hablado de los dos oleoductos que desde mucho tiempo atrás transportan el petróleo ruso camino de la Europa occidental: si Druzhba norte discurre por Bielorrusia, Druzhba sur lo hace, en cambio, y sin aparentes problemas, por el oeste de Ucrania para penetrar en Eslovaquia [114] . Esos dos oleoductos respondieron en su momento al designio principal de ilustrar cómo la URSS atendía a las necesidades energéticas de sus aliados en la Europa central. Conviene agregar, por añadidura, que Rusia asume riesgos al amparo de su decisión, lógica, de esquivar, para el transporte del gas, el territorio de países más o menos hostiles: téngase presente que estos últimos pueden sentirse obligados a buscar nuevos abastecedores y a abrir conductos de transporte adicionales que trastoquen la situación de privilegio de Moscú en provecho de otros exportadores e importadores [115] . Esto al margen, hay que subrayar que, al menos en lo que al corto plazo se refiere , Rusia está atada a la UE, toda vez que no dispone de mercados alternativos para su gas. Cierto es que el panorama puede cambiar de resultas de la demanda china que, aunque mucho menor hoy que la de la Europa central y occidental, va creciendo de forma muy rápida. Parece evidente, de cualquier modo, que a Rusia le interesa diversificar sus compradores.

Parece obligado añadir, con todo, alguna observación más sobre el escenario energético ucraniano. La primera apreciación, que mal que bien ya nos ha ocupado, se refiere al volumen ingente, visiblemente desproporcionado, del gas que consume el país: 80 billones de metros cúbicos anuales frente a los 100 billones que reclama Alemania, con una economía 28 veces mayor [116] . Con toda evidencia las autoridades ucranianas han asumido escasos esfuerzos orientados a reducir el consumo interno de energía y, también, a diversificar los suministros. Parece claro, sin embargo, que, en caso de restricciones en los envíos rusos, la UE no vería con buenos ojos que Kíev preservase para sí cantidades importantes de gas que entonces no llegarían a la Unión. No olvidemos que, al cabo, la UE es mucho más relevante para Ucrania que Ucrania para la UE. Lo dicho al margen, y en segundo lugar, la economía ucraniana depende estrechamente de precios bajos del gas que adquiere; si los precios suben, su capacidad de competir se reduce a la nada. Otro problema gravoso, el tercero, es el de la deuda contraída por Kíev de resultas de lo que ahora nos interesa. Según una estimación, Naftogaz, la agencia estatal ucraniana encargada de estos menesteres,

habría acumulado una deuda de 1.000 millones de dólares. Conforme a otra estimación, en este caso procedente de Gazprom, la deuda se elevaría, en cambio, a algo más de 2.000 millones de dólares [117] . Agreguemos, en cuarto y último lugar, que, como quiera que todas las refinerías existentes en Ucrania están preparadas para tratar el petróleo pesado que procede de los pozos rusos, y no el petróleo ligero originario de países como Kazajstán o Azerbaiyán, si Kíev desea reducir su dependencia del petróleo ruso tendrá que asumir inversiones muy notables en la transformación de la industria de refinado [118] .

En el momento presente, y dejando ahora de lado el singularísimo escenario ucraniano, uno de los principales problemas lo configura, en suma, el hecho de que la producción planetaria de gas es excedentaria, y ello tanto de resultas de la crisis general que se registra desde 2007 como por efecto de la espectacular irrupción, en Estados Unidos, de fórmulas de extracción no convencionales vinculadas con el fracking . Una de las consecuencias principales al respecto ha sido que Rusia ha tenido que rebajar los precios del gas que exporta, en el buen entendido de que no es improbable que la demanda suba a partir de 2015, ante todo como consecuencia del desarrollo, ya mentado, del mercado chino [119] . Todas las previsiones concluyen, por lo demás, que la demanda de gas de la UE está llamada a crecer, tanto más cuando que la Unión está abandonando la generación de electricidad derivada del carbón. Aunque los suministros de Noruega, Argelia, Nigeria, Egipto y Libia parecen garantizados, e incluso podrían incrementarse un tanto, el princip al problema de la Unión es la inevitable reducción de la producción propia [120] , circunstancia que hace de Rusia la única salida solvente, al menos en el corto y medio plazo. Hoy en día Rusia proporciona el 27 por ciento del gas que consume la UE, y el grueso de ese gas sigue discurriendo por territorio ucraniano. Si bien los nuevos conductos reducirán la importancia de Ucrania, cabe albergar pocas dudas en lo que respecta al hecho de que, salvo hecatombe, esta última seguirá siendo lugar de tránsito principal del gas ruso que se encamina hacia la Europa central y occidental. Según uno de los criterios manejados al efecto, el volumen de gas que habrá de cruzar en el futuro el territorio ucraniano s erá equivalente al que trasladarán en conjunto el North Stream y el South Stream [121] .

Detrás de las disputas por el gas que han tenido como epicentro Ucrania se hace valer un hecho llamativo: Rusia, aunque haya sido en defensa obscena de sus intereses, se ha mostrado más generosa con Kíev que la UE. Al fin y al cabo, esta última se ha contentado con aportar una ayuda económica muy limitad a que no ha hecho acompañar, en momento alguno, de ningún compromiso firme en lo que respecta a una rápida incorporación de Ucrania a la UE. Bien es cierto que tampoco ha sido de mucha ayuda, en este terreno, la conducta, poco edifi cante, de los sucesivos gobiernos ucranianos. Nos hallamos, de cualquier modo, ante un país con soberanía recortada, y ello no sólo de resultas de su depe ndencia energética, sino también como consecuencia del control que Rusia ejerce sobre el grueso de la industria del este. Conviene agregar, eso sí, que las consecuencias de unos u otros movimientos no siempre son las esperadas. Baste con subrayar, por ejemplo, que la dureza presente, aparente o real, de la política rusa bien puede ser a la postre, desde determinada perspectiva, una buena noticia

para Ucrania, en la medida en que ate a ésta a la UE. Y, para contextualizar correctamente muchos hechos, no está de más que recordemos que la decisión de subir los precios del gas no siempre ha obedecido, en el caso de Moscú, a presiones sobre países más o menos hostiles: Rusia se ha mostrado llamativamente dura, en este terreno, con su aliado bielorruso.

Política exterior y fuerzas armadas

Dividida internamente, Ucrania está emplazada entre dos polos —el occidental y el ruso— con los que ha tenido que establecer, con resultados más bien livianos, componendas varias. El panorama de sus relaciones externas se ve marcado, antes que nada, por el hecho de que Kíev es miembro fundador de la CEI, y ello pese a que no suscribió el Tratado de Tashkent de 1992 —que instituía un sistema de seguridad colectiva—, ni la carta formalizada en enero de 1993, ni el acuerdo de defensa fronteriza común alentado por Rusia en 1995 [122] . Se trata, por decirlo en otras palabras, de un socio díscolo y poco colaborador de la Comunidad, como lo testimonian algunos datos más: la incorporación al ya mentado grupo GUAM —que integran también Azerbaiyán, Georgia y Moldavia, y del que participaba, para abandonarlo con posterioridad, Uzbekistán—, de franca voluntad contestataria de las políticas rusas; la negativa a sumarse a la unión aduanera creada por Rusia, Bielorrusia y Kazajstán —la UE subrayó repetidas veces que una eventual incorporación de Ucrania era incompatible con la adhesión de Kíev a la Unión—, y, en suma, el designio ucraniano de permanecer al margen, pese a las presiones de Moscú, de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva.

Lo recién dicho no puede sino justificar los numerosos recelos que Rusia mantiene en lo que a Ucrania se refiere. Recordemos al respecto, por su significativo carácter, una carta enviada por el presidente ruso Medvédev a Yúshenko en el verano de 2009. En ella el primero se quejaba del apoyo ucraniano a la causa de Georgia en la efímera guerra librada en Osetia del Sur un año antes, de las aproximaciones de Kíev a la OTAN, de los obstáculos impuestos a la flota del mar Negro, de determinados gestos de eventual exaltación de la Alemania hitleriana y de las acciones de los nacionalistas radicales ucranianos, de versiones aviesas de las hambrunas del decenio de 1930 que el Kremlin atribuía a Ucrania o, en fin, de la marginación que en esta última padecía la lengua rusa [123] . Más allá del terreno, que ya nos ha atraído, de las disputas suscitadas por el gas natural, no han faltado los desencuentros con Rusia. Rescatemos un ejemplo entre muchos, como es el relativo a la vía férrea Moscú-Rostov, que discurría por territorio ucraniano en una parte pequeña de su trayecto: grabada con derechos de tránsito muy onerosos por el gobierno de Kíev, obligó a Rusia a retrazar el recorrido en cuestión [124] . Desde la perspectiva que ahora nos ocupa parece obligado reseñar que Moscú ha tenido la oportunidad de comprobar cómo los distintos gobernantes ucranianos, naranjas y azules , incumplían compromisos en repetidas ocasiones.

Tampoco está de más recordar que hay otros poderes que mueven sus peones en la arena ucraniana. Es el caso, por ejemplo, de China, cuya ayuda crediticia fue decisiva para evitar, durante los años más duros de la crisis, la quiebra del país. El dinero chino fue vital, también, para permitir la

construcción de las infraestructuras que acogieron la Copa de Europa de selecciones nacionales que Ucrania organizó junto con Polonia en 2012. Pero la presencia china se ha hecho valer asimismo en la construcción de otras infraestructuras, como lo ilustran el anillo de autopistas que rodea Kíev y varios puentes sobre el río Dniepr, y en el ámbito de la industria nuclear [125] . Los vínculos en cuestión se multiplicaron, ciertamente, una vez que Yanukóvich se convirtió en presidente ucraniano.

Otro capítulo de las relaciones externas de Ucrania lo han configurado los vínculos con la OTAN. En 1997 Ucrania se sumó a la Asociación Especial —el partenariado especial— de la OTAN y, de resultas, quedó integrada en el llamado espacio de seguridad euroatlántico . Aunque ello no ha supuesto que la OTAN garantice a Kíev ningún compromiso de defensa, Ucrania ha participado en maniobras de la Alianza Atlántica y ha enviado contingentes militares a misiones internacionales como las de Bosnia, Kosova y Georgia [126] . Lo cierto es que en 2008 la OTAN, a instancias de Alemania y Francia, poco propicias a dañar las relaciones con Moscú, no ofreció a Ucrania la apertura de un proceso que debía conducir a la plena incorporación del país a la Alianza, aun cuando anunciase repetidas veces el propósito de convertir a Kíev en miembro de pleno derecho de la organización. Por detrás lo que se hacía valer, con toda evidencia, era la decisión de la OTAN en el sentido de no asumir ningún compromiso firme que, en lo que hace a la defensa de Ucrania, pudiese conducir a una colisión militar directa con Rusia.

La incorporación a la Alianza no parece disfrutar, por lo demás, de apoyos francos en la opinión pública ucraniana. Un estudio de 2012 concluía que ni siquiera en la Ucrania occidental suscitaba una mayoría de respaldos: un 35,1 por ciento de los interrogados se manifestaba partidario de tal integración, frente a un 39,2 por ciento que la rechazaba y un 25,7 por ciento que se declaraba indeciso. En el sur y en el este del país el rechazo a la OTAN era abrumador: sólo un 5,9 y un 5,8 por ciento, respectivamente, de los interrogados propiciaban una incorporación de Ucrania a la OTAN, con un 73,9 y un 74,3 por ciento de opiniones hostiles [127] .

En la trastienda lo que se revelaban eran unas fuerzas armadas muy débiles. En 1991 había 900.000 soldados soviéticos en el territorio de Ucrania. Mientras ganaba terreno una reconversión ideológica en provecho de un nacionalismo de perfiles no siempre claros, el contingente militar se redujo muy pronto, de tal suerte que en 2004 se elevaba a 355.000 efectivos. El gasto en defensa ha sido, por lo demás, comúnmente bajo, al menos en términos comparativos. Si era de un 1,3 por ciento del PIB en 2002, con un bajo desembolso por habitante —Ucrania ocupaba al respecto el puesto 127 de un total de 150 países- [128] , se situó en un 1,6 por ciento en 2012. El grueso del presupuesto de defensa se destinaba, por otra parte, al pago de salarios, con escasa inversión, por consiguiente, en armamento y equipos [129] . A ello hay que agregar los efectos de la corrupción y de la burocracia, y lo que puedan significar las acusaciones vertidas contra Yanukóvich por presunto desmantelamiento de las fuerzas armadas. Sigue pesando, en fin, la indefinición con respecto al futuro: Ucrania, ¿debe asumir una defensa autónoma y porfiar en una condición de neutralidad o, por el contrario, debe vincular su defensa con alguna instancia externa, como Rusia o la OTAN?

Recuperemos aquí, para terminar, un argumento del que ya hemos echado mano: el que da cuenta de la ambigüedad que los dirigentes políticos ucranianos han mostrado en relación con materias que cabía suponer definen poderosamente sus señas de identidad. Ya hemos señalado que aunque la incorporación a la OTAN divide a naranjas y azules , ni siquiera estos últimos interrumpieron, pragmáticamente, la colaboración con la Alianza Atlántica. Unos y otros estaban de acuerdo, en otro terreno, en lo que atañe a una eventual adhesión a la UE, acaso postergada más por la actitud de esta última que por la disposición de tirios y troyanos: para Bruselas se hace evidente que Ucrania es un país demasiado grande, demasiado poblado y demasiado pobre, esto es, una especie de Turquía de la Europa centro-oriental. Ni siquiera la partida de Yanukóvich y las tensiones actuales parecen haber modificado sensiblemente este escenario.

IV. La crisis de 2013-2014, el contencioso de Crimea y…

Se esperaba que en noviembre de 2013 Ucrania, Moldavia y Georgia firmasen un acuerdo de asociación con la UE. Pocos días antes de la fecha prevista, el presidente ucraniano, Yanukóvich, anunció, sin embargo, que su país no estamparía su firma en semejante acuerdo, que contemplaba también el establecimiento de una zona de libre comercio. A esta decisión no eran ajenas ni las demandas de liberación de Yuliya Timoshenko promovidas por la UE ni las presiones rusas. Estas últimas, vinculadas las más de las veces con la amenaza de eventuales subidas en los precios del gas si el acuerdo con la UE se ultimaba, provocaron del lado de Yanukóvich una solicitud de ayuda económica encaminada a que Bruselas compensase las pérdidas que al respecto podían derivarse para Ucrania.

En las negociaciones que nos ocupan Yanukóvich asumió un papel ambiguo, sin que quedase claro en momento alguno si su propósito era evitar el acuerdo con la UE o, por el contrario, sustraerse a las presiones que llegaban de Moscú. Aunque sobre el papel siempre había sido un dirigente propicio a acatar las demandas rusas, conviene subrayar que en este caso a buen seguro se mostró permeable a la influencia de much os de los oligarcas radicados en el este de Ucrania, visiblemente interesados en un acercamiento a la UE que abriese a sus productos los mercados europeos occidentales. Es más que probable, por añadidura, que el presidente ucraniano sopesase seriamente la idea de que su reelección como presidente en 2015 sería más fácil con un buen acuerdo suscrito con Bruselas. Al margen de lo anterior, Yanukóvich tenía que encarar problemas tan inmediatos como graves: no se olvide que el acuerdo con la UE se hubiera traducido del lado de Ucrania en la obligación de aceptar créditos del Fondo Monetario Internacional que no estaba en condiciones de asumir, algo que contrastaba con la firme voluntad rusa de adquirir —la compra se hizo realidad a mediados de diciembre— bonos en condiciones ventajosas para Kíev y de rebajar el precio del gas vendido a Ucrania. A tono general con la alambicada vida política local, en suma, los tres presidentes que habían encabezado el país antes de 2010 —Kravchuk, Kuchma y Yúshenko— suscribieron una carta en la que reclamaban la firma del acuerdo con la UE, criticaban la posterior represión en las calles y demandaban la apertura de negociaciones inmediatas entre el gobierno y la oposición.

El escenario que aportaban los términos de esa carta no era otro que el delimitado por una percepción popular muy extendida: en los años anteriores tanto naranjas como azules habían sido un genuino desastre en materia de dirección del país y de configuración de los sucesivos gobiernos. Por razones fáciles de comprender, los partidarios de los primeros, de los naranjas , juzgaban con ojos muy críticos las medidas que habían ido asumiendo Yanukóvich, en la presidencia, y el Partido de las Regiones, en el gobierno. Pero conviene resaltar que no soplaban mejores vientos en el caso de muchos de los integrantes de la minoría rusa, entre quienes se había extendido la percepción de que el Partido de las Regiones había dedicado mucha más energía a defender los intereses de los oligarcas de la parte oriental del país que a hacer valer los derechos, en todos los ámbitos, de los rusohablantes.

Maidán

Las cosas como fueren, a partir del 22 de noviembre de 2013 se hicieron valer protestas, muy nutridas, en la plaza Maidán de Kíev, pronto seguidas de otras en diferen tes ciudades del país, con presencia mayor del fenómeno, ciertamente, en las áreas centrales y occidentales de aquél. Lo suyo es subrayar que en modo alguno era evidente que el elemento principal motivador de esas protestas fuese el fracaso de las negociaciones con la UE. Lo de la UE parecía ocupar, antes bien, un segundo plano: aunque había, sí, sectores importantes de la sociedad ucraniana encandilados con la ficción de que la UE estaba llamada a resolver rápidamente los problemas del país, semejante percepción contrastaba con la certificación de la debilidad de las ayudas dispensadas por Bruselas y con la palmaria ausencia de un compromiso de incorporación de Ucrania a la Unión. A la postre, en la articulación de las protestas mayor relieve correspondía, sin duda, al designio de rechazar las políticas, y la corrupción, impera ntes en la Ucrania de Yanukóvich. Por detrás operaba también, con toda evidencia, un código nacionalista que apenas se disimulaba.

Claro es que para explicar las protestas que nos ocupan —y para hacer otro tanto con su eficacia: consiguieron, por ejemplo, la dimisión del primer ministro Mykola Azárov— había que invocar algún elemento más. Uno de ellos fue el ascendiente de grupos de presión financiados por instituciones y organizaciones occidentales, a manera de lo que había ocurrido en las llamadas revoluciones de colores . Otro lo aportó la presencia de grupos de extrema derecha que asumieron un papel protagonista en la confrontación con la policía ucraniana, tanto más cuanto que el grueso de las fuerzas de la oposición parlamentaria —las que, en los hechos, dirigieron la revolución naranja — seguía pagando su descrédito. Aunque se ha exagerado el papel desempeñado por esos grupos de la derecha extrema, lo cierto es que la propia UE defendió formas de encaramiento de las tensiones que en modo alguno suponían su marginación. Agreguemos que pronto se extendió la indignación ante una represión que corrió a cargo de la Berkut, la policía antidisturbios, en un escenario en el que no faltaron las amenazas de empleo de las propias fuerzas armadas —más bien renuentes a interven ir— y la aprobación de leyes que, como las de mediados de enero de 2014, fueron calificadas de dictatoriales por la oposición.

Ante las protestas populares, y ante la presión del Parlamento, Yanukóvich pareció recular: tras la dimisión, ya mencionada, a finales de enero del primer ministro Azárov, el legislativo ucraniano derogó las llamadas leyes mordaza y aprobó una amnistía para todos los detenidos como consecuencia de las protestas. En las jornadas posteriores al 20 de febrero la violencia adquirió, sin embargo, una notable intensidad, con 82 muertos, entre ellos 15 policías, en las calles de Kíev. El día 21, y bajo visible presión de la UE, el gobierno y la oposición llegaron a un acuerdo que en momento alguno fue aplicado. Mientras los unos subrayaban que la no aplicación era el producto de la mala fe de los opositores, que veían cercana la caída de Yanukóvich, para los otros fue la represión lo que dio al traste con el acuerdo. Las cosas como fueren, el 22 de febrero Yanukóvich abandonó el país. Su destitución fue respaldada por la mayoría del Parlamento, en donde muchos de los integrantes del Partido de las Regiones y de sus aliados decidieron dar la espalda a quien hasta entonces había sido su líder. Al poco se configuró un gobierno de transición encabezado por un miembro del partido de Timoshenko, Arseniy Yatsenyuk, hasta entonces presidente del Parlamento, y se alcanzó un compromiso para celebrar elecciones presidenciales anticipadas el 25 de mayo. Entre tanto, Aleksandr Turchínov se convirtió en presidente en funciones del país. Entre los nuevos dirigentes ucranianos no faltaban, por lo demás, gentes vinculadas con los grupos de extrema derecha que se habían significado en la plaza Maidán de Kíev, circunstancia que a buen seguro lastraba aún más la credibilidad del nuevo ejecutivo ucraniano.

En condiciones tan confusas como las reseñadas estaba servida, claro, la discusión en lo que se refiere a lo que había ocurrido. Mientras los partidarios de Yanukóvich consideraban que se había producido un golpe de Estado en toda regla, tanto más cuanto que, en un escenario marcado por la violación de lo que establecía la Constitución en vigor, el efímero acuerdo entre gobierno y oposición no había sido satisfecho por esta última, los detractores del presidente subrayaban el recién mencionado acuerdo del Parlamento e invocaban la supuesta legitimidad que surgía de las protestas en la calle.

Tártaros, rusos, ucranianos

Hasta el momento en que estas líneas se escriben, la principal de las respuestas que cobró cuerpo en Rusia de resultas de la crisis política ucraniana —en la interpretación de Moscú, el presidente Yanukóvich había sido desplazado ilegalmente del poder en grave menoscabo de los intereses rusos— asumió la forma del despliegue de soldados y la organización y celebración de un referendo de autodeterminación en Crimea. Recordemos que esta última, con 26.000 km^2, poco menos de dos millones de habitantes y capital en Simferópol, estaba poblada mayoritariamente por rusos y había quedado en manos de Ucrania en virtud de una caprichosa decisión asumida por Jrushov en 1954.

C rime a es una península que, con forma de rombo, se adentra en las costas septentrionales del mar Negro (véase mapa 3). La orilla norte de ese mar fue colonizada en el pasado por los griegos, por los fundadores de la Rus de Kíev, y por los mongoles, los otomanos, los genoveses, los lituanos, los

polacos y los rusos. En el siglo XV emergió el janato de Crimea, con la comunidad tártara, de religión musulmana, en su núcleo. La dinastía resultante, estrechamente asociada con el imperio otomano, se mantuvo en el poder hasta 1783, cuando Rusia ocupó y se anexionó la península. Aunque los zares impusieron al poco sus estructuras políticas, mostraron cierto grado de tolerancia ante el islam local y ante las manifestaciones culturales de la comunidad tártara. Ello no fue óbice para que, con el paso del tiempo, Crimea fuese escenario de un evidente proceso de rusificación y para que se convirtiese, también, en un destino turístico de primera magnitud, tanto en la época z arista como en la soviética.

Uno de los elementos mayores que explican la condición presente de Crimea es el derrotero asumido por la comunidad tártara local. Esquivaremos aquí la disputa relativa a si los tártaros son o no el pueblo originario de Crimea, una disputa que, como cabe imaginar, divide a las historiografías tártara, rusa y ucraniana. Parece fuera de discusión, de cualquier modo, que desde el siglo XV, y hasta finales del XIX, los tártaros constituyeron la mayoría de la población de la península. Bueno será recordar que aunque en 1783, el año de la anexión rusa, eran el 83 por ciento de los habitantes, en 1897 su presencia se había reducido, en buena medida como consecuencia del proceso de rusificación recién mencionado, y de las lógicas imperiales acompañantes, a un 34 por ciento [130] . Una de las explicaciones mayores de la reducción de la presencia, en términos absolutos como en términos porcentuales, de los tártaros fue una emigración importante camino de Turquía, a la que se sumaron la llegada de colonos procedentes de Rusia y la creciente presencia militar de esta última. Los tártaros no sentían, de cualquier modo, mayor simpatía por un imperio, el zarista, en el que, pese a lo dicho antes, no apreciaban otra cosa que un yugo ejercido desde el exterior. En 1917-1918 quisieron, sin éxito, declarar la independencia de Crimea, un horizonte pronto rechazado por el naciente régimen bolchevique. De resultas, los tártaros quedaron en el centro de una lucha en la que, durante la guerra civil, tanto rojos como blancos repudiaron la posibilidad de una Crimea independiente. En 1923 su presencia porcentual en la población de la península se había reducido a un 25 por ciento [131] .

Las dos décadas siguientes asistieron a la instalación de lo que se antojaba una ficción de autogobierno: la llamada República Socialista Soviética Autónoma de Crimea, emplazada dentro de la república rusa. El recuerdo de la historia pasada, las purgas desarrolladas por la policía política soviética, las hambrunas de las décadas de 1920 y 1930, y, en la trastienda, una rusificación acelerada vinieron a explicar por qué una parte de la población tártara de Crimea acogió con los brazos abiertos al ejército alemán en 1941, para después mudar de opinión, en muchos casos, una vez la represión germana se hizo palpable. Aun con ello, si fueron entre 15.000 y 20.000 los tártaros que sirvieron en la Wehrmacht , se contaron entre 20.000 y 53.000 los que pelearon del lado del ejército soviético [132] . Esto no impidió que en 1944 Stalin ordenase, sobre la base de una supuesta colaboración colectiva de los tártaros con el invasor, una deportación masiva de la población correspondiente que afectó a casi 200.000 personas, cerca de la mitad de las cuales habría fallecido en el transcurso de los cinco años siguientes [133] . En paralelo quedó abolida la República Socialista Soviética Autónoma. A diferencia de otros pueblos malditos , los tártaros no fueron rehabilitados

por Jrushov: su rehabilitación hubo de aguardar a 1967, en el buen entendido de que sólo en 1989 se les permitió regresar a Crimea. Si la comunidad tártara de la península la constituían unas 300.000 personas antes de la Segunda Guerra Mundial —las cifras, ciertamente, bailan—, según una estimación su número había quedado reducido a algo menos de 20.000 en los años de la perestroika gorbachoviana [134] . En virtud de un retorno que se aceleró luego de la desaparición de la URSS, a partir de 1991, y que generó inevitables problemas en una situación económica y social delicada, los tártaros parecen constituir hoy del orden de un 12 por ciento de la población de Crimea o, lo que es lo mismo, unas 250.000 personas (las organizaciones de la comunidad tártara local elevan sensiblemente, con todo, esta cifra). Hay que recordar, aun así, que de resultas de la emigración a Turquía, antes mencionada, en este país vivirían hoy, según una estimación acaso exagerada, entre dos y tres millones de tártaros. Estos últimos configuran un grupo de presión relevante, que, a diferencia de lo que ocurría cuando existía la URSS, mantiene vínculos fluidos con Crimea.

Importa subrayar que de por medio , y como ya sabemos, en 1954 Jrushov decidió obsequiar a Ucrania con Crimea, para de esta forma conmemorar el trescientos aniversario del Tratado de Pereyaslav, que selló la alianza histórica de Rusia y Ucrania. En consecuencia, Crimea dejó de pertenecer a una de las repúblicas que integraban la URSS, Rusia, para integrarse en otra de esas repúblicas, Ucrania. A efectos de satisfacer a quienes otorgan relieve singular a los antecedentes históricos, habrá que anotar que Crimea ha sido rusa durante menos de dos siglos: la etapa que separa 1783 y 1954 (bien es cierto que no faltan los historiadores que estiman que la península había sido rusa antes de la llegada de los tártaros). En paralelo, lo suyo es recordar que hasta 1954 Crimea nunca había formado parte de Ucrania, con lo que al cabo los argumentos que vendrían a justificar la reivindicación ucraniana de la península parecen reducirse a dos: si el uno es el peso de decisiones y leyes forjadas de forma autoritaria —el regalo de Jrushov—, el otro lo aporta una vaga consideración geográfica que entiende que Crimea es una prolongación natural de la estepa ucraniana.

Los hechos como fueren, convie ne que recordemos que en 2013, y según las estimaciones al uso, la mayoría de la población de Crimea, un 59 por ciento de sus habitantes, era rusa. En la península residían, con todo, otros dos grupos étnicos importantes: mientras los ucranianos, muy rusificados, eran del orden del 24 por ciento de la población, los tártaros aportaban, como ya hemos señalado, el 12 por ciento de aquélla. El porcentaje de rusos ha reculado en los últimos veinte años de resultas ante todo del retorno de decenas de miles de tártaros. Aun así, el 80 por ciento de los habitantes de Crimea son rusohablantes.

La Crimea postsoviética

En enero de 1991, en época so viética, se celebró en Crimea un referendo en el que la mayoría de la población se pronunció por la anexión a Rusia en caso de que Ucrania se convirtiese en un Estado independiente [135] . Pese a ello, el Soviet Supremo, el Parlamento, de Crimea asumió en el verano del mismo año que esta última era parte de Ucrania y en diciembre del propio

1991, y de resultas del Tratado de Minsk, Rusia reconoció la integridad territorial de la república de Ucrania.

Unos meses después, en mayo de 1992, Crimea declaró unilateralmente, sin mayores consecuencias, su independencia, mientras el Parlamento ruso aprobaba una resolución por la que anulaba, por entender que era ilegal, la transferencia de la península a Ucrania en 1954. Al poco Yuri Meshkov procedía a crear el Movimiento Republicano por Crimea, que tenía como objetivo mayor conseguir, no ya la independencia, sino la incorporación de la península a Rusia. Meshkov se convirtió en presidente de Crimea en enero de 1994. El hecho de que en Rusia, al poco inmersa en la guerra de Chechenia, la cuestión de Crimea apenas preocupase en esos años propició que las autoridades ucranianas retomasen el control directo sobre la península y concediesen a ésta una autonomía limitada, al tiempo que abolían el puesto de presidente que correspondía a Meshkov. Aunque Crimea era la única parte de Ucrania beneficiada por un régimen autónomo —se hablaba de la república autónoma de Crimea —, la mayoría de las medidas instituidas por Kíev atendían al objetivo de acrecentar el control sobre el país o, lo que es lo mismo, al de evitar que el secesionismo ruso ganase terreno.

Nada de lo anterior impidió, sin embargo, que Crimea fuese un territorio manifiestamente rusificado. Baste con recordar al respecto que , pese a no ser el ruso lengua oficial en ninguna parte de Ucrania —tampoco en la península—, era la lengua que utilizaba la administración pública. El rublo no dejó de ser usado en Crimea, mientras las fuerzas de seguridad locales quedaban subordinadas a las autoridades de Simferópol. En la última década del siglo XX y en la primera del XXI un adalid principal de la reincorporación de Crimea a Rusia fue, por otra parte, el alcalde moscovita, Yuri Luzhkov. Por lo que respecta al otro bando, en 1998 fue aprobada la que se antojaba la versión definitiva de la Constitución de Crimea, un texto en el que no había ningún coqueteo con las posiciones secesionistas. Conviene subrayar que los tártaros no parecían sentirse identificados con ninguno de los movimientos asumidos en los años anteriores por las autoridades rusas de Crimea. Divididos entre sí, de manera general apoyaron, en cualquier caso, las posiciones defendidas por el gobierno ucraniano en Kíev, percibido acaso como un enemigo menor.

La revolución naranja verificada en Ucrania en 2004 no trajo mayores cambios en Crimea. Si acaso, vino a ratificar una fractura mayor en las adhesiones, toda vez que la mayoría de los integrantes de una comunidad tártara en activo proceso de crecimiento numérico se inclinaron por respaldar a Yúshenko mientras la mayoría de los rusos apoyaban a Yanukóvich, con la comunidad ucraniana dividida en sus adhesiones. En presunta relación con lo dicho, en 2005 el gobierno de Crimea pasó a incorporar a varios tártaros. El año siguiente dos diputados de esta nacionalidad fueron elegidos para tomar asiento en el Parlamento en Kíev, en un escenario en el que las principales fuerzas políticas ucranianas, incluido el Partido de las Regiones, cortejaban a la comunidad tártara. Bien es cierto que la mayoría de los habitantes de Crimea, y en singular la comunidad rusa, respaldaba las opciones políticas hostiles a Yúshenko, y ello tanto en lo que respecta a las elecciones generales ucranianas como en lo

que se refiere a las de ámbito local organizadas en la península. En las presidenciales de 2004 y 2010 los candidatos prorrusos obtuvieron, por lo demás, francas mayorías en Crimea. No está de más recordar, en fin, que en la estela de los atentados de 2001 en Nueva York y Washington se habló mucho de la presencia, presuntamente amparada por la comunidad tártara, del islam rigorista en Crimea y se sugirió a menudo que esa comunidad estaba experimentando una activa radicalización. El panorama económico de la península no era diferente, por otra parte, del que se registraba, y ya hemos glosado, en el resto de Ucrania, con el agravante, en Crimea, de los problemas derivados del retorno de decenas de miles de tártaros.

Sebastópol

Buena parte de las disputa s relativas a la Crimea contemporánea se concentran en la base naval, y en la ciudad, de Sebastópol, emplazada en el extremo suroccidental de la península. Sebastópol refleja, por encima de todo, y del lado de Rusia, un esfuerzo de preservación de un proyecto que en el pasado hizo de la ciudad la punta de lanza del imperio, su avanzadilla meridional, en una zona sensible para aquél como era el mar Negro [136] . Los elementos simbólicos vinculados con la ciudad son numerosos y encuentran fiel reflejo en los asedios por ella padecidos durante la guerra librada en 1854-1855 y durante la propia Segunda Guerra Mundial. En tal sentido, Sebastópol significa, por encima de todo, un hito fundamental en la defensa de los rusos que viven fuera de su país.

Todo lo anterior explica, mal que bien, el aferramiento ruso a la ciudad y, con él, los intentos de preservarla dentro de Rusia. Baste con mencionar al respecto, por citar un ejemplo, que determinados círculos en Moscú han sugerido que Sebastópol disfrutaba en 1954 de un status especial que hacía que dependiese directamente del Presidium del Soviet Supremo de la república federada de Rusia y que, en consecuencia, invitaba a rechazar su transferencia a Ucrania (y ello aun cuando lo cierto es que con ocasión de la transferencia en cuestión no se hizo mención alguna de esa presunta condición especial) [137] . En un terreno más material, y en la era postsoviética, las autoridades rusas alcanzaron en 1997 con sus homólogas ucranianas un acuerdo de arrendamiento de la ciudad —de su base naval— durante veinte años, prorrogado en 2010 hasta 2042. A los 98 millones de dólares de alquiler anual pagados desde 1997 se sumaron las rebajas operadas en el precio del gas que Rusia entregaba a Ucrania, algo que, según una estimación, debía multiplicar por 36 el montante total de la suma que Rusia había de desembolsar por Sebastópol [138] .

A tono con un argumento que ya hemos esgrimido, lo razonable es concluir que Sebastópol tiene mayor relieve en términos de presencia material y simbólica de los rusos residentes en Crimea que de resultas del peso estrictamente militar de su p uerto. No olvidemos al respecto el relieve, limitado, de los buques radicados en la base, el “mayor museo naval de la historia”, según una versión sarcástica de los hechos [139] . Desde hace años Moscú procura, por lo demás, una alternativa en el puerto de Novorossisk, en Rusia pero bien cerca del extremo oriental de Crimea. En Novorossisk se han ampliado las instalaciones navales, en el buen entendido de que, al parecer, las condiciones meteorológicas en la parte más dura del invierno no

son las mismas que las que ofrece Sebastópol [140] , una salida permanente a aguas cálidas. Moscú podría ser virse en el futuro —no se olvide— de los puertos que ofrece la recién independizada Abjazia, algo más al sur.

Aun cuando hemos puesto algún énfasis en remarcar lo que Sebastópol significa en términos del imaginario nacional ruso, y de la defensa de los rusos radicados fuera de su país, hora es ésta de agregar, con todo, que la bahía tiene también su importancia en el terreno estri ctamente militar, tanto más cuanto que en los últimos años Moscú se ha topado con muchos problemas en lo que se refiere al empleo de los puertos sirios. Sebastópol exhibe un relieve innegable, aunque inevitablemente limitado, en lo que atañe al futuro del mar Negro, un relieve que se multiplica por cuanto ofrece, con las bases acompañantes, una no despreciable capacidad de acción aérea. Más allá de la ciudad, el conjunto de la península de Crimea configura una atalaya estratégicamente relevante, hasta el punto de que su pérdida por Ucrania a buen seguro que ocasionará más de un quebradero de cabeza a los gobernantes en Kíev. Con la anexión rusa de Crimea, Ucrania pierde varias de sus bases navales militares —Sebastópol, Yevpatoriya, Feodosiya, Novootserne, Chornomórskoye— y debe contentarse con las que dispone en Odesa, Ochakiv y Nikoláyev [141] . Por cierto que en esta última localidad se hallan unos astilleros que, dedicados en la etapa soviética a la construcción de portaaviones, hoy están en crisis manifiesta. En los años anteriores a las disputas de 2013-2014 no faltaron en Moscú las declaraciones que postulaban el aprestamiento de un proyecto conjunto ruso-ucraniano encaminado a reflotar esas instalaciones [142] . Si un proyecto de esa naturaleza se antoja hoy impensable, tampoco hay que dar mucho crédito a un argumento que los dirigentes rusos formularon repetidas veces en el pasado: el que subrayaba que la flota del mar Negro radicada en Sebastópol permitía defender a Ucrania ante una supuesta amenaza que llegase de Turquía.

El referendo de 2014 y la incorporación de Crimea a Rusia

Tal y como señalamos en su momento, la crisis política ucraniana de finales de 2013 y principios de 2014, con la huida del presidente Yanukóvich y la configuración en Kíev de un gobierno de transición, fue percibida en Moscú como una afrenta que dañaba, y gravemente, los intereses rusos. Reiteremos que la principal de las respuestas del Kremlin ante esa afrenta ha consistido, hasta el momento en que estas líneas se escriben, en una apuesta, saldada con éxito, por la secesión de Crimea con respecto a Ucrania y la incorporación posterior de la península a Rusia.

En los dos últimos días de febrero de 2014 grupos armados prorrusos tomaron los aeropuertos de Sebastópol y Simferópol, así como el Parlamento de Crimea. Al tiempo, se verificaba la llegada a esta última de contingentes militares rusos que las más de las veces procedieron dificultar su identificación como tales y procuraron cercar las instalaciones que todavía ocupaban las fuerzas armadas ucranianas. Inmediatamente se convocó, con visible urgencia, un referendo de autodeterminación mientras el Parlamento local aprobaba una declaración de independencia unilateral. El referendo en cuestión se celebró el 16 de marzo y se saldó con una participación de más del 80 por ciento y una abrumadora mayoría de votos —casi un 97 por ciento

— en favor de la incorporación de Crimea a Rusia. Si este segundo dato era moderadamente creíble, el primero generó muchas dudas: no se olvide que, al menos sobre el papel, las comunidades ucraniana y tártara de Crimea, más de la tercera parte de los habitantes de la península, se inclinaron por la abstención. No está de más subrayar de nuevo que los tártaros, de resultas de su pésima relación histórica con Rusia, percibían a Ucrania como un mal menor.

Al margen de lo anterior, Rusia, que al respecto no dudó en arrojar las culpas sobre los inexpertos dirigentes de Crimea, no pareció haber afinado en exceso los instrumentos: por mucho que pueda argumentarse la legitimidad del referendo —recordemos una vez más la condición del regalo de Jrushov en 1954—, las reglas que marcaron aquél fueron democráticamente impresentables. Así lo testimonian la precipitación en la convocatoria, la abrumadora y coactiva presencia militar, la falta de un debate público y plural, la ausencia de cualquier suerte de supervisión independiente y la imposibilidad —para los eventuales votantes— de respaldar la preservación del statu quo ; téngase presente, en lo que se refiere a esto último, que sólo podía votarse en favor de la anexión a Rusia o en provecho de la restauración de una condición autónoma que abría el camino, también, a esa anexión. En tal sentido, el referendo de Crimea no constituyó ningún antecedente honroso para apuntalar lo que bien pudiera ocurrir en el futuro en la Ucrania oriental, en el norte de Kazajstán o en la propia Transdnistria, áreas en las cuales la presencia de población rusa era notable.

Al referendo recién glosado siguió, el 17 de marzo, una nueva declaración de independencia aprobada por la mayoría del Parlamento de Crimea e, inmediatamente, el reconocimiento de ésta, por Rusia, como Estado soberano, paso previo a una rapidísima integración de la península en la Federación Rusa. Moscú adoptó al efecto medidas urgentes de ayuda económica a Crimea y, en particular, puso manos a la obra de acelerar la construcción de un puente que, sobre el estrecho de Kerch, en el este de la península, debía permitir una comunicación directa con Rusia en una región en la que habían menudeado los problemas en lo que atañe a la delimitación de las aguas territoriales en el citado estrecho y en el vecino mar de Azov.

Rusia y el derecho de autodeterminación

Hasta marzo de 2014 la Rusia independiente había mostrado un rechazo frontal del derecho de autodeterminación. Tan es así que en el discurso de los gobernantes rusos el concepto correspondiente ni siquiera se había asomado cuando remitía a la idea de una suave reivindicación de formas de autogobierno que en modo alguno acarreaban la posibilidad de secesiones e independencias.

La única excepción de algún relieve a esta regla del juego genera l la aportó, en el verano de 1996, en los años de presidencia de Yeltsin, y al calor del llamado acuerdo de Jasaviurt, el reconocimiento de una fórmula de autodeterminación, no precisada, para Chechenia —nos hemos referido ya a ella— que debía cobrar cuerpo un lustro después. Téngase presente que semejante decisión era el producto de la derrota militar de Moscú en la

primera guerra ruso-chechena postsoviética. Y recuérdese en paralelo que la irrupción de Putin como primer ministro, tres años después, se vio al poco acompañada por una operación militar en Chechenia —la que abocó en la segunda guerra— que, aunque en inicio se justificó sobre la base del designio de hacer frente a una amenaza terrorista, pronto se hizo evidente que obedecía al propósito de evitar que la imprecisa fórmula de autodeterminación prevista en Jasaviurt adquiriese carta de naturaleza.

Lo suyo es reconocer que, desde entonces y hasta que se ha cruzado de por medio el referendo de Crimea, el rechazo con que las autoridades rusas obsequiaron al derecho de autodeterminación se hizo valer de manera consecuente. Conviene recordar, por lo pronto, que Moscú se mantuvo en sus trece en lo que respecta a la negativa a aceptar tal derecho en la ya mentada Chechenia. A menudo se olvida, en segundo lugar, que en 2006 el Kremlin no actuó, en relación con la llamada república del Transdniestr (Transdnistria), desgajada de Moldavia, como lo hizo en Crimea en 2014. En septiembre de 2006, sin embargo, el referendo celebrado en Transdnistria se saldó, conforme a los datos divulgados por sus organizadores, con una abrumadora mayoría —un 97 por ciento de los participantes, de nuevo— favorable por igual a la independencia con respecto a Moldavia y a la libre asociación con Rusia. Bien es verdad que en este caso la incorporación de Transdnistria a la Federación Rusa hubiera sido muy problemática, siquiera sólo fuese por los varios centenares de kilómetros que separaban el territorio de una y otra entidad, con Ucrania de por medio. Sabido es, en tercer lugar, que Rusia ha rechazado en todo momento la conveniencia de reconocer el Kosova que se declaró unilateralmente independiente en febrero de 2008, y ello pese a que en marzo de 2014 invocase el antecedente kosovar como justificación —admitamos que razonable— de los pasos que Moscú acabó por dar en relación con Crimea. Obligado es agregar, en suma, que lo que sucedió en agosto de 2008 al calor de la guerra librada en Osetia del Sur, formalmente un territorio georgiano, tampoco acarreó ninguna quiebra en el criterio, manifiestamente hostil al derecho de autodeterminación, abrazado por el Kremlin: mientras, por un lado, Rusia no se vio en la necesidad de incorporar a su federación a la citada Osetia meridional y a la vecina Abjazia —se convirtieron sin más, y al menos en las apariencias, en Estados independientes—, por el otro su reconocimiento de esas independencias en momento alguno invocó el derecho que nos ocupa. Moscú se limitó a señalar que se trataba de proteger a los dos Estados nacientes frente a la belicosidad de los gobernantes georgianos, un argumento que ha reaparecido en relación con la crisis ucraniana por la que se interesa este libro.

Salta a la vista que lo ocurrido en Crimea en marzo de 2014 constituye un cambio radical en la perspectiva del Kremlin, que de la noche a la mañana ha pasado a defender orgullosamente el derecho de autodeterminación. Dos parecen ser los fundamentos de ese cambio. El primero lo aporta l o que se antoja una relectura del Derecho Internacional que, frente a las corrientes dominantes, y frente a lo que ha defendido la propia Rusia en los dos últimos decenios, estima que aquél alienta, o al menos tolera, procesos de autodeterminación que pueden rematar en secesiones e independencias. El segundo es el antecedente, ya reseñado, que ofrecería el reconocimiento, por un buen número de Estados, de la declaración unilateral de

independencia de Kosovo. Si esos Estados actuaron de tal manera, entonces, ¿por qué no habrían de asumir —parece sugerir Moscú— una conducta similar en relación con Crimea? A lo anterior se agrega, claro, el reiterado recordatorio del singularísimo escenario de esta última, indeleblemente marcado por la caprichosa decisión de Jrushov en el sentido de entregar la península a Ucrania en 1954, en abierta desatención de que estaba mayoritariamente poblada por rusos (como es fácil intuir, de lo ocurrido antes con los tártaros locales se tiende a hablar más bien poco en Moscú). En la percepción del Kremlin, comprensible, el regalo jrushoviano, que no anularía el carácter ilegal del referendo del 16 de marzo de 2014, otorgaría a éste, sin embargo, una legitimidad nada despreciable.

Es verdad que el camb io de rumbo que el Kremlin ha asumido en relación con el derecho de autodeterminación ha dibujado una manifiesta inconsecuencia del lado de los gobernantes rusos, decididos a abrazar, sin cautelas, formas de obscena doble moral (cabe suponer que Putin no se apresta a organizar una consulta soberanista en Chechenia). Esa inconsecuencia no es mayor, ciertamente, que la que han mostrado repetidas veces los gobiernos occidental es.

Los efectos inmediatos de la crisis de Crimea

El movimiento que Rusia asumió en Crimea había sido, con toda evidencia, calculado. Partía de la certeza de que en modo alguno era concebible una réplica militar occidental y de que, en paralelo, era muy improbable una respuesta armada del lado de Ucrania. Téngase presente, en relación con la primera de estas dos posibilidades, que la OTAN no emitió ninguna declaración en el sentido de propiciar una rápida incorporación de Kíev a la Alianza Atlántica. Al respecto podían invocarse factores varios como las dudas en lo que se refiere a los dirigentes ucranianos, el deseo de asumir un compromiso siempre limitado, el temor a una confrontación militar directa con Rusia o, en fin, la aceptación soterrada de que Ucrania era, pese a todo, una zona de influencia rusa. Lo suyo es recordar que, en la trastienda, nadie habló de interrumpir los suministros de gas que beneficiaban a la propia Ucrania y a la UE, y ello pese a que en los aparatos mediáticos locales e internacionales menudeaban los relatos que hablaban de omnipresentes acciones de la extrema derecha en Ucrania, contra ciudadanos rusos, y de agresiones de las milicias rusas contra ciudadanos ucranianos residentes en el este del país. Si a mediados de abril de 2014 Putin se refirió a los suministros de gas, lo hizo con la voluntad expresa de señalar el problema ingente que se derivaba de los impagos ucranianos, y no en la perspectiva de amenazar a los países occidentales. El presidente ruso sobreentendía que la UE debía ayudar a Kíev en el pago de la deuda.

A primera vista estaba claro, por lo demás, quién era el ganador de la crisis: Rusia se había cobrado una pieza importante como era Crimea. Cierto es que carecemos de perspectiva suficiente para calibrar cuáles han de ser los efectos de lo ocurrido en marzo de 2014 en relación con el conjunto ucraniano. Y es que uno de los horizontes posibles, que en buena medida dependía del resultado de las presidenciales previstas para finales de mayo, era un definitivo alejamiento de Kíev con respecto a Moscú que hiciese que la victoria rusa no fuese tan evidente. La multiplicación de las incógnitas —

lo único seguro a título provisional es que Rusia tendrá que invertir sumas cuantiosas en Crimea, moderadamente compensadas por el ahorro en el arrendamiento de Sebastópol y por lo que cabe intuir que sucederá con los precios del gas vendido a Ucrania— hace que sea más que probable que las cancillerías occidentales se muestren arrepentidas de algunos pasos que asumieron con ocasión de la confrontación que condujo al exilio, siquiera provisional, de Yanukóvich. Hay quien deberá preguntarse, también, por el legado que la crisis está llamada a dejar en la forma de un creciente desencuentro, acaso inmanejable, entre ucranianos y rusos.

Claro es que otro factor importante lo constituyen las sanciones contra Rusia arbitradas por las potencias occidentales. En el momento en que estas líneas se escriben tienen un aliento muy limitado y más bien simbólico. Se reducen a la prohibición de viajar a la UE y a Estados Unidos que pesa sobre una treintena de responsables políticos de rango menor, a la provisional expulsión del grupo de los ocho , que no olvidemos es un grupo de consulta, y a la decisión de la OTAN en el sentido de ampliar los contingentes militares desplegados en países como las repúblicas bálticas, Polonia y Rumanía. Conviene subrayar que esta decisión no altera mayormente el panorama estratégico, toda vez que no afecta a Estados que Rusia dispute a las potencias occidentales. Lo llamativo es que la medida no alcanza, en cambio, a los países en relación con los cuales sí que hay diferencias de opinión entre Rusia y la OTAN, como es el caso de Ucrania, Moldavia o Georgia. Aunque es legítimo concluir que lo que acabamos de describir remite en cierto grado a un juego de apariencias y no obliga a descartar que antes o después Rusia y las potencias occidentales asuman, como lo han hecho en más de una ocasión en el pasado, una operación de borrón y cuenta nueva, hay quien anuncia, sin embargo, efectos tan inevitables como delicados. Uno de ellos podría ser el hecho de que el nuevo escenario de tensión provoque una huida de capitales que se aprestaban a llegar a los mercados rusos, con secuelas negativas, de rebote, sobre algunas de las economías de la UE.

Hemos hablado ya de incógnitas. En lo que respecta a las que marcan la política occidental no puede descartarse por completo, aunque no parezca lo más hacedero, que la búsqueda de la confrontación vaya a más. Tampoco cabe hacerlo en relación con Rusia, aun cuando lo más probable es que Moscú coloque sus peones —los energéticos, por ejemplo— para evitar que Kíev se deslice con descaro camino de la UE y l a OTAN o, y esto es mucho menos plausible, decida actuar en un recinto tan complejo como el de Transdnistria. No parece demostrado, por lo demás, que Rusia haya sopesado seriamente una intervención abierta en la Ucrania oriental, y ello pese a que en marzo de 2014 aprestó contingentes militares importantes en la frontera correspondiente y a que no faltó alguna declaración en ese sentido en labios del presidente Putin. En este orden de cosas, lo suyo es recordar que a partir del 7 de abril se produjo la ocupación, por milicias rusas —integradas, entiéndase bien, por gentes que, radicadas en el este de Ucrania, se sentían rusas— de difícil adscripción, de edificios públicos en los óblasti de Lugansk, Járkov y Donetsk (donde, por añadidura, se convocó un referendo para el 11 de mayo). No resultaba en modo alguno claro, pese a lo que suelen afirmar de forma taxativa los medios de comunicación occidentales, que esas iniciativas hubiesen sido instigadas por Moscú.

Aunque cualquier afirmación debe enunciarse con todas las cautelas, más bien parecía que configuraban un problema para los gobernantes rusos: si por un lado éstos a duras penas podían esquivar los gestos de apoyo, siquiera sólo fuesen retóricos, a los rebeldes locales, por el otro no era razonable concluir que deseasen un incremento sustancial de las tensiones con Ucrania, que amenazaba con la guerra y parecía dispuesta a desplegar unidades militares y paramilitares, y con las propias potencias occidentales. Tampoco era fácil determinar, por lo demás, qué es lo que demandaban los rebeldes: aunque a buen seguro en algunos casos reclamaban el despliegue de un procedimiento similar al de Crimea —operación tanto más difícil cuanto que en la Ucrania oriental no hay un espacio geográfico acotado y cuanto que, al menos formalmente, en los óblasti mencionados los rusos no son mayoría—, en otros muchos lo que cobraba cuerpo era la reivindicación, una vez más, de la federalización del Estado ucraniano, acompañada de las preceptivas exigencias relativas a la cooficialidad del ruso y a la adopción de un compromiso en el sentido de que Kíev no se incorporaría a la OTAN. Las organizaciones locales del Partido de las Regiones, y los oligarcas afines, como Ajmétov, parecían pronunciarse, en cualquier caso, por una negociación que abocase en la adopción de medidas como las reseñadas. Ante estas reclamaciones, y por lo que se intuye, las autoridades ucranianas seguían empeñadas en distinguir entre la descentralización , que estaban dispuestas a acatar, y la federalización , que como es sabido interpretaban que constituía la antesala de una eventual secesión. Hay motivos para concluir, aun así, que los nuevos gobernantes en Kíev habían decidido asumir medidas encaminadas a encarar una queja muy común en el oriente ucraniano: la que sugería que el oeste del país estaba expoliando, vía onerosos impuestos, la riqueza generada en el este de aquél. Más allá de todo lo anterior, lo razonable era admitir que algunas de las muchas incógnitas que nos ocupan debían ser despejadas al calor de las elecciones del 25 de mayo, sin que en el momento en el que estas líneas se escriben pueda pronosticarse la conducta que, en relación con ellas, asumirán la población rusa o el recién mencionado Partido de las Regiones. Fácil es adelantar, de cualquier modo, que esas elecciones se convertirán en una nueva fuente de controversias.

El 17 de abril, y al amparo de una reunión en la que se dieron cita Ucrania, Rusia, la UE y Estados Unidos, se alcanzó en Ginebra un principio de acuerdo sobre la Ucrania oriental. En virtud de lo pactado, las milicias rusas que se habían hecho fuertes en un puñado de edificios públicos de varias de las ciudades de la región debían entregar las armas y abandonar esos edificios, en el buen entendido de que sus integrantes se beneficiarían de una amnistía. Del lado ucraniano, y pese a lo antes dicho, las autoridades se comprometieron a asumir una reforma de la Constitución que apuntase a lo que en un par de ocasiones en este texto hemos llamado federalización , de tal suerte que las regiones con activa presencia de población rusa pasasen a disfrutar de derechos de autogobierno importantes. Dos eran las dudas que pendían sobre el acuerdo que ahora nos interesa: mientras la primera se refería a su acatamiento por las milicias rusas —no estaba claro que Moscú tuviese al respecto el ascendiente suficiente—, la segunda recordaba que las autoridades ucranianas que lo habían suscrito constituían un poder provisional que, de más que dudosa legitimidad, mostraba capacidades por lógica limitadas en lo que hace a eventuales reformas constitucionales. No

debía pasar inadvertido, por lo demás, que, como quiera que al amparo del acuerdo de Ginebra nadie se había referido a Crimea, parecía servida la conclusión de que el contencioso correspondiente quedaba cerrado en provecho de Rusia.

Aunque, como puede apreciarse, no hay ningún motivo para albergar certeza alguna en relación con el futuro ucraniano, en Kíev como en Járkov, en Lugansk como en Donetsk, la mayoría de los expertos concluía que los intereses creados, y ante todo los vinculados con el negocio de la energía, eran suficiente mecanismo de freno para nuevas aventuras militares. Pero los expertos también se equivocan.

El mar Negro: el entorno estratégico

El mar Negro ocupa un lugar llamativo en el planeta, entre el Caspio —y a su lado el Asia central—, el oriente próximo y el sudeste europeo. Mide unos 1.150 kilómetros de oeste a este y unos 600 de norte a sur, con un total de 413.000 km^2 (véase mapa [4]) [143] . Es, por lo demás, lo que se suele describir como un mar semicerrado , en la medida en que, para abandonarlo y salir a otro abierto, es preciso cruzar primero el Bósforo y el Dardanelos, en manos de Turquía, un Estado miembro de la OTAN, y más adelante el estrecho de Gibraltar, que controlan Marruecos y otros dos países integrantes de la Alianza Atlántica: España y el Reino Unido.

Si desde hace tres siglos el Negro ha sido escenario de una confrontación —unas veces franca, ot ras soterrada— entre rusos y turcos, durante mucho tiempo ha constituido una suerte de tierra de nadie o, lo que es a los efectos lo mismo, un lugar de tránsito hacia emplazamientos más importantes. Tal vez sea esta condición la que a menudo haya aconsejado identificar lo que algunos estudiosos describen como una “región ampliada del mar Negro” que abarcaría también los Balcanes, el Cáucaso, la cuenca del Caspio y algunos territorios emplazados hacia el sur. Hablamos, en fin, de un área tan heterogénea que los expertos no tienen claro que sea una región de perfiles asentados y dudan de la existencia de elementos comunes. De haber existido éstos en el pasado, lo normal es que se aduzca que habrían quedado un tanto diluidos de la mano del choque provocado por la guerra fría y de la separación entre culturas y religiones, con agentes externos que habrían tirado de unos y otros, y con una vida autónoma más bien liviana.

De la complejidad del mar Negro y de su entorno dan cuenta fidedigna realidades muy dispares. Reseñemos entre ellas la confrontación histórica que han protagonizado Rusia y Turquía, las fracturas que marcaría el choque de civilizaciones , la existencia de conflictos abiertos o mal cerrados —ahí están los de Abjazia, Osetia del Sur, Transdnistria y, ahora, Crimea, una lista a la que habría que añadir otros focos de tensión registrados en áreas cercanas, como los que se revelan en Bosnia, Kosova, Macedonia, Chechenia, Nagorni-Karabaj, Kurdistán y Chipre—, la presencia de numerosas minorías étnicas en peligro —así, y por ejemplo, los tártaros de Crimea—, la importancia de los gasoductos y los oleoductos que surcan el mar o las tierras aledañas, el despliegue de migraciones ilegales y de intensos tráficos de drogas y de armas casi siempre controlados por activas redes del crimen organizado, y, en suma, el asestamiento de agresiones

ecológicas no precisamente menores en un escenario en el que las medidas de protección son escasas. Hay que subrayar que muchos de los elementos que acabamos de rescatar estaban ausentes, o exhibían un relieve reducido, en los años de la guerra fría que libraron Estados Unidos y la URSS.

Para completar el panorama, hay que agregar que en la realidad presente del mar Negro participan organizaciones internacionales varias. Mencionemos al respecto, y en primer lugar, a la OTAN, que, implantada desde 1952 en Turquía, se ha expandido en los últimos años por la parte europea del Negro, y ello pese a que la disolución del bloque soviético parecía restar sentido a su presencia y, más allá de ésta, a su existencia. Pero hay que anotar también el nombre de la UE, una vez que desde 2004 Rumanía y Bulgaria se convirtieron en miembros de pleno derecho (en 1964 Turquía había accedido a la condición de miembro asociado de la Comunidad Económica Europea). Y conviene rescatar, en fin, los nombres de la asociación que se conoce como GUAM —ya nos hemos referido a ella— y de la llamada “zona de cooperación económica del mar Negro”, que tiene, como su nombre indica, una vocación de cooperación plasmada en el designio de crear una zona de libre comercio e incorpora a Albania, Armenia, Azerbaiyán, Bulgaria, Georgia, Grecia, Moldavia, Rumanía, Rusia, Turquía y Ucrania.

Como quiera que ya hemos señalado que el Negro es un mar semicerrado, está servida la conclusión de que, a menos de que cambie notablemente el panorama planetario, su relieve geoestratégico es limitado, o al menos lo es si procuramos transcender el ámbito propio de los países ribereños. Ello no es óbice para recordar que algunas de las instancias internacionales recién mencionadas, y en su caso algunos de los Estados que las amparan, han movido ficha en las dos últimas décadas en el Negro, con la visible intención de mejorar sus posiciones de cara al futuro. Si ya sabemos que la UE se asoma hoy en día a sus riberas a través de Rumanía y Bulgaria, y que la OTAN controla las orillas occidental y meridional de aquél, obligado es referirse también a Estados Unidos, que no parece hacer ascos a la perspectiva de emplear el mar que nos ocupa como una atalaya que permita a la vez hacer frente a Rusia y encarar los problemas del vecino oriente próximo. Para ello son vitales la colaboración del aliado turco y la creciente presencia militar norteamericana en Rumanía y Bulgaria, a la que se añaden las numerosas bases de las que Washington disfruta en lo que antes describimos como “región ampliada del mar Negro”.

Ya hemos sugerido, con todo, que si hay motivos para dudar del relieve estratégico planetario del Negro, no los hay, en cambio, y claro, para hacer otro tanto con su importancia para los países ribereños. En el caso de Rusia se impone recordar, ante todo, su precaria salida al mar, tanto en el Báltico como en el Negro, a lo que se suma la condición semicerrada de ambos recintos. El hecho de que el Negro constituya la única salida marítima meridional de Rusia tiene, aun así, un relieve menor si lo comparamos con la certificación de que a orillas de aquél se hallan dos Estados (Ucrania y Georgia) que las potencias occidentales disputan a Moscú, con el riesgo, en la trastienda, de que el mar que nos ocupa se convierta en un recinto euroatlántico.

Lo de Turquía es harina de otro costal, toda vez que el país ha heredado tensiones que hunden sus raíces en etapas pasadas —así, la mantenida con Rusia o la derivada de la presencia de importantes poblaciones turcófonas que viven en los territorios de la antigua URSS— y en procesos más recientes, como los vinculados con la colisión entre la OTAN, por un lado, y Rusia (u, otrora, la URSS), por el otro. Las cosas como fueren, las convulsiones en el norte del mar Negro no parecen preocupar en exceso a Turquía, más inquieta por lo que sucede en sus fronteras orientales y meridionales o por lo que ocurre al amparo de su confrontación atávica con Grecia. Esto al margen, en los últimos años se han limado muchas de las asperezas entre Ankara y Moscú. Si los intercambios comerciales entre los dos países han crecido notablemente y Rusia aporta el 70 por ciento del gas que consume Turquía —lo más sencillo es que ese porcentaje se incremente —, ninguno de los dos Estados ve con buenos ojos una eventual incorporación de Ucrania y de Georgia a la UE [144] , circunstancia a la que se agregan los problemas que de un tiempo a esta parte marcan las relaciones de Turquía con Estados Unidos en relación con Iraq y Palestina. Lo anterior no significa que falten las desavenencias entre Ankara y Moscú. Recordemos, por ejemplo, que desde mucho tiempo atrás se han manifestado a través de diferencias importantes en lo que respecta a conflictos como los de Kosova, Bosnia y Chechenia, o en lo que se refiere a las sucesivas ampliaciones de la OTAN [145] . Cierto es que algunas de esas desavenencias se han visto mitigadas en los últimos años, como lo testimoniaría al cabo el acuerdo sobre la conveniencia de asimilar sin más a tramas terroristas los contenciosos de Chechenia y el Kurdistán [146] .

No está de más que formulemos algunas precisiones en lo que atañe al papel de Crimea en las diferentes tramas que acabamos de rescatar. La península ha desempeñado un papel relevante en lo que atañe a los intercambios económicos entre los países ribereños, y ello tanto en lo que atañe a los productos rusos como a los ucranianos. Esta última circunstancia justifica el interés de Kíev por controlar un territorio que tiene, ciertamente, su importancia por el turismo que atrae, por los yacimientos de materias primas energéticas que pudiera albergar y por el transporte marítimo. Aunque ya hemos sugerido que en los últimos años a menudo se ha señalado en Rusia que en el caso de que la flota del mar Negro dejase de estar presente en Crimea el principal ganador sería Turquía —Ucrania, conforme a este argumento, quedaría desprotegida—, lo cierto es que ha resultado difícil apreciar el vigor de una eventual amenaza turca, tanto más cuanto que el principal mecanismo de control que Ankara puede ejercer en el mar Negro no es otro que el que pasa por el Bósforo y el Dardanelos. Por lo demás, y con una Crimea integrada en Ucrania, Turquía tenía pocos motivos para buscar la agitación entre los tártaros locales, toda vez que se suponía que la Ucrania independiente era un aliado, bien que relativo, de Ankara frente a Moscú. Si bien es lícito alimentar dudas con respecto al hecho de que la anexión rusa de Crimea vaya a modificar sustancialmente el panorama del mar Negro —no olvidemos que en muchos ámbitos la península era, de hecho, rusa—, admitamos que el escenario bien puede cambiar, aunque a duras penas lo hará abruptamente, con una Crimea integrada en Rusia. En un sentido más general, es inevitable reconocer que el Negro adquiriría un peso innegable de reaparecer tensiones que recuerden a la guerra fría . Habría tocado a su fin, entonces, una etapa de

un par de decenios en los que el mar que nos interesa habría recuperado en plenitud, bien que efímeramente, su condición de tierra de nadie. Y pese a que el impulso del cambio lo pueden aportar movimientos de la gran potencia del norte, Rusia, mucho más probable es que llegue de un país, Estados Unidos, firmemente decidido a ratificar su control sobre las riquezas energéticas de oriente próximo y a apuntalar, en paralelo, el cerco sobre imaginables competidores.

V. La conducta de Rusia: entre miradas cruzadas

Si así se quiere, los dos objetivos mayores de la política exterior rusa son la defensa de los intereses del país, en particular los económicos, y el mantenimiento de una esfera de influencia propia. Bien es verdad que esos dos objetivos se ven modulados por un hecho importante: a diferencia de las otras repúblicas exsoviéticas, Rusia ha heredado visiblemente una lógica imperial y, con ella, buena parte de los instrumentos que sirvieron a ésta en el pasado. Conforme a esta percepción, el extranjero cercano estaría esperando una reunificación como la alemana [147] . No olvidemos al respecto que Putin en momento alguno ha ocultado lo que, de su parte, cabe entender que es cierta nostalgia de lo que significó, en términos imperiales, la URSS, acompañada a menudo del recordatorio de que las cosas hubieran ido mejor si la Unión Soviética no hubiese entregado plácidamente los países de la Europa central y balcánica que eran sus aliados [148] . En la trastienda salta a la vista que la ideología del pasado —olvidemos la discusión sobre cuál era en realidad esa ideología— se ha visto sustituida en el presente por el designio de mantener, o de recuperar, la condición de gran potencia.

Con semejantes mimbres a duras penas puede sorprender que Rusia m uestre particular empeño en defender un modelo que entiende tan singular como saludable. Recuérdese al respecto que, tras afirmar Putin en repetidas ocasiones que comparte los valores de la libertad, la democracia, la justicia y los derechos humanos, suele agregar que el significado preciso de esos valores y el ritmo de su aplicación no tienen por qué ser los mismos en Rusia que en el mundo occidental, tanto más cuanto que la primera, que ha decidido garantizar en plenitud su soberanía y su defensa, rechaza todo tipo de injerencias. Cuando a Putin se le ha preguntado si la política rusa en algunos países del extranjero cercano , como Georgia o Ucrania, no responde a un espasmo imperial, lo común es que haya respondido que en modo alguno es así. Desde su percepción, lo que Rusia desea es garantizar la libertad, la democracia, la justicia y los derechos humanos en los países en cuestión, y ello en virtud de la certificación de que Moscú comparte con ellos una misma cultura y unas mismas querencias [149] . Cierto es que el juicio que merecen estas palabras no puede ser sino controvertido, tanto más si a los habitantes de los países afectados no se les ofrece otra alternativa que la de acatar lo que Rusia estima conveniente para ellos. Las cosas como fueren, para Moscú las concesiones han tocado a su fin, de tal forma que, una vez verificadas las sucesivas ampliaciones de la OTAN en la Europa central y oriental, el empeño del Kremlin es evitar que Ucrania, Moldavia y Georgia se sumen a la Alianza [150] .

Fuera del extranjero cercano la apuesta principal de Rusia es lo que, no sin equívocos, se suele describir como multilateralismo. Al respecto Moscú

defiende, al menos formalmente, la igualdad de los Estado s, la no injerencia y el respeto mutuo, propugna el protagonismo de las Naciones Unidas —una instancia en cuyo Consejo de Seguridad, no se olvide, Rusia disfruta de un derecho de veto— y reclama la disolución de organizaciones como la Alianza Atlántica. El multilateralismo ruso ha acarreado el establecimiento de nuevas alianzas, fundamentalmente en Asia, de la mano de movimientos orientados a mejorar las relaciones con Turquía, Irán, la India y China, de la participación rusa en el foro de cooperación económica Asia-Pacífico, de la implicación en la Asociación de las Naciones del Asia del Sudeste o del desarrollo de la Organización de Cooperación de Shanghái [151] que, con objetivo mayor en la lucha contra “el extremismo, el terrorismo y el separatismo”, agrupa también a China, Kazajstán, Kirguizistán, Tayikistán y Uzbekistán [152] . Pero el ascendiente del multilateralismo se apreciaría, por añadidura, al amparo de instancias como la que acoge a los BRIC (Brasil, Rusia, India, China: las economías emergentes) o a través del llamado grup o de los veinte , que Moscú ha subrayado es mucho más relevante que el de los ocho .

Obligado es recordar, ciertamente, que son muy numerosos los analistas que, tras interpretar que incorpora dosis ingentes de oportunismo, recelan del multilateralismo que abrazaría el Kremlin. A los ojos de muchos de esos expertos, Rusia habría asumido la defensa de enfoques multilaterales por cuanto sería consciente de su debilidad de los últimos decenios, de tal manera que, una vez ésta quede atrás, dejaría de lado los enfoques en cuestión [153] . La defensa, por Rusia, de un orden internacional más democrático no puede suscitar sino escepticismo, habida cuenta de muchos de los códigos de conducta que Moscú aplica. En esta línea argumental, Ivan Krastev considera que el Kremlin y la Casa Blanca no son tan diferentes como una primera y superficial lectura invitaría a concluir: “Rusia cree en el poder, en el unilateralismo y en el designio de satisfacer, sin restricciones, los intereses nacionales. […] Los instintos de la política exterior rusa son más ‘norteamericanos’ que ‘europeos’” [154] (olvidemos en este caso la glosa de lo que de idealización de la UE pueda haber en el último adjetivo).

Esa comunidad, bien que relativa, de proyectos se revela, del lado ruso, de otra forma sugerente: a través de cierta nostalgia de la guerra fría . En el panorama internacional a Moscú le agradan aquellas realidades que permiten moverse en pie de igualdad con Estados Unidos. Le gustan, por ejemplo, las exhibiciones de poder militar, los acuerdos de control de armamentos o, de nuevo, la Organización de las Naciones Unidas, que permiten escenificar viejos tiempos. El Consejo de Seguridad, en tal sentido, es mucho más importante que el grupo de los ocho , en el que Rusia —téngase presente— no disponía de derecho de veto alguno y en el que oficiaba como una suerte de hermano menor que se encontraba allí de favor (Moscú no forma parte, en cambio, del grupo de los siete , que adopta decisiones relevantes de carácter económico y financiero) [155] .

Lo ocurrido en marzo de 2014 en Crimea permite, por lo demás, que Rusia reaparezca de manera sólida en la agenda de preocupaciones de Estados Unidos, con consecuencias difíciles de evaluar en un escenario en el que esa reaparición se ve un tanto desdibujada por el hecho de que Moscú comparte el mismo sistema económico, y muchos intereses, con las potencias occidentales.

Occidente visto desde Rusia

Si hay un primer rasgo que destaca en la percepción rusa de lo que suponen hoy las potencias occidentales, ese rasgo es la certificación de que Moscú ha mostrado una excelsa paciencia con estas últimas sin recibir a cambio nada relevante. Desde esa atalaya se sobreentiende que Rusia ha intentado, sin éxito, estrategias tan distintas como la integración, la colaboración y la confrontación moderada. Puede discutirse, ciertamente, si esas estrategias han sido opciones voluntariamente asumidas o se han visto marcadas, antes bien, por las restricciones propias de cada momento.

Las cosas como fueren, a los ojos de Rusia no queda sino extraer un balance negativo de las etapas de colaboración con las potencias occidentales, un balance acompañado, bien es cierto, de recelos atávicos en lo que se refiere a la apertura de una relación sólida con China. Que las potencias occidentales no han premiado la colaboración, o la aquiescencia, de Moscú quedó bien a las claras en los primeros años de la presidencia de Yeltsin y en los que siguieron a los atentados del 11 de septiembre de 2001. A menudo se olvida, por lo demás, que Rusia ha llegado a aceptar algún grado de integración en la OTAN, testimoniado por su vinculación con las operaciones de paz desarrolladas entre 1996 y 2003 en la antigua Yugoslavia, por el acuerdo de 2005, que permitía la participación de contingentes rusos en fuerzas de mantenimiento de paz bajo mando de la Alianza Atlántica, o por la implicación frecuente en maniobras conjuntas [156] . Más allá de lo anterior, al amparo del Consejo OTAN-Rusia se han abierto mecanismos de consulta entre sus integrantes, sin que ello haya tenido ninguna consecuencia en materia de garantías de seguridad o vetos ante eventuales medidas de la contraparte [157] . Para cerrar el panorama, en fin, es muy frecuente que se recuerde que los países occidentales han dado la espalda a cualquier perspectiva que acarree conceder a Rusia un trato comercial favorable.

Aun cuando la percepción que sigue es, a buen seguro, recíproca, Rusia estima que, como quiera que resulta imposible confiar, en particular, en Estados Unidos, Moscú se ha comportado con una enorme ingenuidad cuando se ha inclinado por colaborar con quien no deseaba tal colaboración. Conforme a esta visión, se percibe a las potencias occidentales como competidores descarnados que porfían en una apuesta por privar a Rusia del control sobre países importantes —Ucrania y Georgia, las repúblicas del Asia central—, al tiempo que no dudan en trazar oleoductos —así, el que comunica Bakú, Tbilissi y Ceyhan— y gasoductos —como el que recorre el trayecto entre Bakú, Tbilissi y Erzurum— que aspiran a disputar a Moscú el negocio del transporte de las materias primas energéticas extraídas en la cuenca del Caspio. En Rusia se estima, en fin, y no sin razón, que los datos económicos positivos que la economía del país puede presentar no son del agrado de muchos de los gobiernos occidentales, que aprecian en ellos un

cimiento para una mayor influencia internacional del gigante del este europeo. Una de las respuestas de Moscú ante semejante escenario ha sido, a buen seguro, un repliegue sobre sí mismo.

Si se trata de dar un paso más, lo suyo es subrayar que son muchos los círculos de opinión en Rusia que consideran que el mundo occidental está empeñado en acome ter un cerco en toda regla sobre el país. La estrategia maestra al res pecto consistiría entonces, y ante todo, en disputar a Moscú su agostada zona de influencia en Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Georgia, Moldavia y Ucrania. En esa operación estarían inmersos Estados Unidos —a través de su presencia creciente en el Cáucaso, el Asia central y, ahora, Ucrania—, la UE —merced a sus ampliaciones en la Europa central y del este—, la OTAN —con el concurso de la incorporación de nuevos Estados y de una presión militar cada vez mayor—, el islam radical —que a menudo se entiende está manipulado por Estados Unidos— y, en cierto sentido, la propia China —en su doble condición de competidor importante y amenaza demográfica—. En una de sus dimensiones primarias el cerco en cuestión, indeleblemente marcado por el unilateralismo de Estados Unidos y de la Alianza Atlántica, obedecería al objetivo, enunciado por Aleksandr Dugin, de hacer de Rusia un país “débil, obediente, dependiente y subordinado” [158] .

Conviene agregar, aun con todo, una última percepción muy extendida en Rusia: la que considera que, pese a la apariencia de poderío, las potencias occidentales, y en particular Estados Unidos, han entrado en una irrefrenable fase de decadencia. Así lo testimoniarían, desde esta perspectiva, factores tales como la incapacidad militar demostrada en países como Afganistán e Iraq, la visible pérdida de vivacidad económica y el surgimiento espectacular de otros polos alternativos, y entre ellos, en lugar prominente, el chino.

Rusia vista desde Occidente

Del otro lado del espejo, el occidental, no menudean los elogios a la condición presente de Rusia. Ésta se retrata comúnmente como un país autoritario que, poco fiable, violenta las libertades más básicas, ha generado una economía de mercado llena de anomalías, colabora abiertamente con regímenes impresentables y, al cabo, se ha inclinado por no deshacerse de buena parte de la herencia soviética. En semejantes condiciones no habría ningún motivo de peso para aceptar una Rusia que se desenvuelva en pie de igualdad: estaríamos ante lo que a la postre sería una potencia de segundo orden, bien que dotada, claro, con varios centenares de armas nucleares. Si el país ha salido de la crisis de finales del siglo XX, algo que se pone a menudo en duda, lo ha conseguido, por lo demás, con el concurso de flujos visiblemente autoritarios y de la mano de una dramática dependencia con respecto a las materias pr imas energéticas que no puede provocar sino recelos.

Para que nada falte, Rusia se presenta las más de las veces como una potencia agresiva. Ahí estaría, para certificarlo, el proyecto e uroasiático, que, con una pátina cultural-civilizatoria en la que se dan cita un idealismo reaccionario y una suerte de imperialismo suave , ampararía lo que en los hechos es una propuesta de franca contestación de lo que significan Estados

Unidos y la UE (y ello por mucho que resulte difícil barruntar en las políticas de Putin el designio de plantar cara a la globalización capitalista en alguna de sus manifestaciones). Siempre que, en semejante escenario, se hacen valer noticias que sugieren que Rusia ha decidido defender su estabilidad y su seguridad se interpreta que las medidas correspondientes son la antesala de un espasmo imperial. La consecuencia última, en suma, es que Moscú gusta de atribuirse derechos que no le corresponden, como los que invitan a controlar exhaustivamente lo que ocurre en lo que, desde la percepción occidental, se entiende que es una zona de influencia más que cuestionable. Como no había de ser menos, el efecto postrero de todas estas percepciones es la idea de que Rusia no puede sino suscitar desconfianza y recelos.

Claro es que el discurso común en el mundo occidental, a menudo replicado por los medios de comunicación, se asienta, también, en el despliegue de formas de obscena doble moral. Siempre es Rusia —no Estados Unidos o la UE— la que supone un peligro y la que amenaza. Estados Unidos ha protestado repetidas veces ante la venta de armas rusas a Irán, Siria o Venezuela, olvidando al respecto que esas transacciones eran legales y esquivando, más aún, que Ru sia tiene derecho a sentirse igualmente inquieta ante las ventas de armas que Washington realiza en provecho de países como Georgia o Azerbaiyán [159] . A la hora de sopesar la deriva ucraniana contemporánea hay que preguntarse qué ocurriría, por lo demás, si en México un gobierno amigo de Estados Unidos fuese derrocado en virtud de una revuelta popular amparada desde el exterior: ¿se quedaría Washington con los brazos cruzados o, antes bien, y como parece, asumiría abrasivas estrategias de respuesta? Al fin y al cabo, y en un plano distinto, si a la UE no le preocupó un genocidio en toda regla en Chechenia, ¿por qué habría de inquietarle que, de manera formalmente pacífica, Crimea cambie de manos?

Las dos potencias de antaño: Rusia y Estados Unidos

La relación de Rusia con Estados Unidos ha pasado por tesituras diferentes en el transcurso de las dos últimas décadas. Estados Unidos no dudó en respaldar a un presidente ruso débil, Yeltsin, que mal que bien, al asumir posiciones poco confrontacionales, respondía a los intereses de Washington. Con Putin las cosas fueron bien en primera instancia, cuando la cruzada supuestamente antiterrorista de George Bush hijo recibió un franco y caluroso respaldo del lado de Moscú. Sabido es que la tesis que hemos defendido en estas páginas afirma que la prepotencia norteamericana colocó a Rusia, sin embargo, ante la necesidad inexorable de buscar caminos más independientes y menos complacientes con Estados Unidos. Desde 2007, y bien es verdad que con el incierto paréntesis obamiano, los focos de tensión se han multiplicado, como lo testimonian las disputas sobre los límites de las ampliaciones de la OTAN (y de la UE), la deriva del escudo antimisiles estadounidense, las secuelas de las llamadas revoluciones de colores, las controversias sobre Libia y Siria, los hechos bélicos que se hicieron valer en Georgia en 2008 y, ahora, la crisis ucraniana en sus diferentes manifestaciones.

Rusia sigue jugando, en cualquier caso, con la apariencia de que puede tratar de igual a igual a Estados Unidos, o al menos de que puede hacerlo en

el extranjero cercano , como lo certificarían sus triunfos, bien que relativos, en Osetia del Sur, Abjazia y Crimea, el fracaso de las recién mentadas revoluciones de colores o la remisión de la influencia norteamericana en Asia central. Frente a esos éxitos, Washington no parece dar su brazo a torcer, y en el mejor de los casos acepta que Rusia imponga reglas del juego de obligado cumplimiento únicamente en su territorio (recuérdese al respecto, por cierto, que no han sido frecuentes ni consistentes las críticas de la Casa Blanca ante lo ocurrido en Chechenia al calor de las dos guerras libradas en esta república). Bien es verdad que, a manera de réplica general, y con un carácter más simbólico que real, Moscú ha buscado un incremento progresivo de su presencia, en algunos casos también de su influencia, en lugares tan dispares como el oriente próximo, el lejano oriente o e l Caribe.

Se antoja sencillo anotar las críticas principales que Estados Unidos merece en los circuitos oficiales en Rusia. La primera señala el unilateralismo de la política norteamericana, descaradamente volcada en una defensa de la primacía radical de los intereses propios. Esa política se caracterizaría, además, por una inoc u ltada agresividad, que habría obligado a Rusia, y a China, a emplear en varias ocasiones el Consejo de Seguridad para poner freno a los espasmos militaristas de la Casa Blanca. En la visión de Moscú, y por añadidura, no hay motivo alguno para dar crédito a la retórica que sugiere que Estados Unidos defiende la democracia y la libertad en todo el planeta. La posición de Washington lo sería, antes bien, de una prepotencia sin límites, como la que, entre 2001 y 2006, invitaba a esperar que Rusia trabajase activamente para Estados Unidos sin recibir nada a cambio. En tal sentido, y a los ojos de los dirigentes rusos, Estados Unidos no está dispuesto a colaborar franca y lealmente con países que considera pueden ser competidores importantes. A este respecto conviene subrayar, por lo demás, que los intercambios comerciales entre Rusia y Estados Unidos siguen siendo débiles, de tal forma que no opera ningún mecanismo de anclado de las políticas de unos y otros. Agreguemos, en suma, que en ocasiones, no siempre, Moscú parece consciente de que la política norteamericana presenta aristas varias a las que hay que prestar atención. Limitémonos a recordar, a guisa de ejemplo, que a Estados Unidos le interesa una Ucrania dentro de la UE, no sólo para debilitar a Rusia, sino también para hacer otro tanto con la propia UE. Ya hemos tenido la oportunidad de apuntalar la idea de que Washington ha movido a menudo sus peones —ahí está el ejemplo de la crisis del verano de 2008 en Georgia— sin aparentemente detenerse a pensar cuáles eran las consecuencias para la UE.

Estamos en la obligación, con todo, de añadir un dato más: aunque en la relación bilateral ruso-norteamericana opera a buen seguro una inercia de confrontación heredada de la guerra fría , y en cierto sentido alimentada por las dos partes, la colisión ideológica de antaño se ha desvanecido, de tal suerte que hoy se revelan sobre el terreno dos sistemas que abrazan el capitalismo, bien que conforme a reglas eventualmente distintas. En tal sentido Moscú comparte con Washington intereses comunes, unos y otros han abrazado una parecida percepción en lo que se refiere a las amenazas terroristas, y en singular a la p rocedente del islam rigorista, y, pese a desencuentros relativamente importantes —Kosova, Iraq, Libia, Siria, Irán—, Rusia ha oficiado de intermediario en situaciones de las que Estados Unidos

ha sacado partido. En semejante escenario no puede sorprender que, al cabo, y por lo general, Moscú se haya contentado con enunciar críticas moderadas de la política de Estados Unidos. Llamativamente esas críticas no alcanzan al capitalismo como sistema y no le prestan atenc ión a las agresiones ecológicas en curso ni al expolio de los países del Sur. Demasiados flancos de la política norteamericana quedan, entonces, al margen de la contestación.

Rusia y la Unión Europea

La luna de miel inicial que mantuvieron, con Yeltsin, la UE y Rusia quedó interrumpida a mediados de la década de 1990. En la percepción de Moscú, la razón principal de esa crisis la aportó el hecho de que la UE era incapaz de desmarcarse un ápice de una OTAN indeleblemente lastrada por el dictado norteamericano. La incorporación a la UE de nuevos socios procedentes de la Europa central y balcánica —y en particular la de Polonia y las tres repúblicas bálticas— provocó, por lo demás, en virtud de la tensa relación histórica que muchos de ellos mantenían con Rusia, una degradación de los vínculos con Moscú. Al poco Bruselas procuró hacerse presente en países que el Kremlin consideraba forman parte de su núcleo de intereses, como es el caso de Moldavia, Ucrania, Bielorrusia, Georgia, Armenia y Azerbaiyán. Y al respecto no tuvieron mayor éxito los fugaces intentos rusos encaminados a romper la unidad entre Estados Unidos y la UE. El más notable se registró acaso al calor de la guerra librada en Osetia del Sur en 2008, cuando Moscú apreció divisiones entre Washington, claramente alineado con las autoridades georgianas, y Bruselas, en donde se hacían valer voces más apaciguadoras, más propicias a la búsqueda de acuerdos y, en último término, más condescendientes con Rusia [160] .

Lo anteriormente descrito, que puede resumirse de la mano de la identificación de una relación política débil, no ha acarreado, sin embargo, que los vínculos económicos entre las dos instancias que nos ocupan hayan remitido. Rusia es en este terreno, y en realidad en todos, mucho más importante para la UE que para Estados Unidos. Admitamos que Moscú arrastra, con todo, una actitud ambivalente ante la UE: mientras por un lado acepta su condición de socio comercial de primer rango, por el otro interpreta que ello genera dependencias con respecto a una entidad en la que no se confía y que tiene otras prioridades que la rusa. La relación es, por otra parte, desequilibrada: la mitad del comercio exterior ruso se realiza con la UE, si bien Rusia protagoniza sólo un 6 por ciento de las exportaciones y un 10 por ciento de las importaciones de la Unión [161] . El 63 por ciento del petróleo exportado por Moscú, y el 65 por ciento del gas, se encamina, por otra parte, a la UE, que es responsable del 80 por ciento de las inversiones foráneas —automóvil, alimentación, distribución— en Rusia [162] . No faltan, por añadidura, las inversiones rusas en la UE, notables en terrenos como los de la energía y la aviación. Agreguemos que el desequilibrio de los vínculos alcanza también a los bienes objeto de transacción: mientras Rusia vende hidrocarburos y materias primas, la UE exporta productos manufacturados y equipamiento. Este régimen de mutuas dependencias se ha asentado pese a que no ha funcionado como se esperaba el acuerdo de asociación firmado en 1994, que en sustancia pretendía crear una zona de libre comercio y generar un cuadro jurídico compartido. La

vinculación de Rusia con el Consejo de Europa y con la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) tampoco parece haber sido de ayuda notable al respecto.

Al recelo de una UE que no rompe amarras con Was hington sino que, antes bien, se convierte en punta de lanza de las estrategias y de los intereses norteamericanos, se suma del lado ruso la percepción de que la Unión se deja dividir por Estados Unidos, que mueve sabiamente sus peones en la tarea de debilitar a un competidor importante. Y es que en la percepción rusa lo común es que, dentro de la UE, se identifiquen dos bloques con visiones distintas en lo que respecta a lo que debe hacerse con Rusia. El primero lo integraría un puñado de países hostiles y duros, entre los que se contarían el Reino Unido, Suecia y varios de los nuevos socios, aun cuando alguno de éstos, como Polonia, habría rebajado el tono de su posi ción y otros cuatro (Bulgaria, Eslovaquia, Hungría y Rumanía) habrían preservado relaciones correctas con Moscú. Los integrantes de esta primera lista coinciden en términos generales —no se olvide— con los aliados más fieles de Estados Unidos. En el otro bloque se darían cita, en cambio, varios países que se habrían mostrado blandos, tolerantes o, en su caso, realistas en sus vínculos con Rusia. Hablamos, en lugar prominente, de Alemania —recuérdese lo que significa el gasoducto North Stream— y de Francia —arrastra una tradición de buenas relaciones con Moscú y de distanciamiento con respecto a la política norteamericana—, dos Estados que confluyeron con Rusia en 2003 en la contestación de la intervención militar de Estados Unidos en Iraq. En los hechos, Austria, Bélgica, España, Holanda y las ortodoxas Chipre y Grecia habrían asumido las más de las veces, también, posicio nes conciliadoras con Rusia [163] .

Más allá de la división mencionada, obligados estamos a recordar que dentro de la UE, y ahora sin mayores especificaciones estatales, operan dos grandes percepciones en lo que a Rusia respecta. Mientras la primera entiende que a los países occidentales les interesa una Rusia fuerte que ponga orden en su patio trasero y se comporte como una contraparte comercial sólida, la segunda considera que es preferible lidiar con una Rusia débil y dependiente, incapaz de perfilar un proyecto propio y de defenderlo con entidad, y ello pese al riesgo paralelo de que en su interior se hagan valer convulsiones internas que provoquen tensiones desestabilizadoras. Rusia, por su parte, parece distinguir entre dos Europas: la liderada por la UE y la organizada, en torno a Moscú, en el oriente europeo, una y otra con historias y culturas distintas. En este marco conceptual, la UE interesa a Rusia —da sentido a ese esquema— al tiempo que se presenta como un rival, circunstancia esta última que ha convertido en cosa del pasado los acercamientos de Moscú a Bruselas realizados con el propósito de contrarrestar la influencia norteamericana sobre la UE. Al igual que sucede con la que se interesa por Estados Unidos, en la percepción rusa no siempre despunta la conciencia, en fin, en lo que atañe a la condición de fondo de la política abrazada por la UE, interesada, en lo que a Rusia respecta, en la eventual explotación de una mano de obra barata, en el disfrute de materias primas muy golosas y, en su caso, en la apertura de mercados razonablemente prometedores. Y es que los oligarcas rusos y las transnacionales europeas tienen sospechosos intereses comunes.

VI. Diez conclusiones rápidas

1. A duras penas es imaginable que Rusia sea una potencia meramente regional. Basta con echar una ojeada a su ubicación geográfica, en el centro de las tierras emergidas del norte del planeta, para percatarse de que sus movimientos, o en su caso la ausencia de éstos, tienen por fuerza que ejercer efectos sobre el panorama entero del globo, y ello incluso en los momentos de mayor postración del país. Un Estado que cuenta con fronteras con la UE, que considera que en cierto sentido el oriente próximo es su patio trasero , que sigue desplegando una parte de sus arsenales en la linde con China, que mantiene contenciosos varios con Japón y que choca con Estados Unidos a través del estrecho de Bering no puede ser, por definición, una potencia regional.

Pero Rusia arrastra, por añadidu ra, una singularísima condición geoestratégica. Con fronteras extremadamente extensas, que hacen que el país sea vecino de todas las grandes potencias, a caballo entre Europa y Asia, se trata de un poder continental que debe encarar por igual enormes posibilidades y riesgos evidentes. Agreguemos que estamos ante un Estado que es un productor principal de hidrocarburos, que disfruta de un derecho de veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y que cuenta con un arsenal nuclear importante [164] . Una de las consecuencias plausibles de todo lo anterior es el hecho de que nos hallamos ante uno de los pocos Estados del planeta en los cuales las influencias externas son limitadas o, en su defecto, resultan ser poco eficientes. Ello es así aun cuando la deriva del último cuarto de siglo ha perfilado una Rusia cada vez más inserta en la economía internacional y, por ello, cada vez menos independiente.

1. Rusia se beneficia de evidentes potencialidades, pero arrastra también taras no menos relevantes. Recordemos, sin más, que, al menos en lo que respecta a su territorio europeo, es un país geográficamente desprotegido —los Urales no acertaron a evitar la llegada de un sinfín de pueblos procedentes de Asia, de la misma suerte que las llanuras centroeuropeas no fueron obstáculo para la arribada de los ejércitos de Napoleón en 1808 y de Hitler en 1941—, que carece llamativamente de una salida permanente y hacedera a mares cálidos, que está ubicado en latitudes demasiado septentrionales como para permitir el despliegue de una economía diversificada, que cuenta con ríos que en la mayoría de los casos discurren de sur a norte y a duras penas pueden ser objeto de un uso comercial estimulante o, en fin, que atesora una riqueza ingente en materias primas que se encuentran, sin embargo, en regiones tan alejadas como inhóspitas.

2. Hay quien se pregunta por qué Rusia forma parte del grupo que integran las economías emergentes y que conocemos con el acrónimo de BRIC (recordemos: Brasil, Rusia, la India y China, a los que en ocasiones se agrega el nombre de Sudáfrica). La pregunta es legítima por cuanto Rusia no es ni una economía emergente, ni un Estado que muestre una realidad en ebullición ni un país del Tercer Mundo que haya dejado atrás, presunta o realmente, viejos atrancos. Al cabo parece obligado anotar, por añadidura, que hay diferencias fundamentales entre la textura del modelo ruso y la del que se revela

en los otros espacios mencionados. Una de ellas es el peso, mucho mayor, que tienen en Rusia, sobre el total de las exportaciones, las que se refieren a la energía: un 73 por ciento frente a un 20 por ciento en Brasil, un 19 por ciento en la India y sólo un 5 por ciento en China. Otra la aporta un gasto militar porcentualmente mucho más elevado: un 4,4 por ciento del PIB en Rusia frente a un 2,3 por ciento en la India, un 2 por ciento en China y un 1,5 en Brasil [165] . Para que nada falte, y a diferencia de nuevo de China, la India y Brasil, Rusia es un país con población envejecida y en crisis demográfica abierta.

A la postre las razones que medio ju stifican la presencia de Rusia entre los BRIC remiten a las dimensiones del país, a su poderío militar, a la riqueza en materias primas de diverso cariz y, en cierto sentido, a la voluntad de contestar, en un grado u otro, la hegemonía occidental. Claro es que a las razones anteriores se suma otra más prosaica: el propio designio ruso de apuntalar el vínculo que nos ocupa, desarrollado en la confianza de que fortalece la apuesta por un mundo multipolar, permite que gane terreno el rechazo de las intervenciones militares ajenas y augura la aparición de un nuevo sistema monetario [166] .

1. Es urgente que nos deshagamos de varios mitos que rodean a la figura del presidente ruso, Vladímir Putin. Pese a la apariencia de firmeza, de fortaleza y de eficacia que lo acompaña, lo más probable es que los historiadores no sean muy generosos a la hora de eva luar su gestión. No ha conseguido ree nderezar un maltrecho Estado federal, no ha cerrado con vincentemente el conflicto de Chechenia —aunque en este caso hay que convenir en que los intereses de Putin aconsejaban que quedase razonablemente abierto—, no ha plantado cara a unos oligarcas que en los hechos siguen definiendo la mayoría de las reglas del juego en Rusia, no ha resuelto los ingentes problemas económicos y sociales que marcan de forma indeleble la vida cotidiana de muchos de sus compatriotas y, en fin, tampoco parece que haya recuperado una influencia incontestable en el escenario internacional. Un retrato cabal de la condición de Putin lo proporciona la dramática dependenci a de su proyecto con respecto a los precios de las materias primas energéticas.

2. Los acontecimientos recientes en Ucrania y en Crimea vienen a ratificar un diagnóstico cada vez más extendido: tendremos que acostumbrarnos a lidiar con conflictos sucios en relación con los cuales será cada vez más difícil mostrar una franca adhesión a la posición de alguno de los contendientes. Si se trata de decirlo de otra manera, conflictos como los de Palestina o el Sáhara occidental, que provocan reacciones de inmediata solidaridad con palestinos y saharauis, van a ser más bien infrecuentes en la etapa en la que nos adentramos. A la luz de los argumentos que se vierten en este libro salta a la vista que sobran los motivos para guardar las distancias ante la conducta de todos los agentes importantes que han operado, a finales de 2013 y principios de 2014, en Ucrania. Ahí están, para testimoniarlo, y por lo pronto, los movimientos de las fuerzas naranjas ucranianas que, empeñadas en que Rusia tiene alguna ontológica obligación de vender el gas a precios de favor, tuvieron años atrás la oportunidad de

demostrar, sin éxito, sus arrestos cuando estaban en el gobierno en Kíev. Pero se encuentran también Yanukóvich y los oligarcas del oriente ucraniano que lo respaldaban, empeñados en reproducir, en la escala correspondiente, el modelo que Putin, al amparo de una combinación de magnates y represión, ha desplegado en Rusia (qué patético resulta, por cierto, el designio de buscar en Yanukóvich un dirigente empeñado en la defensa de las clases popular es y en Putin una suerte de Che Guevara del siglo XXI).

Claro es que en la lista de quienes juegan sucio se hallan también las potencias occidentales, que desde hace cinco lustros, y fanfarria retórica aparte, se encuentran pundonorosamente entregadas a la tarea de explotar una mano de obra barata, hacerse con el negocio que auguran materias primas muy atractivas y, llegado el caso, abrir mercados que ofrecen posibilidades sugerentes. Si la UE, por su parte, ha sido singularmente cicatera con Ucrania y bien que ha eludido cualquier compromiso serio de incorporación de ésta a la Unión, del lado de Estados Unidos se han hecho valer los habituales espasmos de control de riquezas y áreas geográficas. En la trastienda, en suma, y con su habitual delicadeza de movimientos, Rusia no ha dudado en esgrimir una lógica imperial por la que no sienten gran afecto, por razones obvias, los pueblos afectados.

1. En relación con la crisis ucraniana hay que prestar atención a la dimensión simbólica, de fuego de artificio, de muchas tensiones. Por momentos pareciera como si todos los agentes importantes asumiesen puntillosamente sus papeles al respecto. Unos y otros tienen que aparentar que están a la altura de los órdagos que han lanzado, y unos y otros están necesitados de contentar a las opiniones públicas respectivas. Mientras la UE, Estados Unidos y la OTAN están obligadas a enunciar sonoras declaraciones de solidaridad con los manifestantes ucranianos, Rusia tiene que alimentar el discurso nacionalista que sus dirigentes han esparcido entre la población. Mientras, como vimos, la UE, Estados Unidos y la OTAN no dudan en promover sanciones que hasta el momento en que estas líneas se escriben han tenido un carácter manifiesta e intencionadamente simbólico, Moscú bien que se ha cuidado de no interrumpir los suministros de gas que se encaminan hacia la Europa central. Lo suyo es recordar, con la misma vocación, que en la trastienda ni Rusia ni China están interesadas en un hundimiento de las economías de la UE y de Estados Unidos, tanto más cuanto que el desmoronamiento del euro y del dólar provocaría una depreciación sensible en las reservas que atesoran (mucho mayores, ciertamente, en el caso chino que en el ruso).

2. Pese a que la prudencia se impone a la hora de enunciar cualquier conclusión incuestionable, no parece que nos encontremos ante una reaparición de la guerra fría. Al respecto cabe invocar dos argumentos principales. El primero señala que, a diferencia de lo que ocurrió al amparo de la colisión entre bloques antes de 1990, en el momento presente no se enfrentan dos cosmovisiones y dos sistemas económicos diferentes. Aunque el capitalismo occidental y el ruso muestren modulaciones eventualmente distintas, es fácil apreciar una comunidad de proyectos e intereses. El segundo de esos argumentos subraya que

existe una distancia abismal entre el gasto en defensa de las potencias occidentales y el que mantiene Rusia. Como recordamos en su momento, son varios los Estados miembros de la OTAN que, cada uno de ellos por separado, han decidido preservar un gasto militar más alto que el ruso. Pero por detrás se aprecian también enormes disparidades en el tamaño de las economías: no se olvide que el PIB ruso, en paridad de poder adquisitivo, es un 15 por ciento del de la UE, y sólo un 8 por ciento si se maneja el tipo de cambio oficial [167] . Y hay enormes distancias, en suma, en lo que se refiere a población y peso en el comercio mundial. Mientras la UE cuenta con 500.000.000 de habitantes y corre a cargo del 16 por ciento de las exportaciones registradas en el planeta, y China tiene 1.300.000.000 de habitantes y protagoniza el 8 por ciento del comercio mundial, Rusia está poblada por algo menos de 145.000.000 de personas —un 2,4 por ciento de la población total— y despliega un escueto 2,5 por ciento de las exportaciones [168] .

3. Tampoco está de más que plantemos ca ra a lo que de un tiempo a esta parte se antoja una inflación de recintos geoestratégicos relevantes. Aun cuando no hay ningún motivo para negar esta condición a los canales de Suez y de Panamá, o a los estrechos de Ormuz y de Malaca, conviene dudar de que otros muchos recintos del planeta sean tan importantes como habit ualmente se sugiere. Así las cosas, y por ejemplo, el relieve ge oestratégico de Ucrania es limitado, diga lo que diga Zbigniew Brzezinski o digan lo que digan los teóricos del euroasianismo, como es el caso de Aleksandr Dugin, para quien la tríada Rusia-Ucrania-Kazajstán es la garantía de futuro de la apuesta correspondiente [169] . Si se trata de adelantar un argumento similar que ya nos ha atraído, el mar Negro es a buen seguro interesante, por razones obvias, para Rusia y Turquía, pero no lo es tanto, en cambio, para los países occidentales. O no lo es, al menos, en tanto el escenario no cambie abruptamente y no pase a incorporar reglas del juego diferentes de las de hoy.

4. A la luz del dis curso monocorde que emiten nuestros medios de comunicación, pareciera como si Rusia no hubiera recibido agravio alguno y se comportase como una potencia agresiva ajena a toda contención. La realidad es, sin embargo, bastante diferente. En lo que al mundo occidental se refiere, Rusia lo ha probado casi todo en el último cuarto de siglo: la docilidad sin límites del primer Yeltsin, la colaboración de Putin con Bush hijo entre 2001 y 2006, y, en suma, una moderada confrontación que era antes la consecuencia de la prepotencia de la política estadounidense que el efecto de una opción propia y consciente. Moscú no ha sacado, sin embargo, provecho alguno de ninguna de esas opciones. Antes bien, ha sido obsequiado con sucesivas ampliaciones de la OTAN, con un reguero de bases militares en el extranjero cercano , con el descarado apoyo occidental a las revoluciones de colores y con un displicente trato comercial. No es difícil, entonces, que, en un escenario lastrado por la acción de una UE impresentablemente supeditada a los intereses norteamericanos, Rusia entienda que está siendo objeto de una agresiva operación de acoso encaminada a reducir las posibilidades de que resurja en el oriente

europeo una gran potencia, y ello por mucho que las diferencias no las marquen ahora ideologías aparentemente irreconciliables, sino lógicas imperiales bien conocidas.

Lo suyo es agregar que lo que anuncia el futuro no es muy halagüeño para los habitantes del este de Europa. Si lo que se aposenta es una Rusia débil, como acarician muchos de los grupos de poder en el mundo occidental, las convulsiones estarán a la orden del día en un espacio en el que la rapiña que se prevé parece llamada a ganar muchos enteros. Si lo que gana terreno, en cambio, es una Rusia fuerte, muchos europeos orientales tendrán la oportunidad de comprobar cómo la presunta comunidad de cultura y de valores con el gran imperio local se traducirá en imposiciones sin cuento. Baste con recordar las que, en este caso con el silencio cómplice de la UE y de Estados Unidos, se han revelado en Chechenia, un lugar en el que, por cierto, cabe aguardar que Putin organice un referendo de autodeterminación similar al que, con razones respetables y garantías deleznables, ha tenido a bien orquestar en Crimea…

1. Es más que probable que, dentro de poco, muchas de las disputas por las que se interesa este libro nos parezcan de relieve menor. Ninguno de los contendientes que hemos identificado, ni los grandes ni los pequeños, parece mostrar conciencia alguna en lo que se refiere a las secuelas de la cor rosión terminal del capitalismo a la que asistimos, a la im previsión con la que éste obsequia a una crisis ecológica que es ya una realidad y a la proximidad del colapso. En semejante escenario bien puede suceder que dentro de unos años, cuando los picos respectivos hayan quedado muy atrás, nos parezcan triviales las disputas sobre cómo, y por quién, deben extraerse, y transportarse, el petróleo y el gas natural. Y nos resulten una broma pesada las supersticiosas intuiciones que, sobre los efectos saludables del cambio climático, se han hecho valer en los últimos tiempos en Rusia. Ojalá no haya quedado atrás también la posibilidad de aplicar los frenos de emergencia de un tren que nos conduce, a marchas forzadas, hacia el abismo.

Notas

1. Jean-Robert Raviot, en VV AA, 2010b, 164.
2. Ibidem , 161.
3. Nazet, 2007, 53.
4. Thomas, 2013, 31.
5. Sideri, 2009, 194-195.
6. Cécile Vaissié, en VV AA, 2010b, 111-112.
7. Nazet, 2007, 78.
8. Nazet, 2011, 234.
9. Marchand, 2007, 38.

10. Thomas, 2013, 123.

11. Sideri, 2009, 84.

12. Tsygankov, 2010, 174.

13. David G. Tarr y Natalia Volchkova, en Aslund y otros, 2010, 221.

14. Dmitri Trenin, en Aslund y otros, 2010, 188.

15. El País , 27 de marzo de 2014.

16. El País , 9 de abril de 2014.

17. Thomas, 2013, 139.

18. Serguéi Guriev y Aleh Tsyvinski, en Aslund y otros, 2010, 14.

19. Ibidem , 13.

20. Nazet, 2011, 213.

21. Ibidem , 235.

22. Thomas, 2013, 129.

23. White, 2011, 156.

24. Nazet, 2007, 67.

25. Thomas, 2013, 127.

26. Nazet, 2007, 78.

27. Timothy Frye, en Aslund y otros, 2010, 80.

28. Marchand, 2007, 44.

29. Thomas, 2013, 144.

30. White, 2011, 186.

31. El País , 27 de marzo de 2014.

32. Serguéi Guriev y Aleh Tsyvinski, en Aslund y otros, 2010, 12.

33. White, 2011, 151.

34. Nazet, 2011, 214-215.

35. Thomas, 2013, 87.

36. Samuel Charap y Gueorgui V. Safónov, en Aslund y otros, 2010, 125.

37. Thomas, 2013, 112.

38. Nazet, 2011, 217.

39. Thomas, 2013, 113.

40. Sideri, 2009, 203-204.

41. El País , 28 de marzo de 2014.

42. White, 2011, 287.

43. Pável K. Báev, en Aslund y otros, 2010, 171 y 178.

44. Serguéi Guriev y Aleh Tsyvinski, en Aslund y otros, 2010, 36.

45. Marchand, 2007, 9.

46. Leclercq, 2012, 305.

47. Nazet, 2007, 130.

48. Leclercq, 2012, 306.

49. White, 2001, 273.

50. Tsygankov, 2010, 141.

51. Ibidem , 142.

52. White, 2011, 274.

53. Dmitri Trenin, en Aslund y otros, 2010, 188.

54. Nazet, 2011, 244.

55. White, 2011, 274.

56. VV AA, 2010a, 1099.

57. Teurtrie, 2010, 280.

58. Laroussilhe, 1998, 3.

59. Ibidem .

60. Ibidem , 21-22.

61. Ibidem , 24.

62. Marchand, 2007, 57.

63. Laroussilhe, 1998, 91.

64. Ibidem , 105.

65. Ibidem , 7.

66. VV AA, 2010a, 1099.

67. Kohut y otros, 2005, 131-132.

68. Marchand, 2007, 57.

69. Teurtrie, 2010, 291.

70. Laroussilhe, 1998, 37.

71. Portal, 1970, 80.

72. Ibidem , 111.

73. Laroussilhe, 1998, 38.

74. Citado en ibidem , 64.

75. Laroussilhe, 1998, 39-40.

76. Ibidem , 12.

77. Ibidem , 88.

78. Teurtrie, 2010, 281.

79. Ibidem , 288.

80. Ibidem , 281.

81. Ibidem , 283.

82. Ibidem , 285.

83. Laroussilhe, 1998, 102.

84. Ibidem , 83.

85. Kohut y otros, 2005, 386.

86. Laroussilhe, 1998, 95.

87. Kohut y otros, 2005, 435.

88. Tsygankov, 2010, 158.

89. Teurtrie, 2010, 152.

90. Ibidem , 290.

91. Kataryna Wolczuk, en Fischer, 2008, 94.

92. Leclercq, 2012, 306.

93. Ibidem , 311.

94. Kataryna Wolczuk, en Fischer, 2008, 96.
95. Rosaria Puglisi, en Fischer, 2008, 57.
96. Ibidem , 60-61.
97. Ibidem , 64.
98. Ibidem .
99. Kohut y otros, 2005, 153.
100. Leclercq, 2012, 308.
101. Kohut y otros, 2005, 23.
102. Laroussilhe, 1998, 108.
103. Kohut y otros, 2005, 387.
104. Laroussilhe, 1998, 120.
105. VV AA, 2010a, 1102.
106. Rosaria Puglisi, en Fischer, 2008, 77.
107. Kohut y otros, 2005, 154.
108. Ibidem , 719.
109. VV AA, 2010a, 1099.
110. Casertano, 2010, 50.
111. Ibidem , 50-51.
112. Ibidem , 51.
113. Ibidem , 53.
114. Susanne Nies, en VV AA, 2010b, 83.
115. Teurtrie, 2010, 158.
116. Casertano, 2010, 58.
117. Ibidem , 2010, 52.
118. Teurtrie, 2010, 152.
119. Susanne Nies, en VV AA, 2010b, 86-87.
120. Casertano, 2010, 56-57.
121. Ibidem , 58.

122. Laroussilhe, 1998, 118.

123. Facon, 2010, 67-68.

124. Jean-Robert Raviot, en VV AA, 2010b, 164.

125. Casertano, 2010, 72-73.

126. Laroussilhe, 1998, 117.

127. Democratic Initiatives Foundation, diciembre de 2012.

128. “Ukraine Plans Sweeping Reform of Armed Forces”, en Kiev Defense-Express , 12 de julio de 2004; https.//www.fbis.portal/server-pt/Gateway, 28 de marzo de 2006.

129. “Defence Reform faces Formidable Challenges”, en Oxford Analitica, 7 de abril de 2005.

130. Burke, 1996, 21.

131. Fisher, 1987, 138.

132. Ibidem , 161.

133. Kohut y otros, 2005, 586.

134. Williams, 2001, 448.

135. Kevin Limonier, en VV AA, 2010b, 72.

136. Ibidem , 68.

137. Ibidem , 72.

138. Ibidem , 66.

139. Sasse, 2007, 225.

140. Nikolái Kovalsky, en Aybak, 2001, 163.

141. Kohut y otros, 2005, 34.

142. Lattanzio, 2009, 79.

143. Cojocaru, 2007, 18.

144. Nazet, 2007, 170.

145. Cojocaru, 2007, 56.

146. Ibidem , 57.

147. Tsygankov, 2010, 206.

148. Anders Aslund, en Aslund y otros, 2010, 228.

149. Tsygankov, 2010, 176.

150. Facon, 2010, 63.

151. Nazet, 2011, 246.

152. Ibidem , 167.

153. Facon, 2010, 177.

154. Citado en ibidem , 110.

155. Facon, 2010, 169.

156. Nazet, 2011, 237.

157. Sideri, 2009, 183.

158. Citado en White, 2011, 310.

159. Tsygankov, 2010, 184.

160. Leclercq, 2012, 367.

161. Ibidem , 368.

162. Sideri, 2009, 81.

163. Leclercq, 2012, 371.

164. Nazet, 2011, 241.

165. Ibidem , 212.

166. Ibidem , 216.

167. Sideri, 2009, 94.

168. White, 2011, 308.

169. Dugin, 2012, 34.

Bibliografía

Afanásiev , Mijaíl (1997): Klientelizm i rossiískaya gosudárstvennost , MONF, Moscú.

Aganbegyan , Abel G. (2009): Krizis: bedá i shans dlia Rossii , Astrel, Moscú.

Aldis , Ann C.; McDermott , N. (dirs.) (2003): Russian Military Reform, 1992-2002 , Frank Cass, Portland.

Aleksandrov , O.S. (2011): Ukraine-Nato: New Conditions and Realities of Collaboration , National Institute of Strategic Studies, Kíev.

Allison , Roy; Light , Margot; White , Stephen (2006): Putin’s Russia and the Enlarged Europe , Blackwell and Chatham House, Oxford.

Allworth , Edward A. (2012): The Tatars of Crimea: Return to the Homeland , Duke University, Durham.

Arel , Dominique y Ruble , Blair A. (2006): Rebounding Identities: the Politics of Identity in Russia and Ukraine , Johns Hopkins University, Baltimore.

Arma ndon , Emmanuelle (2013): La Crimée entre Russie et Ukraine: un conflit qui n’a pas eu lieu , Bruylant, Bruselas.

Aslund , Anders; Guriev , Serguéi; Kuchins , Andrew C. (dirs.) (2010): Russia after the Global Economic Crisis , Peterson Institute for International Economics Center for Strategic and International Studies New Economic School, Washington.

Aslund , Anders y McFaul , Michael (dirs.) (2006): Revolution in Orange: the Origins of Ukraine’s Democratic Breakthrough , Carnegie Endowment, Washington.

Aybak , Tunk (dir.) (2001): Politics of the Black Sea , I.B. Tauris, Nueva York.

Bacon , E dwin y Wyman , Matthew (2006): Contemporary Russia , Palgrave MacMillan, Houndmills.

Baker , Peter y Glasser , Susan (2005): Kremlin Raising. Vladimir Putin’s Russia and the End of Revolution , Scribner, Nueva York.

Bassin , M. y otros (2003): Identichnost i gueografiya v postsovietskoi Rossii , Gelikon Plius, San Petersburgo.

Beacháin , Donnacha Ó y Polese , Abel (dirs.) (2010): The Colours Revolutions in the Former Soviet Republics: Successes and Failures , Routledge, Londres.

Black , J.L. (2003): Vladimir Putin and the New World Order , Rowman and Littlefield, Lanham.

Blanch , Antoni (2004): La herencia soviética. La Comunidad de Estados Independientes y los problemas sucesorios , Tecnos, Madrid.

Blasi , Joseph R. y otros (1997): Kremlin capitalism , Cornell University, Ithac a.

Bonnell , Victoria E. y Breslauer , George W. (dirs.) (2001): Russia in the New Century. Stability or Disorder? , Westview, Boulder.

Breault , Yann; Jolicoeur , Pierre; Lévesque , Jacques (2003): La Russie et son ex-empire , Presses de Sciences Po, París.

Brill-Olcott , M. y Semenova , I. (dirs.) (2001): Yazik i etnicheskii konflikt , Gendalf, Moscú.

Brown , Archie (dir.) (2001): Contemporary Russian Politics. A Reader , Oxford University, Oxford.

Burke , Justin (1996): Crimean Tatars: Repatriation and Conflict Prevention , The Open Society Institute, Nueva York.

Casertano , Stefano (2010): Oro blu. La contesa del gas tra Cina, Russia ed Europa , Fuoco, Rende.

Cojocaru , Doru (2007): Géopolitique de la mer Noire , L'Harmattan, París.

Colomer , Antonio y Flores , Carlos (dirs.) (2002): Rusia, en vísperas de su futuro , Universitat de València, Valencia.

D'A nieri , Paul (2010): Orange Revolution and Aftermath: Mobilization, Apathy, and the State in Ukraine , Johns Hopkins, Baltimore.

DaVanzo , Julie; Oliker , Olga; Grammich , Clifford (2003): Too Few Good Men: the Security Implications of Russian Demographics , RAND, Santa Mónica.

Deliaguin , Mijaíl (2005): Rossiya posle Pútina , Rakurs, Moscú.

Donaldson , Robert H. y Nogee , Joseph L. (2005): The Foreign Policy of Russia. Changing Systems, Enduring Interests , M.E. Sharpe, Armonk.

Dugin , Aleksandr (1997): Osnovi gueopolitiki. Gueopolitichéskoye budúscheye Rossii , Arktogeya, Moscú.

— (2012): Eurasianismo. Ensaios selecionados , Sal da Terra, João Pessoa.

Facon , Isabelle (2010): Russie. Les chemins de la puissance , Artège, Perpiñán.

Fawn , Rick (dir.) (2003): Realignments in Russian Foreign Policy , Frank Cass, Londres.

Felgenhauer , Tyker (2004): Ukraine, Russia and the Black Sea Fleet Accords , Princeton University, Princeton.

Fiódorov , Valeri y Tsuladze , Avtandil (2003): Epoja Pútina: taini i zagadki 'Kremlinskogo dvorá' , Eksmo, Moscú.

Fischer , Sabine (dir.) (2008): Ukraine: quo vadis? , Institute of Security Studies/European Union, París.

Fisher , Alan W. (1987): The Crimean Tatars , Hoover Institution, Stanford.

Gladkin , Y.; Dobrosok , V.; Semeniónov , S. (2000): Sotsialno-ekonomícheskaya gueografiya Rossii , Gardariki, Moscú.

Glazer , O. y otros (2005): Rossiya i ee regioni v XX veke: territóriya, raseléniye, migratsii , OGI, Moscú.

Goldman , Marshall I. (2003): The Piratization of Russia: Russian Reform Goes Awry , Routledge, Londres.

— (2008): Petrostate: Putin, Power, and the New Russia , Oxford University, Oxford.

Golts , Aleksandr (2004): Ármiya Rossii: odinnatsat poteriannij let , Zájarov, Moscú.

Goujon , Alexandra (2009): Révolutions politiques et identitaires en Ukraine et Biélorussie (1988-2008) , Belin, París.

Gustafson , Thane (1999): Capitalism Russian Style , Cambridge University, Cambridge.

Haas , Marcel de (2010): Russia’s Foreign Security Policy in the 21st Century: Putin, Medvedev and After , Routledge, Nueva York.

Hedlung , Stefan (1999): Russia’s ‘Market’ Economy: a Bad Case of Predatory Capitalism , UCI, Londres.

Ivánov , Ivan (2002): Nóvaya rossiískaya diplomatsia , Olma-Press, Moscú.

Ivánov , Vitalii (2006): Antirevoliutsioner: pochemú Rossii ne nuzhna ‘oranzhévaya revoliútsiya’ , Yevropa, Moscú.

Kaplan , Robert D. (2013): The Revenge of Geography , Random House, Nueva York.

Kappeler , Andreas (2011): Die Ukraine: Prozesse der Nationsbildung , Böhlau, Viena.

Karagánov , Serguéi y Yurgens , Ígor (dirs.) (2010): Rossiya vs Yevropa: protivostoyániye ili soyuz? , Astrel, Moscú.

Klaub er , Yevgueni (2012): Political Autonomy and Ethnic Mobilization: Russian-speaking Minorities in Ukraine’s Crimea and Donbas, and Kazakhstan’s Qaraghandy , Lap Lambert, Saarbrücken.

Kohut , Zenon E.; Nebesio , Bohdan Y.; Yurkevich , Myroslav (2005): The A to Z of Ukraine , Scarecrow, Lanham.

Kolésnikov , Andréi (2005): Vladímir Putin. Mezhdu Evropoi i Aziei , Kommersant, Moscú.

Kolosov , Vladímir A. (dir.) (2001): La collocazione geopolitica della Russia , Fondazione Giovanni Agnelli, Turín.

— (2003): Mir glazami rossiyan. Mifi i vnéshnaya politika , Obshestvénnoye mnéniye.

Kolosov , Vladímir A. y otros (2002): Gueopolitika i politichéskaya gueografiya , Aspekt Press, Moscú.

Kolstoe , Paul (1995): Russians in the Former Soviet Republics , Indiana University, Bloomington.

Kostírev , Andréi (2013): Ukraina: bufer ili forum?: mezhtsivilizatsiónnaya kommunikátsiya kak gueopolitichéskaya fúnktsiya Ukraini , Lap Lambert, Saarbrücken.

Kubicek , Paul. A. (2000): Unbroken Ties: The State, Interest Associations, and Corporatism in Post-Soviet Ukraine , University of Michigan, Ann Arbor.

Kupin , Viktor (2012): Globálnaya gueopolitika i globálnaya bezopásnost , Lap Lambert, Saarbrücken.

Kúrtov , A.A. (2005): Shanjáiskaya organitsátsiya sotrudníchestva , Rossiiskii Institut Strateguicheskij Isledovanii, Moscú.

Kuzio , Taras (1997): Ukraine under Kuchma , St. Martin’s Press, Nueva York.

— (2011): The Crimea: Europe’s Next Flashpoint? , Brookings Institution, Washington.

— (2013): Democratic Revolution in Ukraine , Routledge, Londres.

Kuzio , Taras y D’Anieri , Paul (2002): Dilemmas of State-Led Nation Building in Ukraine , Praeger, Westport.

Laroussilhe , Olivier de (1998): L’Ukraine , PUF, París.

Laruelle , Marlène (2012): Russian Eurasianism. An ideology of Empire , Johns Hopkins, Baltimore.

Lattanzio , Alessandro (2009): Potere globale. Il ritorno di Russia sulla scena internazionale , Fuoco, Rende.

Leclercq , Arnaud (2012): La Russie, puissance d’Eurasie , Ellipses, París.

Lieven , Anatol (1999): Ukraine & Russia: a Fraternal Rivalry , United States Institute of Peace, Washington.

Lo , Bobo (2003): Vladimir Putin and the Evolution of Russian Foreign Policy , Blackwell, Londres.

Lynch , Dov (1999): Russian Peace-keeping Strategies in the CIS: the Cases of Moldova, Georgia and Tajikistan , Macmillan, Basingstoke.

Magocsi , Paul Robert A. (1996): A History of Ukraine , University of Toronto, Toronto.

Marchand , Pascal (2007): Atlas géopolitique de la Russie , Autrement, París.

McFaul , Michael; Petrov , Nikolái; Riábov , Andréi (dirs.) (2004): Between Dictatorship and Democracy. Russian Post-communist Political Reform , Carnegie Endowment for International Peace, Washington.

Mendelson , Sarah E. y Glenn , John K. (dirs.) (2002): The Power and Limits of the NGOs: a Critical Look at Building Democracy in Eastern Europe and Eurasia , Columbia University, Nueva York.

Narochnítskaya , Natalia (2008): Oranzhevie seti: ot Belgrada do Bishkeka , Aleteya, San Petersburgo.

Nazet , Michel (2007): La Russie et ses marges: nouvel empire? , Ellipses, París.

— (dir.) (2011): Europe et Russie. Un passé pour quel future? , Ellipses, París.

Neumann , Iver B. (1996): Russia and the Idea of Europe , Routledge, Londres.

Nikónov , Viácheslav (dir.) (2003): Sovreménnaya rossiískaya politika , OLMA-PRESS, Moscú.

Orlando , Cristiano (2009): La partita eurasiatica. Geopolitica della sicurezza tra Occidente e Russia , Ediesse, Roma.

Pascal , Elizabeth (2003): Defining Russian Federalism , Praeger, Westport.

Paveliuk , O. y Klympush - Tsintsadze , I. (2004): The Black Sea Region: Cooperation and Security Building , M.E. Sharpe, Armonk.

Pinder , John y Shishkov , Yuri (2002): The EU and Russia , Kogan Page, Londres.

Pochentsov , Gueorgui (2005): Grazhdánskoye sambo: kak protivostoyat ‘tsvetnim revoliutsiyam’ , Yevropa, Moscú.

Portal , Roger (1970): Russes et ukrainiens , Flammarion, París.

Reddaway , Peter y Orttung , Robert W. (dirs.) (2003): Where does Power Lie? Putin’s Federal Reforms , Rowman and Littlefeld, Boulder.

Remington , Thomas (2004): Politics in Russia , Pearson Longman, Londres.

Rodgers , Peter W. (2008): Nation, Region and History in Post-Communist Transitions: Identity Politics in Ukraine, 1991-2006 , Ibidem, Stuttgart.

Romer , Jean-Christophe (1999): Géopolitique de la Russie , Economica, París.

Ross , Cameron (dir.) (2004): Russian Politics under Putin , Manchester University, Manchester.

Sakwa , Richard (2002): Russian Politics and Society , Routledge, Londres.

Sasse , Gwendolyn (2007): The Crimea Question: Identity, Transition, and Conflict , Harvard University, Cambridge.

Schneider-Deters , Winfried (2012): Die Ukraine: Machtvakuum zwischen Russland und der Europäischen Union , Bwv, Berlín.

Serra , Francesc (2005): Rusia. La otra potencia europea , Fundació CIDOB, Barcelona.

Shakleyina , T.A. (dir.) (2002): Vnéshnyaya politika i bezopasnost sovremennoi Rossii, 1991-2002 , ROSSPEN, Moscú.

Shevtsova , Lilia (2003): Putin’s Russia , Carnegie Endowment for International Peace, Washington.

S heyánov , Viácheslav (2009): Mir naiznanku: chem zakonchitsia ekonomicheskii krizis dlia Rossii? , Kommersant, Moscú.

Sideri , Sandro (2009): La Russia e gli altri , EGEA, Milán.

Skopin , Y. (2003): Ekonomichéskaya gueografiya Rossii , Prospekt, Moscú.

Skryzhevska , Yelizaveta (2013): Regional Inequalities in Ukraine — Causes, Consequences, Policy Implications , VDM, Saarbrücken.

Sodupe , Kepa y Moure , Leire (dirs.) (2011): Rusia en la era postsoviética , Universidad del País Vasco, Leioa.

Solchanyk , Roman (2000): Ukraine and Russia: The Post-soviet Transition , Rowman & Littlefield, Lanham.

Sorokin , K.E. (1996): Gueopolitika sovreménnosti i gueostrateguiya Rossii , ROSSPEN, Moscú.

Subtelny , Orest y Lamberti , Elena (2008): Ukraine: A History , University of Toronto, Toronto.

Synelnyk , Lyudmyla (2013): Energieressourcen und politische Erpressung: Der Gasstreit zwischen Russland und der Ukraine , Diplomica, Hamburgo.

Tabachnik , Dmitri y otros (2009): Zayavka na samoubiistvo. Zachem Ukrainie NATO? , Kyiv-Dovira-Folio, Járkov— Kíev-Járkov.

Telen , Liudmila (2004): Pokoléniye Pútina , Vagrius, Moscú.

Teurtrie , David (2010): Géopolitique de la Russie , L’Harmattan, París.

Tho mas , Roman (2013): Russie et Caucase. Jeu d’influence et nouveaux défis , Ellipses, París.

Thorun , Christian (2009): Explaining Change in Russian Foreign Policy , Palgrave Macmillan, Nueva York.

T kachenko , S. y Petermann , S. (2002): Sotrudníchestvo stran SNG v voyennoi sfere i faktor NATO , Izdatelstvo St.-Peterbúrskogo Universiteta.

Trenin , Dmitri (2001): The End of Eurasia: Russia and the Border between Geopolitics and Globalization , Carnegie Endowment for International Peace, Washington.

Tsygankov , Andréi P. (2010): Russia’s Foreign Policy , Rowman & Littlefield, Lanham.

Vachnadze , Gueorgui (1993): Goriáchiye tochki Rossii , Ltd, Moscú.

VV AA (1987): “Géopolitique de l’URSS”, monográfico de Hérodote , nº 47, cuarto trimestre.

— (2004): “Rusia. Democracia y autocracia”, monográfico de Vanguardia Dossier , nº 9, enero-marzo.

— (2008): “Stratégies américaines aux marches de la Russie”, monográfico de Hérodote , nº 129, segundo trimestre.

— (2010a): Calendario Atlante de Agostini 2011 , Istituto Geografico de Agostini, Novara.

— (2010b): “Géopolitique de la Russie”, monográfico de Hérodote , nº 138, tercer trimestre.

White, Stephen (2011): Understanding Russian Politics, Cambrige University Press, Cambridge.

Williams , Bryan G. (2001): The Crimean Tatars: the Diaspora Experience and the Forging of a Nation , Brill, Boston .

Wilson , Andrew (2000): The Ukrainians: Unexpected Nation , Yale University, New Haven.

Yemeliánova , N.N. (2009): Rossiya i Yevrosoyuz , Mezhdunaródnoye Otnoshéniya, Moscú.

Z asurski , Ivan (2003): Media and Power in Post-soviet Russia , M.E. Sharpe, Londres.

Zhurzhenko , Tatiana (2010): Borderlands into Bordered Lands. Geopolitics of Identity in Post-Soviet Ukraine , Ibidem, Stuttgart.

MAPAS

mapa 1

UCRANIA (1991-2013)



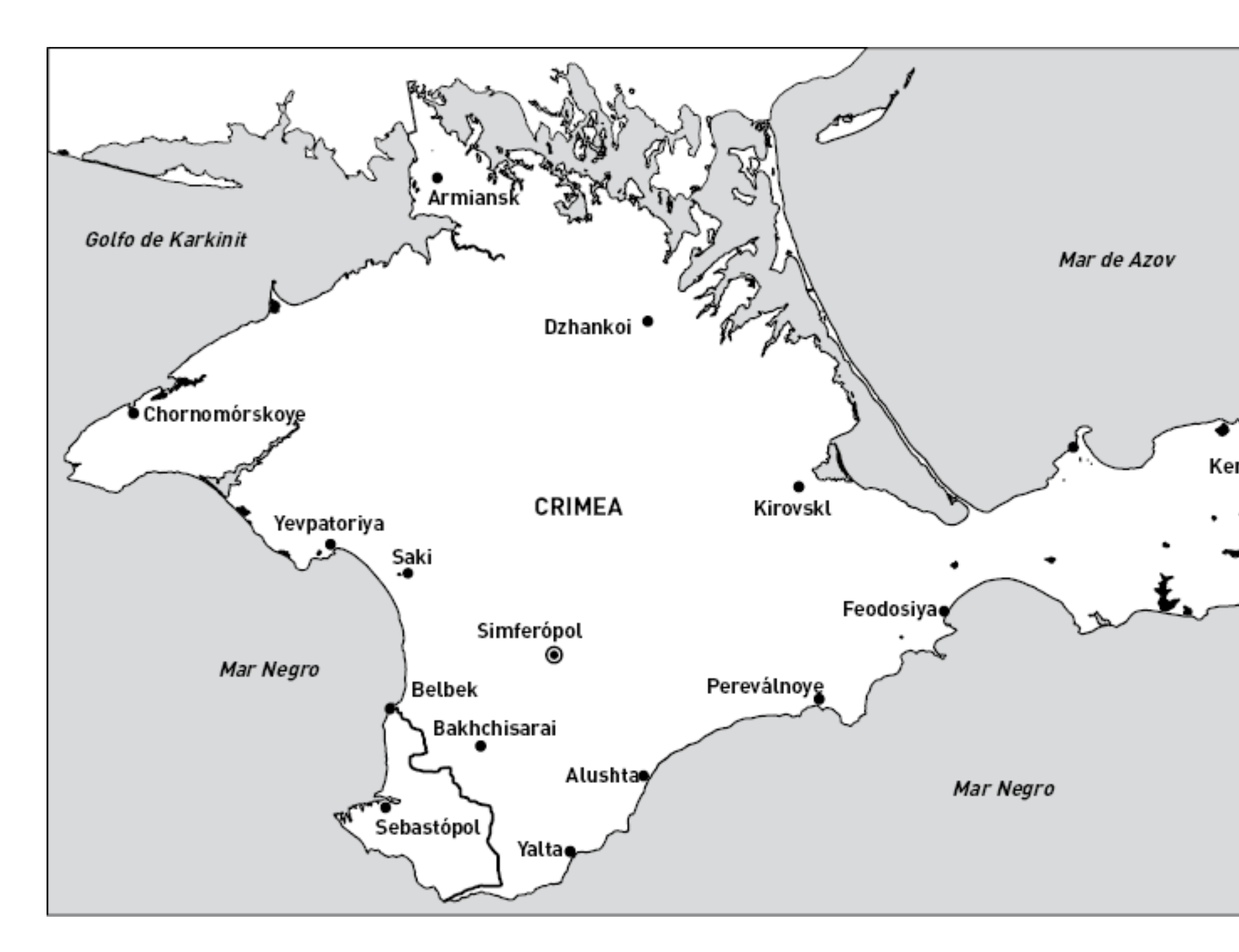
mapa 2

north stream, south stream y nabucco



mapa 3

la península de crimea



mapa 4

el mar negro


UCRANIA
MOLDAVIA
Mariúpol
Odesa
Mar de Azov
RUMANÍA
RUSIA
Sebastópol
Yalta
Constanta
Sochi
ABJAZI
Varna
Mar Negro
BULGA-
Sinop
Istanbul
GRECIA
Trabisonda
Mar Egeo
TURQUÍA

Índice

BIBLIOGRAFÍA